This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Digitized by Google

Span 618.8.2

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

6

L. COLOMA, S. J.

El Marqués de Mora

(2.ª EDICIÓN)

MADRID
EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA».
IMPRESORES DE LA REAL CASA
20, Paseo de San Vicente, 20

1903

Digitized by Google

Span 618.8.2

N

HARVARD COLLEGE LIBRARY
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND
APR 3 1925

Reservados los derechos de propiedad literaria.

Digitized by Google

EL MARQUÉS DE MORA

I

.... jugó, perdió salud y bienes,
Y sin tocar á los cuarenta abriles,
La mano del placer le hundió en la huesa.

JOVELLANOS.

En 1769 brillaban, así en los salones de París como en la corte de Versalles, dos ilustres españoles: el Marqués de Mora y el Duque de Villahermosa. El primero, primogénito del Conde de Fuentes, Embajador del Rey Católico en la corte de Francia, contaba veinticuatro años; el segundo, agregado á la Embajada de España desde seis años antes, rayaba ya en los cuarenta. Sospechoso era, ciertamente, y poco recomendable para la moral y la piedad cristiana brillar y distinguirse en aquel vasto escena-

Digitized by Google

rio, el más resbaladizo y corrompido de la Europa de entonces; porque nunca como en aquel tiempo pudo aplicarse á la babilonia de París el calificativo de *Universidad de los siete pecados capitales*, que más de un siglo después había de darle un grande hombre.

Dos faros luminosos, pero de luz diabólica y siniestra, alumbraban en aquella época la alta sociedad francesa: Voltaire y la Du Barry, la soberbia y la carne; los dos ojos del demonio, fijos en un solo punto, la sociedad de París, para magnetizarla y subyugarla y extender ó mantener luego su dominio sobre toda la Francia y sobre toda la Europa, y aun sobre el mundo entero. Imperaba la una en la Corte, dictaba el otro sus leyes desde Ferney al mundo filosófico, y las corrientes de elegante depravación que de aquélla venían, y las de pedantesca impiedad que manaban de éste, fundíanse en una sola catarata que pretendía anegar, sabiéndolo y queriéndolo todos, el dogma y la moral católica, y había de derruir, sin saberlo y sin quererlo muchos, el trono y el orden social reinantes; porque la piedra fundamental de toda sociedad ha sido siempre la piedra de un altar, y cuando esta piedra se remueve ó se derrumba, la sociedad se remueve también ó se derrumba con ella.

El 24 de Junio de 1768 entregó su santa alma á Dios la buena reina María Leczinska,

Digitized by Google

en aquella crapulosa corte de Versalles, donde había vivido siempre pura y aislada como una flor en mitad de un pantano. Era aquella la tercera vez que en el espacio de dos años y medio visitaba la muerte el palacio de Versalles: el Delfín Luis y la Delfina María Josefa de Sajonia, padres de Luis XVI, habían muerto durante este tiempo, sin que lograran tan tremendos golpes arrancar á Luis XV, viejo ya de cincuenta y ocho años, de aquella vida de libertinaje insensato que ha inmortalizado el *Parc aux Cerfs* como una inmunda picota en que la historia hubiese grabado su nombre. A los veinte días de muerta la reina María Leczinska, la desvergonzada modistilla Juanita Bécu, disfrazada de Condesa Du Barry, reemplazaba en el escalafón de las regias vergüenzas de Luis XV á la Marquesa de Pompadour, como ésta había reemplazado años antes á la Duquesa de Châteauroux. Federico de Prusia, el Rey filósofo y taimado cuyas bufonadas hacían reir á toda la Europa, bautizó á esta cronología de barraganas ilustres con los nombres de Cotillón I, Cotillón II y Cotillón III.

Grande fué la oposición del Duque de Choiseul, Ministro entonces, á que la Condesa Du Barry fuese presentada en la Corte. Triunfó, al fin, la favorita, y verificóse la presentación oficial el 22 de Abril de 1769, ocupando desde luego la intrusa en el segundo piso del palacio

Digitized by Google

de Versalles un lujoso departamento situado justamente sobre las habitaciones que el Rey mismo ocupaba. Cuéntase que cuando un año después llegó á Versalles la archiduquesa María Antonieta, Delfina ya de Francia, Luis XV en persona la presentó á la Du Barry. La angelical Delfina, que aun no contaba catorce años, y jamás había encontrado en la severa y patriarcal corte de la gran María Teresa mujeres semejantes, preguntó ingenuamente á su camarera mayor, la Marquesa de Noailles:

—¿Y qué cargo tiene en la Corte esa Condesa Du Barry?

Turbóse un momento la de Noailles, viendo en aquella pregunta el peligro tras la inocencia, y contestó al cabo con aplomo de palaciega veterana:

—El de divertir al Rey, señora.

La presentación de la Condesa Du Barry tomó las proporciones de un acontecimiento europeo, y dividió la corte de Versalles en dos bandos contrarios. Formaba uno el partido de Choiseul, *loco de mucho talento*, como le llamaba Benedicto XIV; hombre alegre, según Jobez, que tomaba los negocios públicos como una diversión que halagaba su vanidad y distraía sus ocios. Enfrente estaba la Du Barry, sirviendo de pantalla, á la vez que de instrumento, al Duque de Aiguillon, al abate Terray y al canciller Maupeau. La impiedad y la ig-

Digitized by Google

norancia era igual por ambas partes, y la Fontaine hubiera dicho con razón:

D'animaux malfaisants c'était un fort bon plat (1).

Breve fué la lucha: el abanico de la Du Barry pudo más que la espada de Choiseul, y un día, madura ya la intriga, participó la favorita á Luis XV que había despedido á su cocinero, y añadióle con sus chabacanas gracias de modista injerta en Condesa:

—Conque ya ves, Francia, que he despedido á mi Choiseul..... ¿Cuándo despides tú al tuyo?.....

Luis XV obedeció al deseo de la Du Barry, y el 24 de Diciembre de 1770 escribía á su Ministro lo mismo que la favorita hubiera podido escribir á su cocinero:

«Primo mío:

»El desagrado que me causan vuestros servicios me obliga á desterraros á Chanteloup, para donde saldréis en el término de veinticuatro horas. Mucho más lejos os enviaría si no tuviera en cuenta el aprecio particular que la señora de Choiseul me merece, cuya salud me interesa en extremo. Cuidad de que vuestra conducta no me obligue á tomar otra de-

(1) Era un excelente guisado de animales dañinos.

Digitized by Google

terminación. Pido á Dios que así sea, primo mío, y que os tenga en su santa guarda.

»*Firmado*: Luis.»

Al Ministerio de Choiseul sucedió el del Duque d'Aiguillon, formando parte el abate Terray, el canciller Maupeau y el señor de Boynes. A poco circulaba por París, y llegaba á Versalles, el siguiente epigrama, harto exacto por desgracia:

Amis, connaissez-vous l'enseigne ridicule
Qu'un peintre de Saint-Luc fait pour les parfumeures?
Il met dans un flaçon, en forme de pilules,
Boynes-Maupeau-Terray, sous leurs propres couleurs;
Il y joint d'Aiguillon, et puis il l'intitule:
Vinaigre des quatre voleures! (1).

El Duque de Choiseul salió para Chanteloup, soberbio palacio construído por la Princesa de los Ursinos no lejos de Amboise, y vióse entonces el extraño caso, rara vez registrado en los anales de una Corte, de la fidelidad siguiendo á la desgracia. Los más altos personajes de la nobleza, del ejército y la ma-

(1) Amigos, ¿habéis visto la extraña muestra que un pintor de San Lucas ha hecho para los perfumistas?..... Ha pintado con sus propios colores á Boynes, Maupeau, Terray y d'Aiguillon, dentro de un frasco, en forma de píldoras, y encima ha puesto un rótulo que dice: ¡Vinagre de los cuatro ladrones!

Digitized by Google

gistratura, corrieron á despedir al Ministro caído, y el Conde de Fuentes, Embajador de Su Majestad Católica, y tan acérrimo partidario de Choiseul, que se negó por mucho tiempo á despachar personalmente con d'Aiguillon, acudió también presuroso, con su hijo el Marqués de Mora, á dar al desterrado un último abrazo.

No paró aquí la cosa: el primer viento revolucionario, *viento de Fronda*, como le llama el Conde de Ségur en sus Memorias, comenzaba ya á soplar en París, manifestándose en sistemática oposición á la Corte. La peregrinación á Chanteloup púsose de moda, y en su magnífico parque, no lejos de una bella pagoda levantada por el mismo Duque, erigióse una columna donde los ilustres peregrinos esculpían sus nombres, como muestra de protesta contra el Rey y de afecto al desterrado. Esta columna puede considerarse como el primer monumento revolucionario, y, sin duda porque Dios ciega á los que quiere perder, fué levantada por aquella misma nobleza que había de sufrir las primeras y más terribles consecuencias de la Revolución. Conservóse intacta hasta 1821, en que el palacio de Chanteloup fué destruído por completo, y entre los mil nombres ilustres en ella grabados, leíanse los del Conde de Fuentes, Embajador de España, y su hijo primogénito el Marqués de Mora.

Creció con todo esto la importancia de Pa-

Digitized by Google

rís, á medida que menguaba en consideración la Corte, y aquella *cabeza* que encontraba ya Enrique III *demasiado gruesa*, trocóse en cabeza monstruosa, que llevaba dentro de sí todos los delirios del vértigo. Los filósofos pusieron la impiedad de moda, tornáronse en *esprits forts* los *bels esprits*, tan encomiados en Francia, y hasta aquellos petimetres insustanciales, abates frívolos y damiselas presumidas que corrían antes de salón en salón cargados con enormes sacos llamados *ridículos*, en que llevaban un verdadero arsenal de labores, estuches, costureros, juguetillos, cajas de lunares, de colorete, de tabaco, de bombones, de olores, de pastillas; que ocupaban su vida entera en contar historias, entonar arietas, recortar estampas, bordar en tapicería, deshilachar brocados, descifrar logogrifos y componer charadas, erigieron también en Areópago, riéronse de Cristo y de su Iglesia, y repitieron en tono de madrigal las horrendas blasfemias que esparcían Voltaire desde Ferney, y Diderot y D'Alembert desde los salones más famosos.

Porque en ellos, y á la sombra de las mujeres políticas, sabias ó pretenciosas, era donde la impiedad había entronizado sus cátedras, y entonces comenzaron aquellos *soupers* tan característicos de la época, que igualaban en lubricidad á las escandalosas cenas del Regente, y establecieron la comunicación íntima de tra-

Digitized by Google

to, de ideas y de sentimientos, entre los filósofos y los grandes señores. «Los filósofos, dice un autor, eran los héroes del día: aun no habían penetrado sus doctrinas en las masas populares; pero en la aristocracia, en la alta magistratura, en la clase media rica y en el mundo de las letras y la banca, eran ellos los señores, y hablaban recio y sin recato. Encontrábaseles en todas las academias, en todos los palacios de la alta nobleza, en todas las fiestas y cenas elegantes, y aun se acusaba á ciertos prelados de fraternizar con ellos. Había pasado la moda de los petimetres para dar lugar á la de los filósofos, y tan indispensable era en un salón de buen tono uno de éstos con todas sus ideas subversivas, como una araña con todas sus bujías.»

La Harpe imperaba en el salón de la orgullosa Mariscala de Luxembourg, el más aristocrático de su tiempo, donde conservaba ella intacto el fuego sacro de la proverbial urbanidad francesa. Las Duquesas de Choiseul y de Grammont, la Princesa de Beauvau, la Condesa de Bouffleurs y otras muchas grandes señoras de la corte, tenían á gala reunir en sus salones á los oráculos de la filosofía, Condorcet, Diderot, Marmontel, Chamfort, Raynal, D'Alembert, Helvetius, Holbac, y alimentaban ellas mismas el incendio que había de devorar la sociedad entera, considerándolo como un

Digitized by Google

pasatiempo, una distracción, una elegancia, unos lindos fuegos artificiales que tenían la plácida brillantez de una luz de Bengala. Había, sin embargo, una razón que el cinismo de la época ponía á la vista, sin que fuera necesario ir á buscarla en lo más recóndito de aquellas almas. El libertinaje buscaba un salvoconducto en la impiedad. Dios estorbaba, y preciso era suprimirlo, porque debajo de todo aquel brillante conjunto, que la elegancia encubría con plumas y encajes, y la filosofía con chistes blasfemos y pedantescas sentencias, había una sola cosa, un sólo interés común entre hombres y mujeres: carne.

Y no se limitaban los filósofos á vivir de prestado en los salones aristocráticos; tenían también sus salones propios, donde los dueños eran ellos, y los grandes señores los convidados. Era el más antiguo el de la vieja Marquesa Du Deffand, aristócrata de raza, la *mujer Voltaire*, como la llamaron en su tiempo, ciega de los ojos del cuerpo y también de los del espíritu. Clavada día y noche en el sillón, que llamaba *su tonel*, era aquella vieja extraordinaria el árbitro de las reputaciones, el alma de un centro filosófico y político á que acudían los diplomáticos extranjeros en busca de la solución de todos los enigmas, y el hilo de todas las intrigas.

Seguía luego el salón de Mlle. de Lespinasse,

Digitized by Google

la amiga harto íntima de D'Alembert, con quien vivía, mujer liviana y ardiente, que encontraremos más adelante, pues sus celebrados amores con el Marqués de Mora, fueron los que labraron á éste la reputación de *grande hombre* que los entusiastas modernos del filosofismo le atribuyen.

Mas el salón característico de aquella época, el que puede considerarse como una verdadera institución del siglo XVIII, era por aquel entonces el de Mme. Geoffrin. Fué esta mujer de obscurísimo nacimiento, casada con un fabricante de espejos, hombre de tan cortas luces, que, leyendo un tomo de la *Enciclopedia*, impreso en dos columnas, hacíalo saltando de la línea de una á la línea de otra, y aseguraba después haber encontrado el libro *muy bueno, aunque algo abstracto;* marido de tan escasa importancia en su propia casa, que, echándolo de menos después de una larga ausencia cierto personaje asiduo tertuliano de su esposa, preguntó á ésta:

—¿Qué ha sido de aquel señor viejo que se sentaba siempre al extremo de la mesa y no hablaba nunca con nadie?.....

—¡Ah! Ya sé quién dice usted—respondió Mme. Geoffrin.—Ha muerto.

—¿Sí?..... Y ¿quién era?.....

—Mi marido.

No era Mme. Geoffrin más letrada que éste,

Digitized by Google

y cuantos contemporáneos hablan de ella, la presentan siempre ignorante hasta el punto de desconocer la ortografía. Exacta apreciación ésta que podemos comprobar con un billetito suyo autógrafo, dirigido al Duque de Villahermosa, que tenemos á la vista. Consta de once líneas; infórmase en ellas con gran interés de la salud del Marqués de Mora, y comete en tan breve espacio catorce faltas de ortografía.

Y, sin embargo, esta mujer ignorante, sin talento, sin belleza, sin juventud, porque en la época á que nos referimos contaba ya setenta años, había fundado un salón célebre en toda Europa, donde tuvo realmente lugar la íntima y funesta alianza de los grandes señores con los falsos filósofos, comunicando éstos á aquéllos sus impías máximas, siguiendo á aquéllos éstos en sus depravadas costumbres y su elegante libertinaje. El rey de Polonia Estanislao Paniatowski, que durante su permanencia en París había frecuentado mucho el trato de Mme. Geoffrin, llamábala *su querida mamá;* Catalina II y Federico de Prusia la escribían familiarmente, y hasta María Teresa, la grande y piadosa María Teresa, el *único rey*, según un historiador, que ocupaba entonces un trono en Europa, hizo detener su carroza en mitad de las calles de Viena para saludar al paso á la *fabricante de espejos.*

Las recepciones de Mme. Geoffrin eran dia-

Digitized by Google

rias, y á ellas acudían las damas más ilustres de la corte. Dos veces por semana, lunes y miércoles, celebrábanse aquellas famosas comidas de hombres solos, que ella presidía, y en las cuales sólo tenía entrada otra mujer: mademoiselle de Lespinasse. Los lunes reunía á los artistas, y los miércoles á los escritores: á estos últimos, por una extravagancia cuyo origen no hemos podido averiguar, ni tampoco comprender, regalaba invariablemente la vieja anfitriona un gorrito de terciopelo. La mesa de Mme. Geoffrin no era muy espléndida: Marmontel, que tantas veces se sentó á ella, dice: «Las viandas exquisitas no abundaban; reducíase todo, ordinariamente, á un pollo, espinacas y una tortilla.»

Semejante notoriedad en tal mujer, observa uno de sus biógrafos, hay que explicarla siempre por alguna cosa..... En otro país cualquiera, creemos nosotros, sería necesario este trabajo; mas en Francia, bastará quizá recordar aquella pincelada maestra con que al pintar Tito Livio á los Galos de su tiempo, retrató á los franceses de todas las épocas: «*Nata ad vanos tumultus gens*» (1). Por otra parte, y aquí está la explicación que el biógrafo busca, la industria de los espejos daba mucho. Madame Geoffrin era rica, y era también quien sumi-

(1) Gente nacida para entusiasmos inmotivados.

Digitized by Google

nistraba con mano generosa los fondos necesarios para la costosa obra de la *Enciclopedia*. Nada tiene, pues, de extraño que los enciclopedistas ensalzaran y se agruparan en torno de aquella extraña vieja, en cuyos bolsillos habían encontrado el manantial de Pactolo. Cuando se leen las entusiastas alabanzas de Mlle. de Lespinasse á Mme. Geoffrin, en su continuación al *Viaje sentimental* de Sterne, debe tenerse en cuenta que la heroína ensalzada pasó por muchos años una pensión de mil escudos á la autora del panegírico, como las pasó también á otros muchos, Tomás y Marmontel entre ellos, al cual último solía llamar *querido vecino*, porque le daba albergue en su propia casa.

Esta era la sociedad, así en Versalles como en París, donde vivían y brillaban el Marqués de Mora y el Duque de Villahermosa, y en aquellos salones vieron sin espanto adelantarse y tendieron ellos mismos la mano á la Revolución, vistiendo ésta casaca de terciopelo y chorrera de encaje antes de vestir la carmañola, caminando sobre los tacones encarnados de los elegantes de la Corte, antes de cobijarse bajo el gorro rojo de los *sans-culotte* del noventa y tres.

Digitized by Google

II

Siguiendo la carretera antigua de París á Ginebra, encuéntrase á mano izquierda, al pie del Jura y á la vista ya de los Alpes de Saboya, un modesto pueblecillo, Ferney, que alcanzó en esta época que hemos descrito, universal y funesto renombre.

Allí vivía Voltaire, en compañía de su sobrina Mme. Denis, desde que Federico II, cansado de él, le arrojó de su Corte en 1758, haciéndole registrar antes el equipaje, como se registra el de un lacayo ratero.

Alzábase entonces, y aun subsiste hoy á la derecha del camino, el gran *Château Ferney*, morada del famoso *enemigo personal de Cristo:* era un edificio de un solo piso, construído sobre alto peristilo con sendas escalinatas y adornado con medias columnas dóricas y remates del gusto de la época. Una ancha y larga

Digitized by Google

calle de magníficos tilos, llevaba del palacio al camino, cerrada, por la parte de fuera, con pesada verja de hierro. A la derecha de ésta, y pegando casi á ella, levantábase una mezquina iglesia con esta inscripción, sospechosa entonces y convicta luego de impío deismo:

DEO.
EREXIT. VOLTAIRE.
MDCCLXI.

El 26 de Abril de 1768, un correo franqueó la verja del *Château Ferney* á las diez de la mañana; cruzó á galope la gran calle de tilos, haciendo chasquear su látigo, como era costumbre de los correos para llamar la atención de los de dentro, y anunció con la pedantesca solemnidad de la etiqueta de entonces, que los muy altos señores Marqués de Mora y Duque de Villahermosa, Grandes de España, llegaban en pos de él á Ferney, como ya lo tenían anunciado.

D'Alembert había, en efecto, escrito á Voltaire, con fecha 5 de aquel mismo mes y año: «Hay aquí (en París) un joven español, de ilustre nacimiento y mayor mérito, hijo del Embajador de España en la corte de Francia y yerno del Conde de Aranda, que ha echado á los jesuítas de España. Por aquí veréis que este señor está bien emparentado; pero éste es

Digitized by Google

su menor mérito: he visto pocos extranjeros de su edad que tengan un talento tan claro, exacto y despreocupado. Estad seguro que por muy joven, muy gran señor y muy español que parezca, no exagero nada. Muy pronto debe volver á España, y, pensando como piensa, desea naturalmente conoceros y trataros. Proyecta permanecer algunos días en Ginebra, y os visitará á las horas que os incomode menos. *Está destinado á ocupar grandes puestos y puede hacer en ellos mucho bien.*»

No se ocultó á la perspicacia de Voltaire lo que la coletita de aquella carta significaba, y en su furioso afán de propaganda sectaria, propúsose desde luego acoger á los ilustres españoles con toda la espléndida cortesía que desplegaba en Ferney para recibir á los innumerables próceres que le visitaban, y toda la familiar confianza y el cariñoso afecto con que el taimado viejo deslumbraba la candorosa vanidad de la juventud presumida, para envolverla y aprisionarla en sus astutas redes.

Media hora después de la llegada del correo, detúvose, en efecto, ante la escalinata de Ferney una gran silla de posta con cuatro caballos, dos postillones y tres lacayos, con la librea ordinaria de lo que se llamaba entonces en Francia *Poste-Royale*. Ocupaban el pesado vehículo dos caballeros, y á respetuosa distancia venía detrás un cabriolé más modesto con un

Digitized by Google

mayordomo viejo y dos ayudas de cámara. Pasaron éstos de largo ante la verja de Ferney, y siguieron hacia Ginebra, que dista sólo unos tres cuartos de hora: allí tenían orden de esperar á sus dueños.

Al apearse los españoles, encontraron, esperándoles en el vestíbulo, los huéspedes que á la sazón se hallaban en Ferney: eran éstos el Príncipe de Beauvau, el famoso Laharpe y el Conde de Lally-Tollendal, jovenzuelo entonces de diez y ocho años, que trataba ya con Voltaire de rehabilitar la memoria de su padre, decapitado en París dos años antes. Momentos después salióles al encuentro en el mismo vestíbulo Mme. Denis, dándoles la bienvenida y anunciándoles que su tío, el *anciano Patriarca*, se hallaba en la cama algo indispuesto; pero que le había dado orden de introducir á los viajeros en su alcoba no bien llegasen, con la misma confianza que si fuesen sus propios hijos.

Era tal el prestigio que entre la gente incrédula y maleante de su época habían dado á Voltaire su indisputable talento, sus atrevimientos inauditos y el continuo y calculado vocear sus alabanzas en papeles y salones de sus cómplices y corifeos, que aquellos dos grandes señores, nacidos tan alto en la escala social, y acostumbrados desde la infancia al continuo trato de los más grandes personajes de las cor-

Digitized by Google

tes de Madrid, Londres y Versalles, no pudieron menos de conmoverse y aun intimidarse, según confesión propia de uno de ellos, á la sola idea de verse por primera vez ante Voltaire frente á frente.

Hallábase el filósofo sentado en su lecho, que era grande y almohadillado todo (*capitonne*) de gruesa tela de seda con grandes ramos de flores, que llamaban entonces *Pompadour*. Las cortinas, de la misma rica tela, estaban recogidas por un lado, dejando ver al decrépito viejo con los brazos y el cuello desnudos por completo, teniendo esparcidos sobre la colcha gran cantidad de papeles.

Á los pies de la cama hallábase un señor de vulgarísimo aspecto, sentado ante una mesita de escribir, cubierta también de papeles: era este hombre Lekain, el famoso actor, que el mismo Voltaire había protegido y colocado en la Comedia Francesa.

Al entrar en la alcoba los españoles, hizo Voltaire ademán de tirarse de la cama, y extendió hacia ellos los enjutos brazos, con grandes exclamaciones de gozo y bienvenida, y lamentos de su gravísimo estado.

—*¿Venís*—les dijo—*á presenciar mi muerte, ó á devolverme la salud con el gozo de vuestra presencia?*.....

Y mientras esto último decía, había echado un brazo al cuello de cada uno, y apretábales

Digitized by Google

las cabezas contra su pecho, con amor de madre de teatro y riesgo manifiesto de descomponerles las empolvadas pelucas.

Mirábanse entre sí los españoles, asustados y perplejos, pues lo cavernoso de la voz y lo demacrado del semblante, hacían muy verosímiles las palabras del viejo. Mas haciéndoles Mme. Denis una significativa mueca, dióles á entender que aquella idea de su enfermedad era la manía ordinaria del filósofo, y aquella pulida frase de su muerte era la que acudía siempre á sus labios al recibir visitas que eran de su agrado.

Hablóles luego con gran volubilidad y viveza de su viaje de ellos, de sus trabajos de él, del placer inmenso que su visita le causaba, y del plan que había trazado de representar, en su diminuto teatro y en obsequio de ellos, su tragedia *Merope*, dirigida por él mismo, é interpretada por Lekain en persona, Mme. Denis, Mr. Laharpe y un tal Cramer, librero de Ginebra, con otros varios comediantes de allí mismo, necesarios para llenar los restantes papeles. Encargó luego á Mme. Denis que hiciese volver de Ginebra los criados de aquellos señores, y les condujese á ellos á las habitaciones que en Ferney tenían preparadas, pues nunca consentirían que se hospedasen en otra parte, y concluyó su perorata diciendo con juvenil viveza:

Digitized by Google

—*El placer de veros ha suspendido mis males, y voy á levantarme para comer con vosotros.*

Con lo cual, tiróse por el lado opuesto de la cama, en camisa, con la agilidad de un mico y la desvergüenza de un sátiro.

Contaba entonces Voltaire setenta y cuatro años, y hacía resaltar en extremo su fealdad nativa aquella horrible demacración de todo su cuerpo, que inspiró al escultor Pigalle la extravagante idea de modelar su estatua completamente desnuda. Con este motivo retratóse á sí mismo Voltaire escribiendo á madame Neker:

«Dicen que Mr. Pigalle debe venir á modelar mi rostro; pero para esto se necesitaría, señora, que yo tuviera rostro, y apenas si se adivina el sitio en que estuvo. Los ojos se me han hundido tres pulgadas; las mejillas son pergaminos viejos colocados sobre huesos que para nada sirven, porque los pocos dientes que tenía se me han caído. Y no es lo que digo coquetería, sino la pura verdad.»

No era la vida de Voltaire en aquel retiro solitaria ni ociosa. Sucedíanse sin interrupción en Ferney los huéspedes de París, que permanecían allí semanas y aun meses, y á diario venían á visitarle gentes de Ginebra, no bajando nunca sus comensales cotidianos de 10 á 12. Igual número de personas se sentaban á

Digitized by Google

cenar en su opípara y delicada mesa, y como las puertas de Ginebra se cerraban al anochecer para no abrirse hasta después de amanecido, solían dormir los convidados de Voltaire, ora en Ferney mismo, ora en las posadas y lindas casitas que poblaban ya en aquella época las orillas del delicioso lago.

En cuanto á su incansable actividad, dice John Moore en su *Viaje por Francia:* «Un autor que escribiese para vivir, no trabajaría más asiduamente que el rico señor de Ferney, y el poeta novel que corre con ardor tras la fama, no se mostraría más ávido de gloria que él se mostraba.» Desde el amanecer hasta la hora de la comida trabajaba Voltaire incesantemente, ya en su gabinete de estudio, ya en su propio lecho, que á veces no abandonaba en todo el día. Nadie osaba acercársele en estas horas sin sufrir las consecuencias de su violento carácter, y la mayor prueba de deferencia que podía dar á una persona, ó de importancia á un negocio, era dedicarle algunos minutos de este tiempo consagrado al trabajo. Media hora antes de la comida paseaba breves momentos por el magnífico parque de Ferney, y después de comer tornaba á pasear en carroza con Mme. Denis ó con algunos de sus huéspedes, ó jugaba al ajedrez, si el tiempo impedía la salida. Encerrábase de nuevo en su gabinete al volver de paseo, hasta la hora de la cena, y

Digitized by Google

después de ésta, pasaba la velada con sus huéspedes haciendo alarde de su ingeniosa conversación, su aguda sátira y sus malignas intenciones.

Interrumpió Voltaire la laboriosa monotonía de su vida, en obsequio de los españoles, durante los días que permanecieron en Ferney; y todos ellos celebró largas conferencias con el joven Marqués de Mora desde las once de la mañana, que le llamaba á su cuarto, hasta la hora de la comida. Llevábales por las tardes en carroza á contemplar las deliciosas vistas de las cercanías, desde Ferney hasta Ginebra misma; hacía declamar por las noches á Lekain trozos de su magnífico repertorio; leía él mismo poesías suyas y fragmentos de sus obras, y entonces y á todas horas, y en las comidas y cenas sobre todo, entreteníales, encantábales y les subyugaba por completo con su chispeante conversación, siempre intencionada, cáustica y alimentada por su prodigiosa memoria.

Desde los tiempos de Luis XIV hasta los de la Du Barry, que á la sazón corrían, no quedó historia galante y escandalosa que no les refiriese con toda la cruda viveza de sus más recónditos pormenores, ni chiste obsceno, observación irónica ó pensamiento maligno en que no resaltasen, á las claras y descaradamente, su enconado odio al clero y á la Iglesia de Cristo; y solapado, pérfido, insinuándose á

Digitized by Google

paso de lobo, y encubierto siempre con las mil adulaciones y disfraces que su mucha ciencia de mundo le inspiraba, el rencor, el vengativo rencor á los reyes y á los nobles, que en aquella época de su vida comenzaba ya á desembozarse. Su habilidad era en esto tanta, su astucia tan pérfida y su conocimiento de los grandes de la época tan profundo, que si alguna vez arraigaron de verdad en los dos españoles las revolucionarias ideas de que la posteridad les acusó más tarde, fué, sin duda alguna, en aquellos tres días pasados en Ferney bajo la venenosa influencia de aquel diabólico viejo.

El último día de su estancia en Ferney tuvo lugar la representación de *Merope*, que les había anunciado Voltaire desde el momento de su llegada. Tenía entonces el filósofo su teatro en el castillejo de Tornay, también propiedad suya, situado deliciosamente entre Ferney y Ginebra, á un cuarto de hora escaso de ésta. Era el teatro pequeño, pero bien acondicionado y pudiendo competir con los de primer orden en todo lo referente á la maquinaria, tan atrasada entonces.

Estaba Voltaire, según su costumbre, sentado en el escenario detrás de los bastidores, pero lo bastante á la vista del público para que pudiese éste admirar sus contorsiones y los gestos de aprobación ó disgusto con que seguía, nervioso y exaltado, la acción de la tra-

Digitized by Google

gedia y el diálogo de los comediantes. Lekain estuvo admirable en su papel de Egisto; mas Mme. Denis, vieja entonces, fea siempre y enfática, amanerada y, como diríamos hoy, *cursi*, en todas las épocas de su vida, y lo mismo en el teatro del mundo que en el teatro de su tío, hizo una Merope chillona y tiesa, que mereció, sin embargo, ser comparada por Voltaire nada menos que á la Clairon en persona. Lo depravado del gusto de éste al juzgar los méritos artísticos de su sobrina, era tan incomprensible en hombre de tan exquisito sentido estético, que narrando Marmontel una visita suya á Ferney, hecha años antes, se explica de este modo: «Al volver de paseo jugó Voltaire algunas partidas de ajedrez con Mr. Gaulard, que le dejó ganar respetuosamente. Volvió después á hablarme del teatro y de la revolución que en él había hecho Mlle. Clairon, y me dijo:

»—Según eso, es prodigioso el cambio que se ha operado en ella.

»—Es—le respondí—un talento nuevo. Es la perfección del arte, ó mejor dicho, de la naturalidad misma, tal como puede pintarla la imaginación hermoseándola.

»Exaltándose entonces mi pensamiento y mi palabra para hacerle comprender hasta qué punto imitaba la verdad y la sublimidad de la verdad en los diversos caracteres de sus pape-

Digitized by Google

les Camila, Rojana, Hermión, Ariadna y, sobre todo, Electra, agoté toda mi escasa elocuencia en inspirarle por la Clairon todo el entusiasmo que yo sentía. Gozaba yo mientras hablaba, viendo reflejarse en él la misma emoción mía, cuando cortándome la palabra de repente, me dijo entusiasmado:

»—¡Bien, amigo, bien!..... Lo mismo le sucede á Mme. Denis; ha hecho progresos sorprendentes, increibles..... Quisiera que la vieseis representar Zaira, Alcira, Idamea..... ¡El arte y el talento juntos no pueden ir más lejos!

»¡Caí de mis alturas!..... ¡Mme. Denis representando Alcira!..... ¡Mme. Denis comparada á la Clairon!..... Tan cierto es que el gusto se acomoda á lo que se tiene á mano, y que aquella sabia máxima,

Cuando no se tiene lo que se quiere,
Es necesario querer lo que se tiene (1),

es no sólo una lección de la naturaleza, sino una manera que ésta tiene de procurarnos el placer.»

Al día siguiente (30 de Abril) marcharon los dos españoles á Ginebra, donde se separaron ambos. Villahermosa volvió á París tan

(1) Quand on n'a pas ce que l'on aime,
Il faut aimer ce que l'on a.

Digitized by Google

satisfecho y lleno de las mil adulaciones que prodigó Voltaire á sus talentos literarios, que sin pérdida de tiempo comenzó á trabajar con grande ahinco en traducir al francés la famosa obra de Baltasar Gracián *El Criticón*, que presentada á la Academia Francesa, y recomendada por el mismo Voltaire, fué recibida allí con grandes aplausos.

Mora siguió desde Ginebra á Madrid, donde le llamaban las exigencias del servicio militar, y donde, amaestrado por Voltaire en las largas conferencias que con él tuvo, había de dar impulso á la propaganda impía que el Conde de Aranda, Roda, Campomanes, Olavide, el Duque de Alba y algunos otros corifeos del filosofismo comenzaban ya á introducir solapadamente en España.

Voltaire, por su parte, entusiasmado con la visita de los *dos filósofos españoles*, satisfecho de su docilidad de catecúmenos y sus propósitos de propagandistas, apresúrose á darles el espaldarazo y á lanzar á los cuatro vientos sus alabanzas, como medio más seguro de convertirles de repente en grandes hombres. El primero de Mayo escribía á D'Alembert: «¡Que el Ser de los seres derrame sus eternas bendiciones sobre su favorito Aranda, sobre su queridísimo Mora y sobre su muy amado Villahermosa!»

El mismo día escribió también al Marqués

Digitized by Google

de Villevielle, medianísimo poeta y edecán suyo, encargado de repetir como un eco las impresiones y sentencias del filósofo: «El Marqués de Mora, hijo del Conde de Fuentes, Embajador de España en París, y yerno del célebre Conde de Aranda, que ha barrido de España á los jesuítas y barrerá de ella á otras muchas sabandijas, ha venido á pasar conmigo tres días. Vuelve ahora á España, y pasará quizá por Montpellier. Es un joven de extraordinario mérito: le veréis probablemente á su paso y quedaréis sorprendido.»

Y cinco días después, el 7 de Mayo, escribía al Conde d'Argental, consejero del Parlamento y hombre muy metido en las intrigas de la política y los manejos de los filósofos: «He tenido aquí tres días al Marqués de Mora, á quien sé que conocéis. Os suplico que urdáis cualquiera intriga para que éntre en el Ministerio de Epaña. Respondo de que ayudará poderosamente á su suegro el Conde de Aranda á formar un nuevo siglo.»

Digitized by Google

III

CORRIERON aquellas alharacas de Voltaire por todos los centros y conventículos del filosofismo, y tan arraigado quedó en la opinión el estigma que en Mora y Villahermosa imprimían, que muchos años después, autores tan sensatos y concienzudos como el abate Barruel, les incluían sin titubear en la lista de los grandes señores volterianos que tomaron parte en la propaganda impía y revolucionaria de esta verdadera secta. «En aquella España, tan desdeñada por Voltaire, dice Barruel en sus *Memorias sobre el Jacobinismo*, existía, sin embargo, un Conde de Aranda, que él mismo llamaba *favorito de la filosofía*, y que diariamente iba á enardecer su celo, con D'Alember, Marmontel y otros adeptos mayores, á casa de Mlle. de Lespinasse, la más querida de sus adeptos hembras, cuyo salón competía casi con

Digitized by Google

la Academia Francesa. Contaba también España con otros duques, caballeros y marqueses, grandes admiradores de los sofistas de Francia, y *contaba, sobre todo, con el Marqués de Mora y el Duque de Villahermosa.* En este mismo reino, que consideraban los conjurados tan poco dispuesto aún para recibir su filosofía, se fijaba ya D'Alembert muy especialmente en el Duque de Alba, del cual escribía Voltaire: «Uno de los más grandes señores de »España, hombre de mucho talento y el mis»mo que fué Embajador en París con el nom»bre de Duque de Huéscar, acaba de enviarme »veinte luises para vuestra estatua. Condena»do, me dice, á cultivar en secreto mi razón, »aprovecho encantado esta oportunidad de dar »un público testimonio de mi gratitud al gran»de hombre que mostró el camino antes que »nadie.»

Nada, sin embargo, tan calumnioso como este aserto de Barruel, en lo que se refiere al Duque de Villahermosa, ni nada tan exacto en lo tocante al Marqués de Morà, víctima nada inocente, pero al fin y al cabo víctima de su amistad con un filósofo y sus amores con una filósofa. Historia curiosa ésta, y muy poco conocida, que nos proponemos narrar, porque ella arranca su máscara de falsa honradez al Catón del enciclopedismo, pone de manifiesto la asquerosa falsedad de su celebrada ninfa

Digitized by Google

Egeria, y derriba al infeliz Mora del pedestal de grande hombre en que le habían encaramado á la fuerza la vergonzosa debilidad de aquel amigo, D'Alembert, y los entusiasmos libidinosos de aquella enamorada, la Lespinasse.

La inocencia de Villahermosa pruébase fácilmente con sólo echar una ojeada sobre su vida, que podemos seguir paso á paso. Nada revela, en efecto, tan á fondo el carácter de una persona, como aquellos documentos escritos en esos momentos de expansión ó necesidad, en que el alma parece abrirse y vaciarse en la carta íntima dirigida á un amigo, ó en las páginas del diario destinado á consignar hechos, reflexiones ó sentimientos. Encuéntranse, por decirlo así, esparcidos entre aquellos recuerdos de otra época los restos de la persona que los escribió, y puédese fácilmente unirlos y ordenarlos y reconstruir aquel ser moral que se levanta entonces en la imaginación tal cual era, vivo y entero, como un muerto que entreabriese su sepulcro para trabar conocimiento con la posteridad, y hacerle al oído sus confidencias y referirle los hechos y secretos de su vida y de su tiempo.

Así hemos conocido nosotros al Duque de Villahermosa y seguido su vida paso á paso: á la vista tenemos su correspondencia íntima y el diario llevado por él desde los primeros años

Digitized by Google

de su juventud hasta diez y seis días antes de su muerte; páginas auténticas, á través de las cuales aparece primero el joven *hereu* de la casa más ilustre de Aragón, rebosando salud, vida, arrogancia, entereza aragonesa, filosófica despreocupación, moda del tiempo; engolfándose en todos los placeres y aun en todas las liviandades de la mocedad, mas dominando siempre al corazón la cabeza, porque es frío; enfrenando el orden á la prodigalidad, porque es prudente; manteniendo incólume lo que, según el criterio del mundo, constituye el honor y el lustre de una gran casa, porque, aunque olvida á veces la ley del cristiano, siempre tiene presente la ley del caballero. Viene luego el hombre ya maduro, conteniendo con mano fuerte los bríos de una juventud harto prolongada, trocando la franqueza nativa por la reserva, y hasta la suspicacia del diplomático, buscando fríamente en el matrimonio, más que los goces del corazón, la esperanza de un heredero; en las Cortes y en las letras, más que la ambición de brillar, el anhelo de añadir gloria propia á la gloria heredada; en el fondo del alma los restos de una fe que creía muerta, que estaba sin duda enterrada, pero enterrada viva, bajo ímpetus de juventud no sujetos y doctrinas filosóficas por moda aceptadas; encontrando al cabo esta fe bajo el influjo de la santa compañera que le tocó en

Digitized by Google

suerte, y conservándola con amor y con respeto en la práctica de todas las virtudes hasta el fin de sus días, como alhaja dos veces preciosa, por ser hallada después de perdida.

Tal aparece en sus diversas épocas el Duque de Villahermosa, verdadero tipo del gran señor español del siglo XVIII, *éclairé*, como se decía entonces, que lamenta y critica el atraso de su patria entre extranjeros, y la ama con todos sus defectos entre los suyos; que hace alarde de despreocupación, que llega á no practicar y hasta á *creer que no cree*, y es profundamente religioso en el fondo del alma; que acepta y aun propaga las niveladoras doctrinas políticas del filosofismo, y es monárquico como Felipe II, aristócrata hasta la medula de los huesos, y consagra su vida entera á aumentar con su valer y sus esfuerzos propios el prestigio de su privilegiada clase, y á impedir que pasen el poder y los honores á manos de los golillas, *burgueses* que diríamos hoy, de aquella época y aquel reinado.

Conocido de todos fué el Duque de Villahermosa en los reinos de Aragón y de Navarra, cuando en los primeros años de su juventud llevaba tan sólo el título de Conde de Guara. Dió allí muestras de mozo de provecho y también de hartos bríos, y manifestó ya su afición á las letras entonando décimas y madrigales á una tal D.ª Pepita, pamplonesa, dama de poco fus-

Digitized by Google

te, que si no le conquistaron el laurel de Apolo, conquistáronle al menos los panegíricos de don Pedro Daoíz, padre éste de la ella, que sin duda vislumbró esperanzas de yerno en la inspiración del poeta. Como oriundo de Aragón y grande de primera línea, declaróse Guara pór el partido opuesto al de los *golillas*, el partido *aragonés*, cuyo jefe era el Conde de Aranda, su amigo y deudo cercano. Conoció éste las esperanzas que el mozo ofrecía, y quiso atraerle á sí, aproximándole al viejo Duque de Villahermosa, tío de ambos, de cuyos estados y títulos era Guara el heredero. En Abril de 1756 escribía Aranda al Conde de Guara: «Si mi tío el Duque de Villahermosa fuese accesible á mis insinuaciones, aun le propondría yo que te trajese á su compañía y tratase como su preciso inmediato heredero; pues logrando tú las apreciables circunstancias personales que te adornan, te sería más fácil producirlas, para proporcionarte ser empleado con tu sobresaliente capacidad: haré lo posible por explicarme, pero ten paciencia y nada hables hasta que yo pueda avisarte la resulta de mi proposición. Avísame y prevénme lo que te ocurra para poderte conducir, y manda en cuanto yo valiere.»

Oyó el viejo Villahermosa las insinuaciones del Conde de Aranda, y trájose á Madrid al sobrino; señalóle alimentos de heredero inme-

Digitized by Google

diato, y dióle rienda suelta en aquel ancho campo de la Corte, donde tan ampliamente podía lucir sus méritos, lograr sus deseos y satisfacer su pasiones. No se descuidó Guara en aceptar lo que tan de grado le ofrecían, y dejóse al punto de décimas y madrigales, para dedicarse al estudio de los autores enciclopedistas que comenzaban entonces á penetrar en España, y olvidarse, como consecuencia inmediata, de sus platónicas amistades con D.ª Pepita, para trocarlas por otras más positivas, de las cuales fué la más sonada la de aquella famosa Mariquita Ladvenant, actriz del Corral del Príncipe, de quien escribió Jovellanos en su epístola á Arnesto sobre los vicios de la Corte:

Harate de Guerrero y la Catuja
Larga memoria, y de la malograda,
De la divina Ladvenant, que ahora
Anda en campos de luz paciendo estrellas,
La sal, el garabato, el aire, el chiste,
La fama y los ilustres contratiempos
Recordará con lágrimas..... (1).

---

(1) La comedianta María Magdalena Ladvenant, viuda de Manuel de Arribas, fué célebre por su talento artístico y por su vida licenciosa. Murió en la flor de su edad el 1.º de Abril de 1767, dando un gran ejemplo de edificación que merece consignarse. Arrepintióse tan de veras en este trance supremo de sus pasados extravíos, que mandó llamar al P. Agustín de Barcenilla, de los

Digitized by Google

Faltaba al Conde de Guara la pincelada maestra, según aquellos tiempos, en la formación de un hombre de calidad: el toque de supremo buen tono en todo joven de la aristocracia; el viaje á París. Emprendiólo, pues, Guara á principios de 1763, agregado por gracia del Rey y favor de Grimaldi á la Embajada del Conde de Fuentes; murió á poco el viejo Villahermosa, y en posesión ya de su rica herencia, con amigos poderosos en Madrid, altos apoyos en Versalles, nombre ilustre, gruesas rentas, talento cultivado y figura arrogante, agasajáronle en la Corte, abriéronle de par en par las puertas de los salones, y los filósofos batieron palmas, creyendo encontrar en el joven Duque otro Conde de Aranda, acaso el

---

Clérigos Menores del Espíritu Santo; hizo confesión general de toda su vida con grandes muestras de contrición, y firmó un acta, que tenemos á la vista, en que da públicas muestras de arrepentimiento y revela un importante secreto de su vida. El mismo P. Agustín de Barcenilla dice en carta de 10 de Abril de 1767: «Las señales que hasta el último instante de su vida dejó esta señora, fueron de su cierta predestinación, pues aprovechó tanto las luces de su gran entendimiento, que no me queda duda de que está descansando en la gloria.» Mariquita Ladvenant dejó al morir cuatro hijos, todos pequeños, María y Silveria, Perico y Paco, que quedaron desamparados, y fueron recogidos, respectivamente, por las Duquesas de Huéscar y Benavente, el Duque de Arcos y el Conde de Miranda.

Digitized by Google

único *impío de verdad* que existió por aquel tiempo en la Grandeza de España.

Y nunca lo fué, ciertamente, el Duque de Villahermosa; quizá alguna vez creyó él mismo serlo, por aquello que dijo Montaigne, *l'homme se pipe*, se hace trampas á sí mismo, y procurando tomar por dudas reales de su entendimiento lo que sólo es rebeldía de sus pasiones, orgullo de su corazón, llega, según la frase de De Maistre, á *creer que no cree*. Hay una página en el diario de Villahermosa que así lo demuestra. En el día 24 de Enero de 1769, dice: «Cumplí treinta y nueve años y entré en los cuarenta, por consiguiente, sano, sí, pero no menos incierto de lo futuro.....»

Y á continuación, terminando entre renglones la misma frase, con tinta de otra época, esta coletita, este apéndice escrito más tarde, en edad madura, no como confesión clara del escéptico que encuentra su fe y la proclama, sino como palinodia tácita del hombre que creyó no creer, y reconoce al fin que creía..... «*sobre el tiempo que me queda que vivir*.»

Cierto que aparece Villahermosa lector asiduo y suscriptor constante de todas las obras de los enciclopedistas; pero también lo es que en Junio de 1766 pide á Azara le alcance en Roma del Padre Santo licencia para leer libros prohibidos, y Azara, que era de los *impíos de verdad*, desvergonzado y cínico, le contesta

Digitized by Google

en mal francés, según la moda de los elegantes ilustrados, insultando al piadoso pontífice Clemente XIII: «Estoy dispuesto á mandar á Vm. cuantos pergaminos quiera; pero debo decirle que el permiso del Papa para leer libros prohibidos no es posible alcanzarlo en el Pontificado de este *Tartufo*. Felizmente no nos incomodará mucho tiempo, porque está muy próximo á tender el vuelo á su paraíso; y su sucesor, que, según la regla general, hará todo lo contrario que éste, nos dará bonitas dispensas. Mientras tanto, podré enviar á Vm. cuando quiera el despacho de la Congregación general del Índice, que para el efecto es lo mismo, pues esta Congregación es superior á todas las Inquisiciones, y aun al Tribunal de Roma. Avíseme lo que desea y será servido sin dilación.»

Y más tarde, el 17 de Septiembre, añade: «He pedido el permiso del Índice que deseaba Vm. y me lo han prometido para uno de estos días; en cuanto lo reciba cuidaré de enviárselo, para que salga cuanto antes del mal estado en que se encuentra por haberse comido tantas excomuniones. Yo me he tragado tantas como Vm., y, á pesar de todo, me encuentro muy bien; sin duda, la fuerza y la actividad de los ácidos del estómago es lo que hace mejor ó peor la digestión.»

Cierto también que frecuenta Villahermosa

Digitized by Google

el trato de los filósofos, y emprende la peregrinación á Ferney para tributar á Voltaire su homenaje; pero también lo es que tiene el noble atrevimiento, estupendo entonces, de recibir en su casa de Turín, siendo Embajador, á dos jesuítas desterrados; de mantener correspondencia con varios de ellos, crimen de lesa majestad, según el decreto de Carlos III; de proclamar solemnemente patrón de sus estados á San Francisco de Borja, á poco de haber prohibido á la Duquesa, la *ilustrada tolerancia* del Rey Católico, llevar hábito de San Francisco Javier, por ser este santo santo jesuíta. ¡Extraño incrédulo aquél, que hace voto á la Virgen Santísima de reedificar su iglesia de Pédrola, si le conserva la vida de su hijo primogénito siquiera hasta los cinco años!

No fué, pues, muestra de impiedad, sino de curiosidad y moda del tiempo, la visita á Ferney que en el anterior capítulo hemos descrito..... Un mes después, el 1.º de Junio de 1769, casábase Villahermosa con la hermana menor de su compañero el Marqués de Mora, doña María Manuela Pignatelli, y bajo la influencia de esta santa é ilustre mujer, fuéronse disipando en su ánimo toda otra clase de influencias impías, poco á poco y sin esfuerzo ni violencia, ni ninguna de esas crisis ó sacudimientos que preceden, por lo común, á las conversiones de grandes pecadores; hízose, por el

Digitized by Google

contrario, este maravilloso trueque suavemente, por su propio peso, con la naturalidad con que la fruta madura cae del árbol á impulsos de una savia oculta que le ha prestado calor y fragancia; con el descanso con que el navegante dormido llega á la playa, y allí se encuentra sin notar que debe su arribo al trabajo y la fatiga de los brazos que remaban.

El 17 de Marzo de 1779, hallándose Villahermosa de Embajador en Turín, hizo su confesión general con un padre barnabita llamado Felipe Grana, y el 1.º de Octubre, al comenzar el tercer tomo de su diario, que tenemos á la vista, escribe lo siguiente: «Como en otro tiempo, y cuando seguía una vida solamente mundana, he puesto lo que hacía todos los días durante un mes, ahora que por la misericordia del Señor pienso de otro modo, y por si acaso hay alguno que tenga la paciencia de leer este tan voluminoso diario, que ya con éste tiene tres tomos en folio, me ha parecido conveniente quitar el mal ejemplo que aquella vida disipada haya podido dar, y es mi ánimo escribir aquí todo lo que haga en cada uno de los días de este mes, para que se vean en parte las misericordias que el Señor ha obrado en mí, sin embargo de la imperfección de las buenas obras que haya podido ejecutar, que es grande y mucho mayor mi ingratitud hacia el Padre celestial, á cuya mayor honra y

Digitized by Google

gloria debía emplear todos los momentos de mi vida. Esto es lo que hice el día primero, etc., etc.»

Y desde entonces hasta su muerte la vida de Villahermosa se deslizó sosegada y tranquila, al tenor de la de la Duquesa, en el ejercicio de la piedad y la práctica de cristianas obras. He aquí, como muestra de esta vida ordinaria, una página de su diario de esta época, abierto al acaso, que es, sobre poco más ó menos, lo que hacía todos los días: «14 *de Octubre.*—Me levanté á las siete, y hechos mis ejercicios de la mañana, y habiendo hablado de las cosas de la casa con mi mayordomo, me vestí y leí las cartas del correo, que no contenían nada de importancia. Me fuí al Espíritu Santo á misa, y allí hice mis devociones; volví á casa, donde hablé con el contador de varios asuntos, y volviendo á salir á las doce, fuí á los Afligidos á las Cuarenta Horas; después á casa de Alcolea y á casa de Villafranca; á las dos comí con Ramos y Heredia. A las cuatro me fuí á la Academia Española, hasta las seis; á esta hora á casa de Campomanes, para hablarle sobre la tutela del Conde de Fuentes y sobre la facultad Real para vender bienes vinculados; pasé de allí á casa de la Marquesa viuda de Fontanar, donde estuve hasta cerca de las nueve, que volví á casa, y con la Duquesa y D. Juan Pacheco pasé lo restante de la noche hasta las

Digitized by Google

diez, hora en que subí á mi cuarto, hice mis devociones y me acosté.»

A esto se redujo todo el filosofismo del Duque de Villahermosa, y ciertamente que no le hubiera impetrado Voltaire las bendiciones de su *Sér de los seres* si hubiese podido sospechar que su catecúmeno de Ferney había de concluir como el más vulgar de los católicos, oyendo misa diaria, comulgando dos veces al mes, rezando las Cuarenta Horas y perdiendo la vida, por caridad á los pobres, cuando el incendio de la Plaza Mayor en 1790.

Digitized by Google

IV

No puede decirse lo mismo del Marqués de Mora. Los grandes corifeos del filosofismo en su época le tienen y pregonan por suyo; y al reconstruir nosotros su personalidad, como hemos reconstruído la de su cuñado, sobre documentos auténticos sacados de los archivos de Fuentes, Solferino, Santa Cruz y Villahermosa, aparecen probadas hasta la evidencia su impiedad, su liviandad, y lo que resulta más extraño que una y otra cosa, su insignificancia.

Nadie, en efecto, hubiera guardado recuerdo en España del Marqués de Mora si los intencionados elogios del patriarca de Ferney y el hecho poco glorioso de haber sido uno de los varios que, unas veces por turno, y otras en comandita, cautivaron el corazón harto elástico é inflamable de Mlle. de Lespinasse, no hubieran picado la curiosidad y excitado los

Digitized by Google

fáciles entusiasmos de algunos escritores franceses, admiradores de las glorias del filosofismo. Nada, sin embargo, se encuentra en la vida de este personaje, como no sea su impiedad, que justifique los elogios que los filósofos le prodigaron; nada que no pueda compendiarse en aquel molde trazado por Jovellanos, no anticuado entonces ni envejecido hoy, en que encaja y encajará siempre la parte más vulgar y numerosa de la juventud ociosa y opulenta:

..... jugó, perdió salud y bienes,
Y sin tocar en los cuarenta abriles,
La mano del placer le hundió en la huesa.

Don José Pignatelli y Gonzaga, primogénito de la casa de Fuentes y, como tal, Marqués de Mora, nació en Zaragoza el 19 de Abril de 1744, de D. Joaquín Pignatelli de Aragón y Moncayo, Conde de Fuentes, y de D.ª María Luisa Gonzaga y Caracciolo, Duquesa de Solferino. Fué bautizado el mismo día en la parroquia de San Gil, siendo padrino su abuelo paterno D. Antonio Pignatelli de Aragón Pimentell y Caraffa, Príncipe del Sacro Romano Imperio. A los diez años (1754) marchó con sus padres á la corte de Turín, donde había sido nombrado el Conde de Fuentes Embajador de Fernando VI, y allí corrió la educación del tierno Marquesito al cuidado de un clérigo

Digitized by Google

francés, que llamaban el abate La Garanne.

Acaeció por aquel entonces en Zaragoza la muerte de un niño de pocos años, heredero de una gran casa, y este hecho, tan ajeno al parecer al Marqués de Mora, vino á influir en su porvenir poderosamente. Era este niño difunto D. Luis Augusto Abarca de Bolea y Fernández de Híjar, único vástago varón de los Condes de Aranda, y por su muerte quedaba como primogénita y heredera única de tan ilustre y poderosa casa, D.ª María del Pilar Ignacia Abarca de Bolea, que contaba un año menos que el Marqués de Mora. Seguía el Conde de Aranda por aquel tiempo con el de Fuentes un pleito enredadísimo sobre el Condado de Fuentes y los Marquesados de Mora y Coscojuela, y ocurrióseles á ambos litigantes, para poner fin á la contienda, casar al Marqués de Mora con D.ª María Ignacia, á quien desde luego cedían sus padres el Ducado de Almazán. Tratóse entre ambas familias el proyecto, y convinieron al cabo en extender desde luego las capitulaciones matrimoniales, dejando el matrimonio para cuando llegaran los novios á la edad conveniente: el Marquesito contaba á la sazón doce años, y once tan sólo la Duquesa.

Hallábase entonces el Conde de Aranda de Embajador en Portugal, y envió poder para aquellos tratos á su esposa, que se había que-

Digitized by Google

dado en Zaragoza. Los Condes de Fuentes, por su parte, otorgaron también poder para lo mismo en Turín, ante el escribano Jaime Antonio Genale, y enviaron á Zaragoza al precoz novio, con su ayo el abate La Garanne. Firmóse, en efecto, la escritura en aquella ciudad, ante el notario Miguel José Ros, á 4 de Diciembre de 1756, representando á los Condes de Aranda la condesa D.ª María del Pilar Fernández de Híjar (1), y á los de Fuentes D. Vicente Pignatelli, Arcediano de Belchite, hermano del Conde.

Fuese casualidad, fuese plan combinado, es lo cierto que en aquellos mismos días concedió el Rey al novio la gracia de cadete, y encontróse, pues, el Marquesito á los doce años miembro ya del ejército y medio casado con una riquísima heredera de once años y pocos atractivos personales, pues era de constitución delicada, muy morena de rostro y con todos los dientes podridos. Mora, por el contrario, era entonces un lindísimo muchacho despierto y atrevido, que enamoró desde luego á su novia y supo captarse las simpatías de la suegra. Comenzó Mora su aprendizaje militar sin salir de Zaragoza, á la vista siempre de la Condesa

(1) El apellido de esta señora era Silva; mas solía firmarse Fernández de Híjar, como su hermano primogénito el Duque de Híjar.

Digitized by Google

de Aranda, y allí permaneció hasta que, volviendo sus padres de la Embajada de Turín, á principios de 1759, reuniéronse en Madrid las dos familias de Fuentes y Aranda para efectuar el matrimonio.

Hiciéronse nuevas capitulaciones matrimoniales, modificando las hechas anteriormente, y firmáronse en Madrid ante el escribano Tomás González San Martín, á 30 de Marzo de 1760. Por estas larguísimas capitulaciones, cuya copia tenemos á la vista, lleva cada cónyuge al matrimonio todos los derechos de sucesión á los estados y títulos de sus respectivos padres; oblíganse los Condes de Fuentes á mantener en su propia casa de ellos á su hijo el Marqués de Mora y á su nuera la Duquesa de Almazán, «manteniéndolos, sanos y enfermos, con toda la decencia, lustre y ostentación correspondientes á su alta clase, como también á los hijos que tuviesen *constante* el matrimonio, y durante la vida de dichos señores sus padres mandantes, pagando los gastos de caballeriza y raciones de criados que tuviesen y necesitasen para la correspondiente decencia, y además mil reales de plata, moneda jaquesa, en cada un mes, á la dicha Excma. Sra. Duquesa de Almazán, para sus alfileres, que hacen mil ochocientos setenta y dos reales y doce maravedís de vellón, y otros mil reales de plata mensuales al dicho Sr. Marqués de Mora, su

Digitized by Google

hijo, para su vestuario y gastos extraordinarios.

»Item, es pacto que en caso de separación de los Excmos. Sres. Marqués de Mora y su futura esposa de la amable compañía de los excelentísimos Sres. Condes de Fuentes, sus padres, por voluntad de éstos ó de dichos sus hijos, lo que no deben prometerse sus padres, que tan tiernamente aman á sus hijos, y en hijos tan respetuosos y amantes de sus padres, en este caso, que podría verificarse sin más motivo que su gusto ó voluntad, ó bien de los padres ó de los hijos, los Excmos. Sres. Condes de Fuentes dan y mandan, y en contemplación de este matrimonio se obligan á dar y que darán al dicho Marqués de Mora, su hijo, para mantener su casa y familia, seis mil ducados de vellón, que hacen tres mil quinientas seis libras y cinco sueldos jaqueses en cada un año, pagados por mesadas iguales y con anticipación de una mesada, y además la plata correspondiente de mesa, ropas, alhajas y menaje que se necesite para adornar y componer la casa y habitación de los señores sus hijos, y también ponerles la caballeriza y tren de calle, todo en lujo y decencia correspondientes á su clase.

»Los Condes de Aranda, por su parte, oblíganse á dar á su hija, como alimentos de sucesora inmediata, seis mil ducados de vellón; y

Digitized by Google

en el caso de nacerles á ellos algún hijo varón que privase á la Duquesa de Almazán de sus derechos de sucesora inmediata, oblíganse á constituirle un dote, correspondiente á sus circunstancias y prendas y al lustre de la casa de sus padres. Por tanto, para dicho caso, la dan y mandan los dichos Excmos. Sres. Condes de Aranda, sus padres, cincuenta mil ducados de vellón, que son veintinueve mil doscientas diez y ocho libras, moneda jaquesa.»

Asentábase también en las capitulaciones esta cláusula, que no sin grandes repugnancias debieron aceptar los Fuentes: «Item, es pacto que siempre y cuando en los contrayentes sus hijos y descendientes se juntasen, no sólo los títulos de sus respectivos padres, sino también cualquier otros que por las inclusiones de los Excmos. Sres. Conde y Condesa de Fuentes pudieran recaer en su descendencia, haya de llevar el que fuese señor de las casas con preferencia el título de Aranda, aunque antes, como primogénito, se hubiera llamado Conde de Fuentes ó de otro título; de modo que ha de esperar á cubrirse, hasta que con la Grandeza de Aranda pueda ejecutarlo.»

Firmáronse estas capitulaciones el 30 de Marzo de 1760, y siete días después, el 6 de Abril, celebróse el matrimonio con grande pompa y aparato en las casas del Conde de Aranda, que eran las de la Condesa de Lemus,

Digitized by Google

situadas en la plazuela de Santiago. Casólos D. Vicente Pignatelli y Moncayo, tío del novio; asistió á la novia como madrina su abuela paterna la condesa viuda de Aranda D.ª María Josefa Pons de Mendoza, Condesa de Robres y de Rupit, y sirvieron de testigos D. Joaquín de Palafox, Marqués de Ariza, caballerizo mayor de la Reina madre D.ª Isabel de Farnesio; D. Juan Antonio Caracciolo, tío de la Condesa de Fuentes, y D. Antonio Álvarez de Toledo, Marqués de Villafranca y cuñado de aquélla misma, por ser esposo de su hermana D.ª María Antonia Gonzaga y Caracciolo.

Á los diez días de celebrado el matrimonio, el 19 de Abril, cumplió el novio diez y seis años, y un mes después, el 20 de Mayo, anunció la *Gaceta* su promoción al grado de abanderado en el regimiento de Guardias españolas de infantería. Hallábase ya en el tiempo del matrimonio nombrado el Conde de Fuentes Embajador de Carlos III en la Corte de Inglaterra, y para ella partió al poco tiempo, llevando consigo á los recién casados, según lo establecido en las capitulaciones matrimoniales. Por aquel tiempo Horacio Walpole, que debió conocer á la nueva Marquesa de Mora en Londres, escribe hablando de ella: «Se empeñan en que no es fea, y que sus dientes son todo lo bonitos que pueden ser los de una persona que no tiene más que dos, y éstos negros.»

Digitized by Google

Por Noviembre del año siguiente (1761) dió á luz en Londres la Marquesa de Mora una niña, que se llamó, por su abuelo paterno, Joaquina, y murió allí mismo á los pocos meses de nacida. No permanecieron mucho tiempo en Inglaterra los Marqueses de Mora; á principios de 1762 reemplazó al Conde de Fuentes en la Embajada el Príncipe de Maserano, y volvió toda la familia á Madrid, donde asistió el 22 de Abril á la profesión solemne de sor María Luisa Pignatelli, en las Salesas Reales; era esta señora la hermana mayor de Mora, y sólo después de largas luchas con sus padres pudo conseguir que la permitiesen éstos abrazar el estado religioso.

Gozaba entonces el Conde de Fuentes de mucho crédito en la Corte y el Gobierno, y la grande estima más ó menos fundada que de sus cualidades tenían el Rey y sus Ministros, no le sufrió ocioso por mucho tiempo. Nombróle, pues, Carlos III su Embajador en la Corte de Versalles, en Octubre de 1763, si bien no tomó posesión de su cargo hasta Febrero de 1764. Detúvose con sus hijos en Madrid todo este tiempo, y en este intervalo es cuando aparecen los primeros síntomas de liviandad en el Marqués de Mora. Con gran secreto y disimulo comenzó á cortejar á la famosa comedianta Mariquita Ladvenant, de que hicimos mención antes, al mismo tiempo que lo

Digitized by Google

hacía también más al descubierto su futuro cuñado el Duque de Villahermosa; mas una noche, al salir el Duque y entrar el Marqués en casa de la comedianta, topáronse frente á frente los dos galanes, y hubo la consiguiente escena de celos y reproches; el escándalo fué grande, trascendió á la familia, y viéronse obligados los Aranda á llamar al orden á su precoz yerno, que contaba entonces diez y ocho años y cuatro meses. Debió de suceder esto por Septiembre de 1762, y consta todo en una carta escrita con muy posterior fecha al Duque de Villahermosa por un tal Nicolás Viedma, vecino, confidente y tercero de la Mariquita, recordándole, para sacarle algún dinero, los servicios que le prestó en los *cuentos y disgustos* de aquella mujer con el Marqués de Mora.

En Noviembre del mismo año fué nombrado Mora coronel *agregado* al regimiento de Mallorca; y al siguiente, no habiendo cumplido aún diez y nueve, diéronle el mando efectivo del regimiento de Galicia, según consta en la *Gaceta* del 5 de Abril de 1763. Vivió todo este tiempo en Madrid el matrimonio Mora con los Condes de Fuentes, y en Enero de 1764 abandonaron todos juntos la Corte, quedándose los hijos en Zaragoza, donde les había precedido el regimiento de Galicia, y siguiendo los padres á París para tomar posesión de su Embajada. Maniobra y combinación esta

Digitized by Google

de dejar á los hijos en Zaragoza, ideadas y ejecutadas por Fuentes, *á fin de que Pepe quede naturalmente más sujeto en provincias.* Así lo escribe el mismo Conde de Fuentes al de Aranda, que se hallaba entonces fuera de la Corte, al notificarle su resolución y viaje; de donde se deduce que por aquel tiempo procuraban los dos consuegros, de común acuerdo, acortar en lo posible el campo á las travesuras de Pepito.

Instalóse la pareja Mora en Zaragoza, en el hermoso palacio de los Condes de Fuentes, situado en el Coso, y allí les sobrevino á poco una repentina catástrofe. El 25 de Agosto de 1764 dió á luz la Marquesa de Mora, á las cinco de la mañana, un niño, que fué bautizado aquel mismo día en la parroquia de San Gil con los nombres de Luis Gonzaga, Joaquín del Pilar, José, etc., siendo su padrino el ilustre Sr. D. Miguel Fernández de Córdoba Alagón y Moncayo, Canónigo de la santa iglesia Catedral de Zaragoza. El nacimiento de este niño, que venía á realizar los deseos de sus abuelos, reuniendo en una sola las dos casas de Fuentes y Aranda, costó la vida á la pobre Marquesa de Mora, la cual, sin que podamos precisar la fecha, falleció á muy poco, á consecuencia, sin duda, del parto. Recogió entonces al inocente huerfanito su abuela la Condesa de Aranda, y llevóselo á Madrid, mientras el viudo

Digitized by Google

marchaba á París á reunirse con sus padres; y en tan poco tiempo debió acontecer todo esto y con tal premura hacerse, que el 29 ó 30 de Octubre hallábase ya en París el Marqués de Mora. Así lo escribe desde Fontainebleau al Duque de Choiseul D. Fernando Magallón, Secretario de la Embajada española, el 28 de Octubre de 1764: «Como me veo precisado á marchar mañana por la mañana á París, para volver dentro de dos ó tres días con el Marqués de Mora», etc., etc.

No parece verosímil que la pena de su viudez causase al Marqués de Mora grandes tormentos. Todo había pasado para él de tan rápida manera y en edad tan temprana, que pudo compendiar su soltería, su matrimonio y su viudez en aquella copleja que, si no es contemporánea, data de tiempos no distantes de aquéllos:

El domingo la vi en misa,
Lunes la mandé un recado,
Martes me casé con ella,
Miércoles la pegué un palo,
Jueves se metió en la cama,
Viernes la sacramentaron,
El sábado se murió
Y domingo la enterraron;
Y en una semana fuí
Mozo, viudo y casado.

Digitized by Google

V

GRANDE fué el éxito que obtuvo el viudito de veinte años en los salones de París y de Versalles, y las muchas cartas de la época que tenemos á la vista le presentan todas como un joven seductor que poseía entonces grandes cualidades y ofrecía para más adelante mayores esperanzas. Es fácil, sin embargo, que mucho contribuyeran á tan grandes ponderaciones la alta posición y el gran prestigio de que gozaba en la Corte de Francia el Embajador de España, desde que quedó sancionado en 1761 el famoso *pacto de familia*. Concedíasele el puesto de honor entre todos los diplomáticos, y honrábale el Rey Cristianísimo con grandes distinciones. Para él no había puerta cerrada en Palacio, ni día señalado para hacer la corte á la familia Real, como para los otros embajadores lo estaban los martes. Pagábale el Rey

Digitized by Google

casa en Versalles y en todos los sitios Reales, y á ellos podía seguir ó no seguir á la Corte, según fuese de su agrado. Supo el Conde de Fuentes aprovecharse bien de todas estas ventajas, y su intimidad con la familia Real llegó á ser tan grande, que todos los días se guisaba en casa del Embajador el *puchero* para la reina María Leczinska, y con mucha frecuencia guisábase también la famosa *olla podrida* española, para Mesdames las hijas del Rey. «No se puede ponderar bien, dice el Duque de Villahermosa en su Diario, lo estimado que está Pignatelli en París. La Reina le dice que no quisiera que se fuese nunca, y desearía tenerle siempre consigo. El Rey le honra mucho, y porque dejó una noche de cenar, el Rey y la Reina le riñeron, temiendo no le hiciese daño. Generalmente todos le aman, estiman y veneran, y nadie habla mal de él. Es un hombre en quien nada cae mal: todo en él es gracia. Da muchos días de comer, y le oí decir á madama de Saint-Constantin, que ningún Embajador de España había dado tanto hasta ahora, siendo cierto, como todos saben, que se ha rebajado el sueldo una tercera parte.»

Estos gastos y prodigalidades que la alteza de su puesto requería, unidos á la merma del sueldo y al abandono natural del Conde, fueron grande parte para quebrantar la casa de Fuentes, más ilustre que opulenta, y hacían de

Digitized by Google

la residencia de los Embajadores una mansión verdaderamente señoril á la moda francesa de la época, conjunto de lujo y de despilfarro, de elegancia y de desorden; porque no era el padre de Mora de aquel vigoroso temple de los Pignatelli, más aragonés que italiano, que produjo hombres como sus dos hermanos D. Ramón y D. José, gloria el uno de su patria y ornato el otro de la Iglesia. Fuentes era, por el contrario, más italiano que aragonés, hombre de mediano talento, natural blando y para sus intereses abandonado, y tan sólo gran perito en el difícil arte de agradar y amoldarse á todos los caracteres y á todas las circunstancias más ventajosas: cualidad estimable en sus resultados, pero peligrosa en su práctica, por las transigencias no siempre decorosas ni lícitas á que de continuo provoca. Y de aquí, sin duda alguna, que siendo Fuentes bueno y católico práctico, aunque tibio, apareciese en su época como uno de aquellos grandes señores *éclairés* del modo de Villahermosa, aunque con una muy fundamental diferencia; porque es indudable que la falsa filosofía dió un gran paso al declarar á la fe hija de la simplicidad y la cortedad de alcances, pues que con esto reclutó lo que podríamos llamar su estado llano, su plebe vocinglera, entre los necios y las medianías que creyeron encontrar un diploma de ingenio y de talento haciendo alardes de despreocupa-

Digitized by Google

ción, y los astutos que, comprendiendo bien las corrientes de la época, hicieron por cálculo la misma jugada. Á estos últimos perteneció Villahermosa; mas el Conde de Fuentes, y aquí está la diferencia esencial entre ellos, sin dejar de pertenecer á los segundos, perteneció también á los primeros.

No era, pues, el Conde de Fuentes el padre más á propósito para guiar á un hijo como Mora por el intrincado laberinto de impiedades y de vicios que ofrecía el París de entonces, y la Condesa, por su parte, participaba del abandono y dejadez de su marido, y aumentábaselos en gran manera la traidora enfermedad de pecho que lentamente la minaba, y que había de llevarla al sepulcro antes de tiempo. Fué esta señora de mucha hermosura y honradez, mas harto contemporizadora con las livianas costumbres y malas gentes de su época, y tan amiga del trato de éstas, que arrastraba por los salones sus enfermedades y sus penas, secundando con su mucha discreción los trabajos diplomáticos del Conde de Fuentes. Fué gran amiga de Rivarol, y una de las ilustres damas que introdujeron en la alta sociedad de París á este elegante, bello y despierto aventurero que, ocultando tras un condado postizo la posada de *Los Tres Pichones*, de que fué dueño su padre, logró ser uno de los más *espirituales persifleurs* de los salones.

Digitized by Google

También tuvo grande amistad con aquel famoso y corrompido abate Galiani, encarnación del chiste volteriano en la astucia italiana, que, regalando á Benedicto XIV su curioso muestrario de materias volcánicas del Vesubio, escribió sobre la caja: «*Beatissime Pater: fac ut lapides isti panes fiant*» (1). En Septiembre de 1770 escribía Galiani desde Nápoles al Duque de Villahermosa: «He propuesto seriamente á Lersale que se venga á Nápoles, trayéndose cinco ó seis buenos amigos. Fuentes puede venir á ver sus fincas; Egmont y su familia sus feudos; vos veréis la Palata y Gayano; la Condesa de Fuentes encontrará aquí á Rivarol, á Gleichen, á Milizern y á mí, que estamos ya aquí, y podríamos figurarnos un pequeño París en Nápoles. Nos haremos la ilusión de estar en una quinta de los alrededores de París, y jugaremos al *wisk* todo el día..... ¿Qué tal vuestros estudios, vuestra metafísica y vuestra política? ¿Seguís emborronando libros que nunca aparecen? ¿Habéis resuelto el problema de si la fortuna es un efecto del acaso, ó del talento del hombre, ó de alguna inteligencia oculta é invisible, que se constituye en su buen ó mal genio?..... Yo he creído siempre que la fortuna en el mundo es efecto

(1) Santísimo Padre: haced que estas piedras se conviertan en pan.

Digitized by Google

del azar; con las mujeres, del talento, y en el juego efecto de los malos espíritus, porque imposible es que en un solo año me haya ganado la Condesa de Fuentes tres mil doscientas cuarenta libras, franco tras franco, sin que el diablo, el diablo más maestro de todos los diablos, se haya metido en ello.»

No se crea por esto que la Condesa de Fuentes tuviera en particular el feo vicio del juego; era este vicio general en todos los grandes señores franceses de aquella época, desde tiempos de la Regencia, y no escandalizaba entonces aquel hecho monstruoso de la Princesa de Valois, hija del Regente, joven de diez y ocho años, que atravesando la Francia para reunirse á su prometido esposo el Duque de Módena, llevaba delante banqueros que le preparasen la partida en las posadas, para pasar la noche jugando. «Las tertulias de París, dice el Duque de Villahermosa, empiezan á las nueve, y de seguida se juegan una ó dos rondas. Se interrumpe el juego para cenar, dejándolo en el estado en que esté, y después se vuelven á emprender las partidas y se siguen jugando otras, regularmente hasta las cuatro ó cinco de la mañana.»

Vivían los Condes de Fuentes en París, en el hotel Soyecourt, calle de la Universidad, y en el segundo piso vino á alojarse el Marqués de Mora, en compañía de su futuro cuñado el

Digitized by Google

Duque de Villahermosa, agregado entonces á la Embajada española, y D. Fernando Magallón, Secretario de la misma, hombre alegre y vividor, y amigo de todos los filósofos en boga con los cuales puso al punto en contacto al apuesto viudito, como ya había hecho antes con Villahermosa. Estos dos buenos compañeros fueron los mentores en París de aquel nuevo Telémaco, que bien pronto pudo dar lecciones en todos los terrenos á sus experimentados maestros.

No datan, sin embargo, de esta primera estancia del Marqués de Mora en París, que debió prolongarse hasta fines de 1766, ni sus intimidades con los filósofos, ni sus desdichados amores con Mlle. de Lespinasse, á quien sin duda no conoció hasta algo más tarde. El salón de la Lespinasse, luego tan célebre, comenzaba entonces á echar sus cimientos, y no era el más á propósito para ser preferido por un mozo de veinte años, libre del matrimonio, como el perro de la cadena, y ansioso de goces algo más positivos que las satisfacciones de la vanidad, compradas al precio de la apostasía de la fe y las tradiciones patrias. Esto debía venir más tarde, como en efecto vino, á la manera que tras la hinchazón viene el pus, y tras el pus la gangrena.

Los triunfos del Marqués de Mora fueron entonces en los salones de la aristocracia, y sus

Digitized by Google

primeras y brillantes armas hízolas en casa del Duque de Choiseul, en aquella famosa galería que describe Mme. Du Deffand en sus cartas á Horacio Walpole. «Los Choiseul, dice, abrirán su casa el domingo próximo, y yo iré rara vez; reciben en la galería, que no sé si recordaréis. Es tan enormemente grande, que se necesitan setenta ú ochenta bujías para alumbrarla. En el centro hay una chimenea, con grande fuego siempre; en los extremos dos estufas, y los sitios intermedios quedan hechos verdaderas neveras; de modo que, ó es cosa de achicharrarse acercándose al fuego, ó de helarse sentándose lejos. Va muchísima gente, y se reunen allí todas las beldades jóvenes y los caballeros de todas edades. Han puesto en medio una gran mesa, donde se puede jugar al mismo tiempo á toda clase de juegos; esto se llama ahora *une macedoine* (1). Hay también mesas separadas de otros juegos, y tres ó cuatro *tric-tracs* que rompen la cabeza. No sé si vuestras reuniones se parecerán á éstas; si así es, supongo que iréis pocas veces. Yo nada encuentro peor que esta algarabía, como no sea estar sola.»

Complacíanse los Fuentes en estos triunfos de su primogénito, y empujábanle temerariamente ellos mismos en aquella vida de disipa-

(1) Guiso compuesto de diferentes legumbres ó frutas.

Digitized by Google

ción y de placeres, pensando distraerle y consolarle de la imaginaria pena de su viudez, y proponiéndose al mismo tiempo hacerle contraer un segundo matrimonio brillante y lucrativo con la hija única del Conde de Egmont. Mas hallábase Mora harto á su gusto, viudo y libre, para pensar en nuevo matrimonio; y terminada, al fin, la licencia que para estar separado de su regimiento tenía, fuéle preciso, con harto sentimiento suyo, volver á Madrid á principios de 1766, donde fué recibido con los aplausos y honores que se tributaban entonces á los que habían *escupido en Francia* y volvían á la madre patria transformados por completo, haciendo alarde de los vicios é impiedades de la sociedad francesa, lo mismo que de las casacas con tontillo y las pelucas á la Panurge, y encajando por completo en aquel otro molde que trazó Jovellanos en su epístola á Arnesto:

¿Será más digno, Arnesto, de tu gracia
Un alfeñique perfumado y lindo,
De noble traje y ruines pensamientos?
Admiran su solar el alto Auseva,
Linia, Pamplona ó la feroz Cantabria.
Mas se educó en Sorez; París y Roma
Nueva fe le infundieron, vicios nuevos
Le inocularon; cátale perdido.
Ya no es el mismo. ¡Oh, cuál otro el Vidasoa
Tornó á pasar! ¡Cuál habla por los codos!
¿Quién calará su atroz galimatías?

Digitized by Google

Ni Dumarsais ni Alderete le entendieran.
Mira cuál corre en polisón vestido,
Por las mañanas, de un burdel á otro,
Y entre..... rufianes bulle.
No importa; viaja incógnito con palo,
Sin insignias y en frac: nadie le mira.
Vuelve, se adoba, sale y huele á almizcle
Desde una milla..... ¡Oh, cómo el sol chispea
En el charol del coche ultramarino!
¡Cuál brillan los tirantes carmesíes
Sobre la negra crin de los frisones!
Visita, come en noble compañía,
Al Prado, á la luneta, á la tertulia,
Y al garito después ....

Digitized by Google

VI

Esta fué la vida del Marqués de Mora á su vuelta de Francia, como era la de muchos petimetres de su tiempo, en quienes se nota ya esa extraña mezcla de extranjerismo y majeza que caracteriza aún á no pocos elegantes de nuestros días. En esta época, sin embargo, aparecen por primera y única vez en Mora ciertos amagos literarios, inspirados por un mal clérigo expulso de la Compañía de Jesús, que llamaban el abate Casalbón, y fomentados y aplaudidos por los directores y agentes más conspicuos de la solapada propaganda volteriana que comenzaba entonces á hacerse en España.

En Abril de 1767 escribió Mora en compañía del abate Casalbón, y por carta de éste consta, un elogio de la llorada comedianta Mariquita Ladvenant, ya difunta. No es fácil co-

Digitized by Google

legir los empalmes que encontraría el ilustre Marqués entre la muerte de la comedianta y la expulsión de los jesuítas de España, acaecida por aquel mismo tiempo; mas es lo cierto que el elogio de Mariquita, escrito por el Abate y el Marqués, redúcese tan sólo á un tejido de enormidades y blasfemias contra la Compañía de Jesús. También escribió Mora en aquella época la primera parte de un poema, cuyo héroe era el abate Casalbón. Así lo dice Iriarte al Duque de Villahermosa en una carta, cuya obscenidad nos impide copiarla íntegra. «Al Marqués de Mora escribo componga, durante la marcha que va á emprender su regimiento, la segunda parte de aquel poema que le dedicó (á Casalbón) en otra marcha semejante» (1). El Aquiles héroe del poema, el Homero que lo canta y la ocasión en que lo hace (la de una enfermedad vergonzosa de aquel desdichado clérigo) nos autorizan á pensar que esta parte del delicado ingenio de Mora pertenece á aquella literatura de la época, de que dice un crítico eminente: «No era la lujuria grosera de

(1) Como prueba de la obscena impiedad que reinaba entonces en la vida íntima de los personajes oficiales, copiamos la postdata con que termina esta carta de Iriarte: «El martes pienso enviar á Roma, á ganar indulgencia, la carta de V. E., porque nuestro Rdo. Azara se complacerá en saber el estado de.....» (Aquí una obscenidad que impide transcribir la decencia.)

Digitized by Google

otros tiempos la de nuestro *Cancionero de burlas*, por ejemplo, sino lujuria reflexiva, senil, refinada y paseada por todas las alquitaras del infierno. ¡Cuánto pudiera decirse de esta literatura secreta del siglo XVIII y de sus postreras heces en el XIX, si el pudor y el buen nombre de nuestras letras no lo impidiesen!» (1).

Era por aquel entonces centro de la moda en Madrid la casa del famoso D. Pablo Olavide, fino volteriano, aunque de buen fondo, que andando el tiempo vino á parar en la Inquisición, para asombrar luego á todos con su arrepentimiento. Había Olavide montado su casa con grande lujo y aparato, y puesto en ella un teatrito, donde la flor y nata de la corte representaba tragedias de Voltaire, traducidas por el mismo Olavide, y óperas cómicas como *Nineta en la corte* y *El pintor enamorado de su modelo*.

Reunían se con esta tapadera en casa de Olavide los volterianos todos que á la sazón se encontraban en la corte, urdían allí sus manejos, y entre todos ellos brillaba en primera línea el Marqués de Mora, por su natural y petulante despejo, su alta posición y el enconado odio contra la moral y la Iglesia católica que había traído de Francia. El abate Casalbón,

(1) Menéndez y Pelayo, *Historia de los Heterodoxos*, tomo III, pág. 257.

Digitized by Google

excelente humanista y escritor no despreciable merodeaba siempre en torno de aquellos señores, mendigando un pedazo de pan, que le daban, y un poco de consideración, que no le concedían, á trueque de los servicios de su pluma, vendida á todos por el hambre y envenenada siempre por el despecho.

En sus cartas al Duque de Villahermosa nos ha dejado el famélico Abate las huellas de algunos trabajos de propaganda sectaria, llevados á cabo por la camarilla volteriana de casa de Olavide. «El Marqués de Mora y Olavide, escribe Casalbón á Villahermosa, estaban la otra noche muy acalorados en que yo tradujese á Grandisson, imaginándose que conduciría mucho para avivar en España el gusto de la lectura y dar mejor idea de las buenas costumbres. Dígame V. E., que lo habrá leído, si juzga lo mismo, y si en el caso querría costear la impresión, que en tal caso me dedicaría enteramente á este trabajo para salir de mis trampas. Esta noche nos juntamos los mismos para hacer el plan de la tragedia *Guzmán* y rectificar el que yo tenía. Vuecencia sabe el calor con que entran en estos asuntos el Sr. Marqués y Olavide.....

»..... Estoy leyendo á Grandisson, determinado á traducirlo y hacer que la escena sea en Madrid, lo que hará trastornar la obra, y representarla casi nueva y ciertamente no me-

Digitized by Google

jorada. Así juzgan que se debe hacer el Marqués de Mora, Olavide y Campomanes, á cuya casa del segundo suelo concurrir muchas noches.....

».... Ayer me envió el Sr. D. Jorge (hermano segundo de Villahermosa) una carta del Marqués de Mora, en que me encarga mucho que á la Paulina de Grandisson la roben en Jueves Santo, con todas las razones que bastan á acreditar su celo y el horror por las mojigangas.»

Alúdese en estas cartas á la novela de Richardson *El caballero de Grandisson*, en que el autor pretende contraponer en el héroe Carlos Grandisson un tipo de todas las virtudes, al tipo de todos los vicios elegantes que había pintado antes en su famoso *Lovelace*. Mas en este falso tipo de virtud pone Richardson en acción la moral independiente de toda idea religiosa, que enseñó Holbac por aquel tiempo en su impío libro del *Sistema social ó principios de la moral y la política*, y así se comprende fácilmente el empeño de Mora, Olavide y su pandilla en propagar semejante obra, que tanto podía ayudar á sus perversos intentos.

No eran, sin embargo, estos los entretenimientos únicos de Mora en la corte. Brillaba entonces en ella por su rango, su ingenio y su hermosura una ilustre viudita que traía tras

Digitized by Google

tornadas las cabezas á todos los petimetres de Madrid, y logró también marear la de Mora, á lo menos en parte y por algún tiempo. Era esta señora la Duquesa viuda de Huéscar, doña Mariana de Silva, de quien dice un contemporáneo: «Nació en la parroquia de San Sebastián de Madrid, en 14 de Octubre de 1740, y fué hija de los Sres. D. Pedro de Silva, Marqués de Santa Cruz, y D.ª María Cayetana Sarmiento y Sotomayor, Marquesa de Arcicollar y Condesa de Pie de Concha. Fué sumamente inclinada á todo género de estudio y literatura; escribía perfectamente con ambas manos; componía versos excelentes, é hizo varias traducciones de tragedias y otras obras del francés; pero en lo que llegó á tener más que un mediano conocimiento fué en el dibujo y pintura, con el que trabajó algunas pinturas muy buenas. Habiendo presentado una de ellas á la Real Academia de San Fernando de esta corte, la nombró su académica honoraria en 20 de Julio de 1766, y después Directora, también honoraria, con voz y voto, asiento y lugar preeminente. El año 1770 envió la Academia Imperial de las Artes de San Petersburgo á la de San Fernando, en prueba de su amistad, un diploma en blanco de asociado libre honorario para el individuo que eligiese, y la Academia luego llenó el hueco con el nombre de esta su ilustre académica. Á estas prendas adquiridas

Digitized by Google

juntaba las naturales de hermosura, agrado y dulce conversación.»

Representaban Mora y la de Huéscar en el teatro de Olavide: era ella primera dama; era él primer galán, y tantas veces se dijeron en la escena que se amaban, que acabaron por creérselo primero, y por realizarlo después, ella de veras y honradamente y decidida á sacrificarle su viudez; él por pasatiempo tan sólo, y porque halagaba su fatuidad ver á la ilustre académica tan prendada de su persona.

Alborotáronse los Fuentes en París con estas nuevas, porque no era la boda con la viudita la que deseaban ellos para su primogénito. Tenía la académica cuatro años más que Mora; habíale quedado de su matrimonio con Huéscar una hija, que fué luego la célebre Duquesa de Alba, D.ª María Teresa Cayetana, que tanto ruido hizo en la corte de Carlos IV; y no poseía la bella erudita otras rentas que las de su hermosura y sus talentos, pues las pingües de que disfrutaba pertenecían por completo á su hija.

Alarmados, pues, los Fuentes con aquellos rumores de boda con la viudita, dieron un mal paso, que tuvo funestas consecuencias para el viudito. Empeñáronse en llevarle de nuevo á París para separarle de la de Huéscar: vino en ello Mora gustosísimo, porque era París su deseado paraíso, y sus galanteos con la viuda

Digitized by Google

eran tan sólo musgo sin raíces, y pidióse la necesaria licencia al Ministro de la Guerra. Mas éralo á la sazón el inexorable viejo D. Gregorio Muniain, á quien por la magnitud de la suya llamaban *Peluca*, y negóse rotundamente á dar á Mora nuevas licencias. Ofendióse éste, soltó la lengua como tenía por costumbre, cosa harto peligrosa en aquellos tiempos, y fué precisa la intervención de su suegro el Conde de Aranda, Presidente entonces del Consejo, para que no tuviese el negocio consecuencias muy serias. Mudóse repentinamente, por influencia de Aranda, el regimiento de Galicia á Barcelona, y allí recibió orden de seguirle su imprudente coronel, como medio de evitarle otro destierro menos disimulado y mucho más lejos.

Así lo escribe el honrado D. Antonio Azlor, en una esquelita reservada á su sobrino Villahermosa. «Ya sabrás, le dice, que el Marqués de Mora se halla en su regimiento. Suponen que su suegro tomó el pretexto de enviarle á él con la ocasión de mudar de destino, para procurar evitarle suerte igual á la de Idiáquez, porque dicen si hablaba con menos circunspección de la que debía.» La suerte de D. Antonio Idiáquez había sido, sencillamente, la de ir desterrado al Peñón, por haber dicho que el Conde de Aranda era un fatuo, Campomanes un tonto y Olavide un loco. Disimuló Mora su berrinche, aparentando ir de grado á

Digitized by Google

donde por fuerza le llevaban, y así pudo escribir á Villahermosa, desde Zaragoza, su amigo D. Joaquín Cayetano: «Espero ver á Mora aquí, porque me escribió que pretendía llevar su regimiento á Cataluña, y que pensaba ir á dar una vuelta por él. Mucho sentirá dejar á su Duquesa (la de Huéscar). Me ha dicho Pomar que está muy flaco, y le ha salido un lobanillo en un ojo; lo flaco lo habrá heredado de su antecesor (el Duque de Huéscar), el lobanillo no sé de quién.»

Mas picado Mora en su amor propio, no cejó por este percance en su empeño de volver á París, y removió sin cesar cielos y tierra, á fin de conseguirlo. Un suceso tristísimo vino al cabo á proporcionarle aquella solicitada licencia que tan funesta había de serle. El día 5 de Julio de 1767 murió en Madrid, de viruelas, en casa de su abuela materna la Condesa de Aranda, el hijo del Marqués de Mora, que no había cumplido aún los tres años. No sabemos si esta desgracia inesperada afectó mucho al Marqués de Mora, mas es cierto que se aprovechó de ella para alcanzar al fin su licencia, puesto que en 31 del mismo mes escribe Iriarte á Villahermosa: «Á Mora se le ha concedido ya licencia para que pase á París, bien que estrechándole el tiempo.»

Esta limitación de tiempo exasperó de nuevo el exigente orgullo de Mora, y tuvo vacila-

Digitized by Google

ciones y rabietas que se traducen de lleno en las cartas siguientes, que escribió entonces á Villahermosa, y son las únicas inéditas que de él hemos encontrado.

«Barcelona y Agosto 15 de 1767. Querido amigo: No tengo más que un instante para responder á la tuya del 3 que recibo, celebrando tu salud, y prometiéndome el gusto de abrazarte presto, pues pienso salir á fin de este mes.

»Entretanto continúa en pasarlo muy bien, como me parece que lo haces, aunque mil tiempos ha que no me dices una palabra. No sé qué damas pueden ser esas que tanto desean mi llegada; no creí deber esa fineza á ninguna. Ni tú debes creer que puedas serme jamás un testigo importuno con ellas. Adiós, y manda á quien es todo tuyo.—*M.*»

Revélanse claramente en esta carta el egoísmo y la ligereza de Mora; la licencia conseguida le colma de júbilo, y sólo piensa en marchar cuanto antes en busca de los placeres que le esperan, sin que turbe las ilusiones de sus veinticuatro años el recuerdo de aquel pobre niño, su hijo único, muerto tan sólo un mes antes. Siete días después el cielo de Mora se encapota, el viaje á París parécele irse de las manos, y traslúcese su despecho á través de la amanerada sensiblería tan propia de la época con que pretende disfrazarlo.

Digitized by Google

«Barcelona y Agosto 22 de 1767. Querido amigo: Ha mil tiempos que no tengo carta tuya, y si acaso, dos letras; pero no te culpo, pues considerando mi viaje inmediato, lo reservas todo para la vista. Sabrás ya las razones que por ahora lo retardan, y que tal vez me privarán de este gusto, el único que iba á conseguir después de tantos tiempos de continuos disgustos. Todo se junta contra mí, y ya no faltaba más que quitarme ahora el consuelo de abrazar á mis padres, hermanos, amigos, en fin, á lo que más quiero en el mundo, que me serviría de tanta satisfacción y ayuda para desechar de mí la tristeza y melancolía que no me dejan tiempo ha. Te aseguro he tenido una temporada cruel, como puedes considerar, y en la que estoy bien cierto de la fineza y cariño con que me ha acompañado tu amistad. ¡Cuánto te he echado de menos, y de qué consuelo no me hubiera servido tu compañía en mis pesares! Con satisfacción hubiera derramado mi sentimiento en tu pecho amigo, que me hubiera dado el alivio que podía recibir en mi triste situación. En fin, no tiene remedio, y el alargarnos en discursos tan dolorosos sólo sirve de avivar más el dolor. Nací desgraciado, y en todo sigo mi suerte. ¡Quiera el cielo, á lo menos, darme el consuelo de que tú y todos los míos sean siempre dichosos, pues de vuestra felicidad dependerá la mía!

Digitized by Google

Amigo, soy joven; pero nadie, aunque más viejo, ha hecho más y más duras experiencias del mundo que yo; creo que lo conozco y lo desprecio. La salud de las personas que quiero y tu amistad, será ya toda mi felicidad y el único objeto de mis deseos. Si las circunstancias me obligan á quedarme el invierno aquí, puedes juzgar de mi situación. Si me son favorables, tendré, aunque no tan presto como lo esperaba, el gusto de abrazarte, que lo deseo en el alma. De todos modos, á todo estoy dispuesto. Tú procura divertirte y estar bueno, queriendo siempre á tu eterno,—*M.*»

No sabemos cuáles pudieran ser ni las razones que retardaban el viaje de Mora, ni las hondas penas de que tan amargamente se lamenta; pues sus amores con la Duquesa de Huéscar habíalos agostado él mismo á la sola perspectiva de un viaje á París, y la muerte de su hijo, verdadera fuente de todo dolor, no parece acordarse de ella. Don Antonio Azlor interpreta, en su hombría de bien, esta demora escribiendo á Villahermosa con harta candidez, á nuestro juicio: «La detención del Marqués de Mora, suponen ser por ver vestido de nuevo á su regimiento.» Otro amigo de Villahermosa, que se hallaba con la Corte en San Ildefonso, le escribe el 7 de Agosto: «El Marqués de Mora no ha querido usar de la licencia por el modo con que la han concedi-

Digitized by Google

do, por lo que Vm. no tendrá que buscar casa, y se mantendrá en su cuarto segundo hasta que vuelva por acá.» Es fácil también que al romper la muerte del hijo de Mora la unión entre las familias de Aranda y de Fuentes, se originasen disgustos entre el suegro y el yerno, á causa de la devolución de ciertos bienes, consignada para este caso en las capitulaciones matrimoniales. Es cierto, por lo menos, que el pleito transigido cuando el matrimonio de Mora con la Duquesa de Almazán, se prosiguió entonces con nuevo ardor entre los Condes de Aranda y de Fuentes, durando hasta el 1.º de Octubre de 1789, que se sentenció en favor de D. Juan Pignatelli y Gonzaga, entonces Conde de Fuentes. De todos modos, la melancolía del Marqués de Mora parece haberse disipado por completo el 5 de Septiembre, al poder fijar ya su viaje para el mes siguiente.

«Barcelona y Septiembre 5 de 1767. Mi querido amigo: Un siglo ha que me tienes abandonado, y que veo llegar los correos sin recibir carta tuya. Yo, á la verdad, tampoco te he escrito con toda la puntualidad acostumbrada, porque á las muchas cartas que tengo que escribir, se han juntado otros enredos que me han quitado mucho tiempo. Estas historias son muy largas de contar, y las reservo para nuestras conferencias en esa corte, que serán

Digitized by Google

largas. Deseo mucho el gusto de abrazarte, y de vivir contigo una temporada para desechar murrias y disgustos. Yo pienso que mi viaje será en Octubre, y me lisonjea mucho la esperanza de ir á vivir con las personas que más quiero en el mundo. Te supongo ocupado en alguna intriga galante, en que serás feliz, pues me descuidas; que si no lo fueras, ya vendrías á consolarte en el seno de la amistad, y contarme tus lástimas; pero más quiero que no tengas que decirme sino que eres muy dichoso. De mi sistema galante tengo también que decirte, pero es largo para escrito, habiendo de vernos tan presto. Nada sé de novedades de la corte, pues no ignorarás que los jesuítas de la Habana y Cuba han llegado á Cádiz, donde se espera presto á Cruilles (1), que dicen viene hecho un segundo lord Clive (2).

»Puedes creer cuánto habré celebrado el ascenso de nuestro Jorge (3). Él no se descuida en divertirse en Madrid, y hace muy bien,

---

(1) Don Joaquín Monserrat Cruilles Crespi de Valdanra y Alfonso, Marqués de Cruilles, que volvía á la sazón de dejar el virreinato de Méjico.

(2) Lord Roberto Clive, Barón de Plassey. Fué el fundador del poder británico en la India. En la fecha de esta carta, lord Clive volvió á Inglaterra del Indostán, dejando asegurados allí sus triunfos.

(3) Don Jorge Azlor Aragón, hermano segundo y único del Duque de Villahermosa.

Digitized by Google

pues, al fin, esto es lo que más importa en el mundo. Adiós, querido amigo, quiere siempre á quien es tu fino y eterno,—*M.*»

El 3 de Noviembre hállase ya Mora en el ansiado París, instalado en el segundo piso del Hôtel Soyecourt, en compañía de D. Fernando Magallón y el Duque de Villahermosa; y al escribir á este último, ausente por unos días en Fontainebleau para una intriga galante, ya no se descubren amarguras de desengaños ni sombras de penas, sino que sólo aparece el Mora de siempre, el Mora al natural, ligero, petulante y obsceno.

«París y Noviembre 3 de 1767. Mi querido amigo: Te respondo luego que Diego (1) me avisa que hay ocasión de hacerlo. Recibí tu carta cuando estaba poco para escribir, pues el mismo día que te fuiste, á cosa de una hora después que saliste de casa, empecé á desazonarme bastante con una especie de vahidos, que vinieron á parar en una calentura muy fuerte, que me duró toda la noche y hasta la mañana siguiente, que por fin quedé limpio, pero molido y reventado del mal rato. Temí que pudiera ser alguna terciana, pero al fin creo que más presto procedió del estómago,

(1) Este Diego era el mayordomo viejo de casa de Fuentes, que acompañaba á Mora cuando su visita á Ferney.

Digitized by Google

porque había comido bastantes guisantes, que, como sabes, son muy indigestos. Ahora estoy ya enteramente bueno, y aumenta este gusto el de verte en camino del colmo de tu felicidad, que veo muy cercana, si es que ya no la has conseguido á estas horas. He leído tu carta con mucho gusto por ver tu buena conducta, que apruebo enteramente. No dudo que lo habrás continuado viendo sus buenos efectos *et je reponds du succés.* No creo tener nada que prevenirte cuando te veo *agir en maitre.* Sólo repito que siempre has de tener presente el no desmentirte en la menor cosa, pues se perdería al menor descuido. *Au reste*, te veo muy esperanzado de la próxima victoria, por la cristiana y prudente prevención que me haces de que, si sucede el caso, correrás el velo. *Ce comique m'a fait éclater.....»* (Prosiguen tales obscenidades, que es imposible transcribirlas.)

No es fácil colegir si la dolencia á que se refiere Mora en esta carta fué realmente una prosaica indigestión de guisantes, ó era ya el primer amago de la terrible enfermedad que, precipitada por los vicios, había de llevarle prematuramente al sepulcro.

Este fué, antes de caer en las redes de Mlle. de Lespinasse, el famoso Mora, á quien Voltaire quiere confiar la misión de formar en España un nuevo siglo, y llama D'Alembert

Digitized by Google

alma pura, noble, fuerte y dulce, y tiene el abate Galiani por genio tan superior, que considera á España indigna de poseerle. Veamos ahora á este mismo Mora, después que se atravesó en su camino aquella mujer funesta.

Digitized by Google

Digitized by Google

VII

CIERTAMENTE que al leer cuanto llevamos dicho del Marqués de Mora, podrá, con razón, preguntarse cualquiera: Y ¿cómo pudo entonces un personaje de mérito tan discutible arrancar elogios tan entusiastas á hombres como Voltaire, D'Alembert, Condorcet y el abate Galiani, perversos sin duda, pero tan poco propensos á deslumbrarse? ¿Cómo pudo avasallar el corazón de una mujer como Mlle. de Lespinasse, dotada, según dicen, de méritos tan superiores?

La respuesta es bien sencilla, á nuestro juicio..... Eran entonces los filósofos lo que son hoy ciertos periodistas: muñidores de intrigas y de falsas reputaciones que crean en intereses de un partido, ó sencillamente por dinero, si bien aquéllos nunca se rebajaron á tanto.

La alta posición de Mora, su parentesco con

Digitized by Google

Aranda, que acababa entonces de arrojar á los jesuítas de España; su osadía natural y sus deseos de brillar y singularizarse, hacíanle el agente más apto para activar en España, entre la grandeza, la impía propaganda que desde tiempos atrás venían haciendo sin grandes resultados.

Los filósofos demostraron gran conocimiento práctico del mundo al escoger en Francia, como aliada principal de sus doctrinas, la moda, y como misioneros de estas mismas á los elegantes y á las mujeres. «Si queréis que una opinión prevalezca, dice una de las que más parte tomaron en los impíos manejos de aquella época, Mme. Necker, recomendádsela á las mujeres, que, como son ignorantes, todo lo creen; como son ligeras, todo lo popularizan, y, como son testarudas, todo lo defienden con vehemencia.»

Mas las mujeres en España no se hallaban ni se hallan aún lo bastante corrompidas para convertir sus salones en cátedras de impiedad, como lo habían hecho ya muchas de ellas en Francia, y por eso, sin duda, escogieron los filósofos lo que más se parece á una mujer perversa y más contribuye á convertir á éstas en tales: un elegante corrompido y vanidoso como lo era Mora.

Faltaba, sin embargo, á este modelo el pedestal sobre que había de exhibirse, y este fué

Digitized by Google

el que le levantaron los filósofos con sus elogios, que eran entonces la ejecutoria que daba á cualquiera medianía, con tal que fuese escéptica, los honores de grande hombre.

En cuanto á lo segundo, también la respuesta nos parece obvia: Mlle. de Lespinasse no amó á Mora con el corazón, sino con los sentidos, y para esto ya tenía Mora méritos bastantes.

Era el Marqués un buen mozo, elegante, gran señor, simpático, con esa simpatía que inspiran á las mujeres sensuales los hombres calaveras de quienes mucho se habla; y Mlle. de Lespinasse, por su parte, digan lo que quieran los panegiristas que han tenido la blasfema necedad de ponerla en parangón con Santa Teresa, era tan sólo la encarnación femenina, y refinadísima por eso, del espíritu francés del siglo XVIII; ingenio vivo, gracia, cultura superficial, impiedad no razonada, sino fermentación del vicio y del orgullo, y sensiblería empalagosa, falsa, postiza y romancesca, mezclado todo y combinado con cierto arte para encubrir la sucia alma de todo ello, la podrida llaga de aquella época, la fea, la asquerosa y prosaica lujuria.

Mlle. de Lespinasse no escribió nunca novelas, pero *las hizo;* y su vida, falsa y amanerada novela en acción, fué tan sólo, como aquellas otras novelas escritas de su época, un tejido de apetitos sensuales desbordados y vestidos de

Digitized by Google

pasiones amorosas, con las galas del sentimentalismo postizo de la nueva Heloisa, y los artificiales frenesíes de las heroínas de Rétif de la Bretanne.

Hasta en aquella época, la más desvergonzada y cínica de la historia moderna, resultaban ciertas cosas tan feas y repugnantes, que preciso fué, como hoy hacen muchos, disfrazar el apetito con el nombre de amor, y con el de amables extravíos del corazón los cínicos desbordamientos de los sentidos.

Juana, Julia, Leonor de Lespinasse nació el 18 de Noviembre de 1732, en Lyon, y era hija adulterina de la Condesa D'Albon. Educóla ésta esmeradamente y túvola consigo en el antiguo Château d'Auvaches, no lejos de Tarare, hasta que, muerta la madre en 1747, quedó la Lespinasse huérfana y sin amparo á los diez y seis años.

Ofrecióla entonces un asilo en el Château Chamrond, donde vivía, la mayor de sus hermanas legítimas, casada con el Marqués de Vichy, hermano de la célebre Marquesa Du Deffand, de quien ya nos hemos ocupado.

No podían ni debían los Vichy reconocer como hermana á Mlle. de Lespinasse sin deshonrar por completo la memoria de su madre, y recibiéronla, por lo tanto, como aya de los hijos que tenían, que eran dos niños y una niña.

Digitized by Google

Mortificaba mucho el amor propio de la Lespinasse esta posición subalterna en casa de la que sabía ella muy bien ser su hermana; mas la necesidad forzóla á permanecer allí cinco años, hasta que en el verano de 1752 acertó á pasar por el Château de Chamrond la vieja Marquesa Du Deffand, que venía á visitar á su hermano y su cuñada.

La Marquesa Du Deffand, resto podrido de las orgías de la Regencia, de quien dice la Condesa de Genlis, doctora en la materia, que se había refugiado en la impiedad, como medio de no tener que sonrojarse de un pasado escandaloso, contaba ya más de cincuenta y cinco años, hallábase á la sazón casi ciega, y andaba á caza de una *señorita de compañía*, harto difícil de encontrar, ciertamente, si había de reunir, á la paciencia necesaria para soportar los egoístas caprichos de la Du Deffand, dotes bastantes para no hacer un papel desairado en el aristocrático salón de la Marquesa, centro de los personajes más eminentes y los *bels esprits* más notables que existían entonces en la capital de Francia.

Agradó á la Du Deffand el aya de sus sobrinos; hizo de ella particular estudio, y después de varias negociaciones en que la prudente dama procuró atar bien todos los cabos, hízose al fin el convenio, y marchó Mlle. de Lespinasse á París á instalarse al lado de la Mar-

Digitized by Google

quesa Du Deffand en el convento de San José.

Hallábase éste situado en la calle de Santo Domingo, donde está hoy el Ministerio de la Guerra; mas no era el convento de San José, como otros muchos de su época, asilo exclusivo de pías religiosas: era entonces costumbre muy común dar en ellos albergue á señoras de alto rango que buscaban allí un asilo, mitad profano, mitad devoto, puesto que pudiendo salir y entrar, y recibir á sus amigos con entera independencia, podían tomar también parte en las prácticas devotas de las religiosas desde tribunas especiales construídas al efecto.

Célebres inquilinas del convento de San José fueron la Marquesa de Montespan, después de su rompimiento con Luis XIV; la Princesa de Talmont, famosa amiga del pretendiente Carlos Estuardo; la Condesa de Genlis, que vivió allí con su madre, y fuélo también la Marquesa Du Deffand desde 1747.

En esta fecha instalóse en aquella santa casa, como una víbora en un nido de palomas, aquella viejecilla ciega, pequeña, flaca, pálida en extremo, de cabeza y facciones abultadas, que desde el fondo de su salón de *moiré* amarillo con cordones de color de fuego, ejerció por su talento y su impiedad una verdadera y funesta influencia en la sociedad más ilustre de su tiempo.

Mme. Du Deffand aprovechaba todo lo pro-

Digitized by Google

fano y nada de lo devoto de su retiro, y sólo una vez al año ponía los pies en su tribuna de la iglesia. La noche de Navidad invitaba á sus íntimos para oir desde esta tribuna la misa de media noche, que llamamos en España *Misa del Gallo*, y dábales después una opípara cena (*réveillon*); pues la ilustre Marquesa, que era harto gastrónoma, solía decir que *el cenar* era el quinto de los novísimos ó postrimerías del hombre, omitido sin razón alguna fundada en el Catecismo.

En este círculo íntimo de la Marquesa Du Deffand fué, pues, donde Mlle. de Lespinasse completó su educación, adquiriendo la exquisita urbanidad y elegantes maneras de la gente de gran tono en aquella época; el dón de gentes, la cultura superficial, la cínica impiedad no razonada, el epicurismo de costumbres, y, sobre todo, la maestría de la buena conversación, tan cultivada en los salones de Versalles y de París desde los tiempos de Luis XIV; difícil arte que requiere juntamente el dón de saber hablar y el dón de saber escuchar.

La misma Lespinasse confiesa este aprendizaje, y de él se jacta en una de sus cartas al Conde de Guibert. «Ved la educación que he recibido: Mme. Du Deffand, que por su talento debe citarse; el presidente Henault; el abate Bon; el arzobispo de Tolosa (Loménie de Brienne); el arzobispo de Aix (Boisgelin de

Digitized by Google

Cicé); Mr. Turgot; Mr. D'Alembert; el abate Boismont. Estos son los hombres que me han enseñado á hablar y á pensar, y se han dignado estimarme en algo.»

Y ciertamente que no desperdiciaron sus lecciones estos funestos maestros, célebres todos en la historia del filosofismo y de sus más hondas ramificaciones. Mas no aprendió, ciertamente, de la Marquesa Du Deffand el sentimentalismo, el tono lacrimatorio y los amanerados y románticos golpes teatrales de que están matizados los escritos y la vida de Mlle. de Lespinasse.

La ilustre Marquesa, por el contrario, acerba, cáustica, maligna, derrochando siempre su talento, quizá *monstruoso*, como alguien ha dicho, en epigramas y observaciones profundas, aparece siempre natural y espontánea, y esta espontaneidad, elegante y culta, que tanto valor literario presta á sus cartas, brillaba de igual modo en su persona, en su trato y hasta en las bromas que daba á sus amigos íntimos.

Dejémosla hablar á ella misma, y nos dará mejor prueba de cuantas pudiéramos alegar nosotros.

«Os acordáis bien, escribe á Horacio Walpole, que la Mariscala de Luxembourg (1) y

(1) Era hija del Duque de Villeroi; casóse en primeras nupcias con el Duque de Bouffleurs, y en segundas con

Digitized by Google

yo acostumbramos siempre por Año nuevo á enviarnos nuestros aguinaldos, y tampoco habréis olvidado la furiosa manía de la Mariscala por el *parfilage* (1). Por eso me ocurrió el otro día vestir á Pompon, el chiquillo de Wiart (2), de capuchino, y hacerle todos sus arreos de hilo de oro, solideo, barba, disciplinas, rosario, sandalias y alforjas bien repletas.

»Vino aquella noche á casa mucha gente; entró Wiart y me dijo que había allí un fraile que quería hablarme.

»Me negué á recibirle; pero la Mariscala, rabiando de curiosidad por saber qué negocios

---

Cristóbal de Montmorency, Mariscal y Duque de Luxembourg. Fué en su juventud de las mujeres más escandalosas de la Corte, y según Horacio Walpole, hízose devota cuando vió que se acercaba la hora de que se la llevara el demonio. Su salón era el más aristocrático de París, y ella fué hasta el fin de su vida el oráculo del buen tono. Murió á los ochenta años, y en la fecha de esta carta de Mme. Du Deffand contaba setenta y uno.

(1) Llamábase en aquel tiempo *parfilage* al arte (?) de deshilachar una tela de brocado de oro ó plata, separando hilo á hilo el metal de la seda. Este ridículo é inútil entretenimiento estuvo tan de moda mucho tiempo en los salones de París, que hasta los personajes más graves ejercitaban en él su destreza. Los caballeros solían llevar los pedazos de galón ó brocado, y las damas se disputaban las hilachas que resultaban.

(2) Wiart era el secretario de Mme. Du Deffand, que vivía con ella. Tenía un hijo pequeñito á quien la Marquesa llamaba *Pompon*, y éste es el héroe de esta historia.

Digitized by Google

podía tener conmigo un fraile, se empeñó en que entrase.

»Esto esperaba yo, y le mandé entrar; entró entonces Pompon, el capuchinito más mono que puede imaginarse, y cantó varias coplitas á la Mariscala, ofreciéndola su traje, donde tenía materia para *parfiler* todo aquel año.

»Al otro día envié al capuchinito á visitar á la Marquesa de Carame, y á las Duquesas de la Valière, Grammont y Choiseul, y en todas partes tuvo una ovación verdadera, porque estaba realmente monísimo.

»A los dos días de esta broma me trajo la Mariscala sus aguinaldos, que eran los seis últimos tomos de Voltaire, con una preciosa tabaquera de oro, que tenía en la tapa el retrato de *Tonton* (1).

»Así me regalaba juntos á Voltaire y á mi perro, y por eso venía dentro de la tabaquera este epigrama del caballero de De Bouffleurs:

»Vous les trouvez tous deux charmants;
Nous les trouvons tous deux mordants;
Voilà la ressemblance.
L'un ne mord que ses ennemis;
Et l'autre mord tous vos amis;
Voilà la difference» (2).

(1) *Tonton* era un perrito de la Marquesa Du Deffand, que legó al morir á Horacio Walpole.

(2) Vos encontráis á los dos encantadores, y nosotros encontramos á los dos mordaces: he aquí la semejanza. El uno no muerde más que á sus enemigos, y el otro muerde á todos vuestros amigos: he aquí la diferencia.

Digitized by Google

VIII

Diez años duró aquella vida íntima entre ambas mujeres, sin que nadie sospechase el volcán que la ambición, la vanidad y el amor propio herido habían ido formando poco á poco en el pecho de la *señorita de compañía*.

Habíale tomado ésta gusto al mundo que frecuentaba; sentíase capaz de dominar en él, y humillábala cruelmente verse reducida en aquel brillante mundo al solo papel de comparsa, al lado de aquella egoísta vieja, cuya influencia y prestigio envidiaba y trataba de usurpar.

Quizá también influyó no poco en la conducta de Mlle. Lespinasse para con su señora aquel su deseo íntimo y secreto que revela Marmontel en sus *Memorias*.

«Con los poderosos medios de que disponía para agradar y seducir, dice, parecíale imposi-

Digitized by Google

ble no encontrar entre sus más ilustres amigos alguno lo bastante prendado de ella para ofrecerla su mano. Esta ambiciosa esperanza, más de una vez engañada, no la abandonó nunca; cambiaba de objeto, mas existía siempre, cada vez más exaltada, y tan vehemente á veces, que cualquiera la hubiese tomado por verdaderos delirios de amor» (1).

Tenemos, pues, por testimonio de Marmontel, que las sucesivas pasiones de Mlle. de Lespinasse no ocultaban sólo el ardor de su temperamento, sino que encubrían también el proyecto, jamás desechado, de pescar algún marido ilustre que le diese el nombre y la posición de que su desgraciado nacimiento la privaba.

Estalló al fin, con grande estruendo y escándalo, aquella mina de tanto tiempo atrás cargada, á principios de Mayo de 1764. Dejemos á Marmontel referir este ruidoso acontecimiento, advirtiendo de paso que Marmontel, como amigo y confidente de D'Alembert, muéstrase siempre parcial de la Lespinasse y hostil á la Marquesa, de cuyos acerados epigramas había sido alguna vez víctima.

—«¡Oh Dios mío!—escribía aquélla á Horacio Walpole, después de leer el cuento de Marmontel *Las tres sultanas*.—¡Qué autor éste!

(1) *Mémoires*, t. II, pág. 301.

Digitized by Google

¡Cómo trabaja y se atormenta por tener talento! No es más que un pordiosero cubierto de harapos.»

«Había en París una Marquesa Du Deffand, dice Marmontel, mujer de talento, de chispa y de condición maligna. Galante y bastante bella en su juventud, era ya vieja en el tiempo á que me refiero: estaba ciega y devorada por el hastío y los vapores (1). Su escasa fortuna habíala obligado á retirarse á un convento, donde no dejaba de recibir á las gentes del gran mundo en que había vivido siempre.

»Conoció esta señora á D'Alembert en casa de su antiguo amante el presidente Henault, hombre tímido que sufría entonces, por miedo, la esclavitud que el amor le había impuesto muchos años antes. El talento y el agrado de D'Alembert cautivaron por completo á la Marquesa, y de tal modo supo ella atraérsele, que se hicieron inseparables. Vivía D'Alembert muy lejos de ella, mas no dejaba un solo día de ir á visitarla.

---

(1) Los *vapores* fueron la enfermedad de moda entre las damas elegantes de aquella época, y con este nombre se designaban hasta los achaques é indisposiciones más vulgares. El abate Tayer escribía á una dama inglesa: «Vous passez vos jours sans migraine? On peut vous le pardonner. Mais sans vapeurs! C'est abuser, en femme de la halle, de la permission de se bien porter.»

Digitized by Google

»En este tiempo buscaba Mme. Du Deffand, para llenar el vacío de su soledad, una señorita joven, bien educada y sin fortuna, que quisiera vivir con ella en el convento. Encontró á mademoiselle de Lespinasse, y quedó, con razón, encantada de ella, y á D'Alembert no le agradó menos encontrar en casa de su anciana amiga aquella joven tan interesante que completaba el terceto.

»El infortunio idéntico de ambos aproximó sus almas, porque uno y otro eran hijos del amor (1), y yo vi nacer la amistad entre ellos cuando Mme. Du Deffand les llevaba á cenar á casa de mi amiga Mme. Harene, y desde entonces data nuestro conocimiento.

»Y en verdad que era necesario todo un D'Alembert para dulcificar y hacer soportable la triste y dura posición de Mlle. de Lespinasse. Porque sobre estar sujeta al cuidado perpetuo que requería aquella mujer ciega y *vaporosa*, érale necesario hacer, como ella, día de la noche y de la noche día, y velar á su cabecera para

(1) D'Alembert era hijo natural de la escandalosa cortesana Mme. de Trein y de un comisario de artillería llamado Destouches. Su desnaturalizada madre le abandonó recién nacido en las gradas de la capilla de Saint-Jeand-le-Rond, cerca de Nuestra Señora, y allí le recogió una pobre mujer, casada con un vidriero, y le crió y sirvió de madre durante toda su vida.

Digitized by Google

adormecerla, leyendo en voz alta; trabajo que fué mortal á la pobre joven, y del cual se resintió toda su vida. A pesar de todo, supo soportar aquella esclavitud, hasta que sobrevino el incidente que rompió su cadena.

»Mme. Du Deffand, acostumbrada á velar toda la noche en su casa ó en casa de la Mariscala de Luxembourg, que trasnochaba como ella, dormía durante todo el día, y no se levantaba jamás hasta después de las seis de la tarde. Mlle. de Lespinasse solía levantarse una hora antes que su señora, y estos preciosos momentos, hurtados á su esclavitud, empleábalos en recibir á sus amigos personales D'Alembert, Chastelleaux, Turgot y yo algunas veces, en su habitación particular, que daba al patio interior del convento.

»Mas como estos señores formaban también la sociedad habitual de Mme. Du Deffand, y se distraían á veces en el cuarto de Mlle. de Lespinasse, escatimaban á la señora algunos momentos. Fué preciso, por lo tanto, rodear esta tertulia del más profundo misterio, para evitar la indignación y los celos de la Marquesa. Descubrióla ésta al cabo, y volviendo toda su cólera contra la pobre joven, acusóla de querer usurparla traidoramente sus amigos, y despidióla de su casa, declarando que no quería alimentar aquella serpiente en su seno.»

El despecho de la vieja Du Deffand al des-

Digitized by Google

cubrir el salón de contrabando de su protegida no tuvo límites, en efecto, y no sólo despidió en el acto á la señorita de compañía, sino que á D'Alembert, su amigo mimado y querido, púsole en la alternativa de optar entre Mlle. de Lespinasse ó ella. D'Alembert, ingrato ciertamente con la filosofía vieja, optó por la filosofía joven, y jamás volvió á poner los pies en el convento de San José.

La Lespinasse, temerosa quizá de las consecuencias del suceso, apeló al patético y á la nota trágica, que era su fuerte, tomándose unos granos de opio, según La Harpe asegura; mas, como era natural, no se murió por tan poco, y la Du Deffand, que de las tragedias verdaderas solía hacer parodias, no se conmovió por aquélla, que desde luego lo parecía, y la ajustó la cuenta y la plantó en la calle, negándose á verla, lo mismo que hubiera hecho con la última de sus doncellas.

Esta riña de mujeres, entre una *vieja bribona* (1) (palabras de D'Alembert) y una *doméstica engreída, infiel á su señora, de quien querían hacer un falso bel esprit* (2) (palabras de Horacio Walpole), alborotó al mundo aristocrático y filosófico, declarándose unos en pro

(1) Carta de D'Alembert á Voltaire, 3 de Marzo de 1766.
(2) Carta de Horacio Walpole al general Conway.

Digitized by Google

y otros en contra de la Lespinasse, y permaneciendo neutrales los más de ellos.

Abrió entonces su repleta bolsa la otra vieja, Mme. Geoffrin, providencia de los filósofos y rival *burguesa* desdeñada siempre por la Du Deffand, y, parte por amistad á D'Alembert, parte quizá por inquina á la ilustre Marquesa, señaló á la atribulada señorita de compañía una pensión de mil escudos é hizo de ella su amiga íntima.

Con este oportuno auxilio de la *madre de los filósofos* y un mobiliario completo que la regaló la Mariscala de Luxembourg, pudo desahogadamente Mlle. de Lespinasse montar una modesta casa, que, fuese casualidad, fuese atrevido reto, hallábase situada en la misma calle de Santo Domingo, y casi frente al convento de San José.

Estos fueron los principios del famoso salón de Mlle. de Lespinasse, que, como el de la Marquesa Du Deffand y el de Mme. Geoffrin, había de pasar á la historia, y en el cual dominaba el elemento filosófico y el literario, sin que por esto faltase también el aristocrático.

«Bien pronto, dice La Harpe, Mlle. de Lespinasse reunió en su casa lo más escogido y agradable de todas las clases sociales de la sociedad. Desde las cinco hasta las diez de la noche podíase estar seguro de encontrar allí lo más selecto de todos los círculos: personajes de

Digitized by Google

la corte, hombres de letras, embajadores, extranjeros de distinción, señoras de alto rango. Era, en fin, un título de consideración ser recibido en aquella casa.»

En la lista de las pasiones de Mlle. de Lespinasse, que Grim hace ascender á cinco ó seis, no figura D'Alembert en primer término; habíale antecedido un joven irlandés llamado sir Taaff, que se volvió á la verde Erín muy callandito, siendo quizá la primera de aquellas esperanzas defraudadas de que habla Marmontel en sus *Memorias*.

En la época de su rompimiento con la Marquesa Du Deffand, hallábase la pasión de mademoiselle de Lespinasse por D'Alembert en su período creciente, y esto fué causa de que no permaneciese mucho tiempo sola en su nueva casa de la calle de Santo Domingo. Al año de haberse instalado en ella, fuéle á hacer compañía D'Alembert, dejando para siempre el modesto cuarto que había habitado veinticinco años en casa de su nodriza.

Allí vivieron juntos, mano á mano y en familiaridad tan íntima, que algunas de las cartas de Mlle. de Lespinasse están escritas por D'Alembert, y dictadas por ella desde el baño; el filósofo tenía entonces cuarenta y un años, y treinta y dos la filósofa.

Esta descarada unión de la filosófica pareja no escandalizó, sin embargo, ni retrajo del

Digitized by Google

salón de Mlle. de Lespinasse á aquella sociedad tan ilustrada; lejos de eso, dice Mr. Charles Henri, la sociedad acogió aquella asociación con el respeto que le merecían los *corazones sensibles y las exigencias de la amistad.*

Quizá pensaron algunos, como de Marat dijo Chamette, que se habían casado un hermoso día de sol en el altar de la naturaleza. Otros expresaron su sentir en términos menos cultos. «He estado á visitar, escribe David Hume á Guilber Elliot, á la manceba de D'Alembert, que es una de las mujeres más sensibles de París.»

Considerábase Mlle. Lespinasse tan dichosa en aquella época, que la asustaba tanta felicidad; mas á principios de 1768 apareció en escena el bello Marqués de Mora, y el astro de D'Alembert comenzó á eclipsarse, apareciendo entonces para con éste la Lespinasse verdadera, artificiosa, liviana y falsa.

Si son ciertos los cálculos de D'Alembert, y nadie pudo tenerlos más exactos, por este mismo año de 1768 debieron comenzar las relaciones de Mora con Mlle. de Lespinasse; mas en este caso, poco pudieron entonces prolongar el idilio, porque la tasada licencia, con tantas repugnancias concedida á Mora, terminó en Agosto; y antes de volver á España, quiso presentar sus homenajes al patriarca Voltaire en Ferney, como lo hizo, en efecto, en

Digitized by Google

compañía del Duque de Villahermosa, según dijimos ya en el capítulo segundo.

D'Alembert mismo, inducido probablemente por la Lespinasse, dió al enamorado Mora la carta de introducción para Voltaire, que ya el lector conoce.

Digitized by Google

IX

Detúvose Mora, á su vuelta de Ferney, en Ginebra, y á mediados de Octubre encontrábase ya en Madrid (1), rodeado de una corte de parásitos, como el abate Casalbón, en los cuales ensayaba sus trabajos de propaganda; ocupado al mismo tiempo en sus galanteos con la Duquesa viuda de Huéscar, que volvieron á reanudarse, y en reñir tremendas batallas con el inexorable *Peluca*, el viejo D. Gregorio Muniain, que no tenía aún trazas de morirse

(1) «Por el Sr. Marqués de Mora, que veo todas las noches, tengo frecuentemente noticias de V. E. y de lo bien que prueba París á los que tienen la grande ocupación de divertirse.» (Carta del abate Casalbón al Duque de Villahermosa.— 10 de Noviembre de 1758.)

Digitized by Google

ni de dejar el Ministerio, ni de concederle tampoco otra licencia para correr al ansiado París, que le atraía entonces con mayor fuerza que nunca, gracias al nuevo cebo de Mlle. de Lespinasse. El casamiento de su hermana D.ª María Manuela con el Duque de Villahermosa proporcionóle al fin esta fortuna en Junio de 1769, y á despecho de Muniain agencióle el Conde de Aranda la licencia para acompañar á París á la desposada.

La pasión de Mlle. de Lespinasse por Mora marcó entonces un rapidísimo *crescendo*, hasta el punto de escribirle éste 22 cartas en diez días de ausencia, y traducirse, con respecto al desbancado y sufrido D'Alembert, en frialdades y desprecios que testifican Grim en su correspondencia y Marmontel en sus *Memorias*.

«Mlle. de Lespinasse, dice éste, no era ya la misma con D'Alembert, y no sólo le hacía sufrir sus frialdades, sino que á menudo hacíale víctima también de ásperos y amargos tratamiento. El desgraciado devoraba sus penas, y sólo se desahogaba conmigo; pero era tal su abnegación y tal su obediencia á aquella mujer, que cuando el Marqués de Mora estaba ausente, iba por las mañanas al correo á buscar sus cartas para que pudiese Mlle. de Lespinasse recibirlas en el momento de despertarse.»

Digitized by Google

«Nada puede compararse, añade Grim, al poderoso ascendiente que Mlle. de Lespinasse había adquirido sobre todos sus pensamientos y acciones (de D'Alembert), y no por haberse rebelado alguna vez contra tan dura tiranía, dejó de soportarla siempre con una abnegación á toda prueba. No hay en París pobre saboyano que dé las carreras y haga las comisiones tan pesadas que hacía todas las mañanas en obsequio de Mlle. de Lespinasse el primer geómetra de Europa, jefe de los enciclopedistas y dictador de la Academia. Y como si no fuera esto bastante, todavía se atrevió á hacerle el confidente de la pasión que le había inspirado el joven español Marqués de Mora, encargándole todos los manejos que podían favorecer esta intriga; y cuando este feliz rival salió de Francia, obligaba ella á D'Alembert á esperar en la casa de postas la llegada del correo para procurarla el placer de recibir las cartas de Mora un cuarto de hora antes.»

Quieren algunos vindicar á D'Alembert de papel tan bajo y vergonzoso, negando que estuviese al cabo de la clase de relaciones que unían á Mora con Mlle. de Lespinasse. En este caso no sabemos qué admirar más, si la ceguera del filósofo ó la doblez y perfidia de su antigua amiga. En aquel tiempo tenía Mora veintiséis años; Mlle. de Lespinasse contaba ya treinta y ocho, y no era entonces, ni había sido

Digitized by Google

nunca, hermosa. El Conde de Guibert hace de ella este retrato:

«Elisa (1), dice, no tenía nada de hermosa, y tenía además el rostro desfigurado por la viruela; mas su fealdad no era repugnante á primera vista; acostumbrábase uno á ella pronto, y en cuanto hablaba olvidábase por completo. Era alta y bien formada; cuando yo la conocí tenía ya treinta y ocho años, y su presencia era aún noble y elegante. Pero lo que la distinguía sobre todo era ese primer encanto, sin el cual la belleza no es sino una fría perfección, la fisonomía. La suya no tenía ningún carácter particular, porque los reunía todos.»

Una vez las cosas en este punto, sucedió lo que tenía que suceder en dos caracteres semejantes, y cuenta Mr. Charles Henry, después de muchos pormenores que no son para copiados.

«Son fáciles de comprender, dice, los estragos que causarían los delirios de esta pasión desenfrenada en aquellos dos organismos débiles. La correspondencia de Condorcet y Turgot viene á ser un diario de la salud de ambos amantes. Á Mlle. de Lespinasse la atacaron fiebres, catarros espantosos, toses convulsivas, desmayos, jaquecas y una neurosis terrible; á

(1) Con este nombre de *Elisa* escribió Guibert un elogio de Mlle. de Lespinasse.

Digitized by Google

Mora comenzáronle entonces la tos y los esputos de sangre» (1).

Felizmente, las exigencias del servicio militar llamaron de nuevo á España al Marqués de Mora, con gran enojo suyo y no menos alarma de la Lespinasse, que, según Marmontel afirma, tenía el proyecto de atrapar para marido al joven é incauto filósofo.

«La impresión que Mlle. de Lespinasse hizo en aquella ardiente alma española, añade, tomó un carácter tan serio y alarmante, que la familia del Marqués se apresuró á alejarle.»

Y es muy cierto que los Condes de Fuentes, ya fuera porque les asustase la delicada salud de su hijo, ya porque temiesen aquella boda tan disparatada como indigna, enviaron á su hijo á España, reiterando más que nunca sus instancias para que allí contrajese nuevo matrimonio, ya que la tenaz resistencia de Mora había frustrado sus planes de casarle en París con la hija única del Conde de Egmont (2). Por aquel tiempo, el abate Galiani, á quien Mme. D'Epinay sin duda tenía al tanto de todas las intrigas de los salones de París, escribe á Villahermosa desde Nápoles, haciendo alarde de su perspicacia:

(1) Charles Henry, *Étude sur Mlle. de Lespinasse*, página 16.

(2) Esta señora casó al fin con el hermano segundo de Mora, D. Luis Pignatelli.

Digitized by Google

«Nadie me ha escrito lo que es de Mora: me figuro que habrá dejado el servicio, porque es sin duda el disparate mayor que puede hacer. Pero de seguro que no ha sido la filosofía, ni bien ni mal entendida, la que le habrá hecho tomar esa resolución. Supongo que será el Conde de Aranda, por aquello de que dos soles en un cielo demasiado estrecho, etc. (1). No temáis, sin embargo, por la fortuna de Mora; la tirará treinta veces por la ventana, y otras tantas la volverá á atrapar. Pero el mal está en que cuando se ha nacido en una gran fortuna, sólo queda ya una fortuna muy chica que hacer, y aun sería difícil decidir si conviene ó no desdeñar este residuo. Algo más serio para su familia es su repugnancia al matrimonio; yo creo que haciéndole viajar podría quizá encontrar en alguna parte quien le venciera esta repugnancia.»

Vióse, pues, obligado Mora á dejar á París de nuevo á principios de 1770, abrigando ya el proyecto de abandonar el servicio del Rey, y reunióse á su regimiento en Zaragoza, donde á la sazón se hallaba éste. Y como si quisieran congraciarle algo con aquella carrera militar de que tanto se iba disgustando, nombráronle

(1) Alude, sin duda alguna, á la incompatibilidad del servicio militar con los amores de la Lespinasse, que le obligaban á permanecer en París.

Digitized by Google

entonces, en 3 de Abril del mismo año, brigadier de los ejércitos reales.

«Me ha sido de la mayor satisfacción, escribe el Marqués de Castromonte á Villahermosa, el grado de brigadier concedido por Su Majestad á mi amigo el Marqués de Mora, y ahora deseo conozcan que su talento y circunstancias no son del montón.» (9 de Abril de 1770.)

Ábrese en este tiempo en la vida de Mora un corto y misterioso paréntesis que, si pudiera desentrañarse con datos ciertos y no con meras conjeturas, explicaría de una vez si fué Mora realmente un verdadero impío como sus amigos de París, ó era tan sólo, como su cuñado Villahermosa y otros tantos de aquella época, un escéptico por moda ó por cálculo, verdadero hipócrita de la impiedad, que blasfemaba en público de su fe, y la conservaba y aun la rendía culto en secreto. El 30 de Septiembre de 1770 escribe á Villahermosa desde Barajas el Marqués de Castromonte:

«Tuve en Aragón el gusto de pasar por Pedrola buscando á tu hermano Mora, á quien hallé escondido y bien ocupado en el retiro y soledad de Veruela, y con quien en poco tiempo hablé muchísimo. Ya parece que su regimiento está destinado á la corte, y tendrá que mudar de ocupaciones: no sé si vendrá contento, pero yo lo estoy de tenerle allí, y

Digitized by Google

que su talento es muy superior á las que pudieran darle.»

¿Qué iba á buscar el Marqués de Mora en el retiro y soledad de un monasterio cisterciense? ¿Cómo podía estar *bien ocupado* en aquella santa casa en que no se conocían otras ocupaciones que las del servicio de Dios y el cuidado de las almas?..... Y no puede decirse que Castromonte entendía otra cosa por *bien ocupado* refiriéndose al monasterio de Veruela; porque Castromonte, que fué uno de los Grandes que más honraron entonces á su clase, era hombre de fe, de piedad y de virtudes cristianas, como lo prueba el principio de esta misma carta:

«Mi querido amigo: Ya me tienes en la quietud de esta aldea, después de haber caminado mes y medio por Valencia y Aragón, á donde me llevó repentinamente una promesa hecha á Dios por la salud de mi hijo (deseo que los tengas para que no te burles) y el recelo de verme empleado cuatro meses entre montes y fieras, después de haber estado seis entre caballos y flores (1). Me ha informado mi mujer de la fineza con que has continuado la tarea de mis negocios, y te repetiría expresivas gracias si no las considerase inferiores á tu favor y ociosas en nuestra amistad.»

(1) Alude á las dos jornadas de la Corte á El Escorial y Aranjuez.

Digitized by Google

Había en el monasterio de Veruela un curioso manuscrito que llamábase *Lumen Domus*, especie de diario, donde consignaban los monjes los sucesos notables acaecidos en el monasterio, y allí debía constar precisamente la visita de Mora, el tiempo de su duración y el objeto de ella. Cuantos esfuerzos son imaginables hemos hecho para encontrar este manuscrito, que se hallaba hace años, no sabemos cómo, en Zaragoza, en poder de un tal D. Baldomero Vilches, cuyo paradero ha sido imposible averiguar.

Á falta, pues, de datos ciertos, puédese conjeturar lo que más verosímil parece. Unía á los monjes de Veruela con los Duques de Villahermosa una amistad estrecha y antiquísima, que se remontaba al año 1510, cuando á ruegos del Abad de Veruela tomó la defensa de este monasterio D. Alonso de Gurrea y Aragón, Conde de Rivagorza, contra los desafueros de D. Miguel Ximénez de Urrea, Conde de Aranda, y su hermano D. Pedro, señor de Crasmoz, que habían muerto, con grandes vejaciones, á tres ó cuatro vasallos de la Abadía, en lugares propios de ésta, y talado después sus huertas.

Envió Rivagorza al Conde de Aranda un mensaje, diciéndole que tomaba aquellos desmanes como á sí mismo hechos; mas Aranda contestó tan sólo enviando gentes de á pie á

Digitized by Google

dar grita á Rivagorza á las puertas de Pedrola, donde le cortaron algunos pinos y dispararon tiros de pólvora en son de mofa.

Levantó entonces el conde D. Alonso bandera por el monasterio de Veruela, y con 580 caballos y 5.720 infantes entróse por las tierras del de Aranda y quemó á Luceni, y entró por armas en Lumpiague, y llegó hasta las puertas de Épila, donde estaba Aranda, y era lugar murado, puesto en defensa de lanza y escudo.

Entraron con esto en razón los dos hermanos Aranda, y agradecidos los monjes de Veruela, colgaron en la bóveda de su iglesia la bandera de Rivagorza, que tenía por un lado á la Virgen Nuestra Señora y por el otro á San Juan Bautista con las armas reales de Aragón, que eran las propias del conde D. Alonso, y donaron á éste para sí y los suyos, un grandioso sepulcro de mármol blanco en uno de los arcos colaterales de la capilla mayor de la iglesia de Veruela (1).

---

(1) Zurita, al referir estas sangrientas desavenencias, á que sólo puso término la prudencia del rey D. Fernando *el Católico*, equivoca los términos, diciendo que el Abad salió á la defensa del Conde, y no al contrario, como sucedió en efecto. Las noticias que aquí damos están tomadas del Memorial que dió al Rey Católico el mismo Conde de Rivagorza, cuyo original se halla en el Archivo de Veruela, y del cual existe copia en el de Villahermosa.

Digitized by Google

Esta alianza íntima entre los Abades de Veruela y los Duques de Villahermosa fué siempre constante, como en tan buenas razones fundada, y existía aún en los tiempos de D. Juan Pablo y D.ª María Manuela, hermana de Mora, no dejando nunca éstos de visitar el monasterio cuando venían á Pedrola, y habiendo hecho la Duquesa enterrar á dos de sus hijos en aquella iglesia, y escogídola también ella para su propia sepultura.

No es, pues, extraño que hallándose Mora en Zaragoza con su regimiento, enfermo, solo y aburrido, pasase á Pedrola y de allí hiciese una visita á Veruela, lugar para sus hermanos de tantos recuerdos y cariño. Mas no explica ciertamente una visita de curiosidad ó cortesía, el que Mora buscase en Veruela *un lugar de soledad y de retiro, y que estuviese allí bien empleado*, que es lo que Castromonte afirma. Es, pues, probable que la verdadera razón de la visita de Mora fuese la siguiente:

Había entonces en Veruela un monje de gran saber y virtudes, cuyo nombre, popular entonces como el del maestro Feijóo, es hoy casi desconocido, como los de tantos otros vigorosos impugnadores de las perversas doctrinas del siglo XVIII.

Era este varón famoso el P. Maestro D. Antonio José Rodríguez, que brilló al lado de Feijóo y el P. Ceballos, y llamaron en su tiem-

Digitized by Google

po el *Maestro sin maestro*, como está grabado en su sepultura, *Magister sine magistro*, porque nunca tuvo otros sino su aplicación al estudio y su extraordinario talento (1). Sus muchas obras, así de controversia, como morales y científicas, atrevidas todas y vigorosas, como de hombre que se adelantó á su siglo, diéronle gran renombre, y de todas partes, y hasta de Madrid mismo, acudían en su busca gentes de todas clases en demanda de consejo para el alma ó remedio para el cuerpo; porque era también el P. Rodríguez médico peritísimo, y aun hace pocos años, en 1879, citábanse con grande elogio sus «Disertaciones físico-matemático-médicas sobre la respiración y el modo de introducir los medicamentos por las venas».

Cuéntase que viniendo una tarde de paseo el P. Rodríguez, encontróse en el camino un coche en que iba para Veruela un matrimonio catalán, personas de mucho respeto. Pararon éstos el coche y preguntaron al Padre si estaba en el monasterio el P. Rodríguez.—No está, respondió él; pero no tardará. Vayan al Abad. —Fueron los viajeros al Abad, y entretúvolos éste hasta que llegó el Padre, y conocieron en-

(1) Hállase enterrado en la iglesia de Veruela, frente á la capilla del Crucifijo, y léese en su losa sepulcral un epitafio latino, compuesto por el Ilmo. Sr. D. José Laplana y Castillón, Obispo de Tarazona.

Digitized by Google

tonces que era el mismo que se habían encontrado en el camino. Dijéronle que venían en busca de remedio, porque tenía la señora una llaga de mala especie, que más bien era espantosa postema. Encargóse, sin embargo, el padre Rodríguez de su curación, y al cabo de algún tiempo pudo volverse la enferma perfectamente curada.

Es, pues, lo más probable que Mora fuese á Veruela en busca del P. Rodríguez, y que en aquel retiro y soledad le encontrase Castromonte *bien empleado* en la curación de las llagas de su alma ó de su cuerpo. Es más creible, sin embargo, que Mora diese la preferencia á estas últimas; mas también es cierto que el P. Rodríguez no dejaría de ofrecerle, por lo menos, el remedio de las otras.

Sea de esto lo que fuere, Mora volvió á Madrid con el regimiento de Galicia á muy poco de su misterioso retiro de Veruela, y apresuróse entonces á dejar el servicio militar, siéndole concedida la licencia absoluta antes del 15 de Enero de 1771.

Libre ya de esta traba que tanto le había molestado antes, apresuróse á disponer la vuelta á París, que era todo su anhelo; mas quedábale aún aquella otra traba de la enfermedad en que sus vicios le habían aprisionado, y el 25 de Enero le asaltó de repente, en medio de sus ilusiones y proyectos, un gran vómito de san-

Digitized by Google

gre, seguido de tan largo y profundo desmayo, que casi llegaron ya á darle por muerto.

Declararon entonces los médicos que tenía ambos pulmones heridos, y á fines de Marzo enviáronle á respirar los puros aires de la primavera en Valencia, donde D. Jorge Azlor Aragón se hallaba entonces. Llegó Mora á Valencia á principios de Abril, harto débil y caído, en compañía de su médico Navarro y de dos de sus amigos parásitos, un tal Ochoa y otro llamado Esteban, siendo por esta vez excluído de la partida el abate Casalbón, á causa de una gran riña que con el Marqués tuvo pocos días antes de su viaje (1).

---

(1) Es curiosa la siguiente carta, en que el abate Casalbón refiere dicha riña al Duque de Villahermosa, y da bastante idea del modo de ser de Mora y Casalbón:

«Madrid 25 de Febrero de 1771.—Muy señor mío y mi favorecedor: Por fortuna me lisonjea en esta ocasión, como siempre, lo que dos días antes de su insulto decía yo al Sr. Marqués (Mora), que en ninguno fiaba tanto en este mundo como en V. E., que su trato no conocía las vanas declamaciones de una amistad ideada, pero que la realidad y sencillez la señalaba cada día más, y que ya en viniendo V. E. procuraría, sirviéndole, aunque sea de rodillas, acreditar mi agradecimiento y la idea que tenía formada de su buen modo de pensar. Esto que entonces, casi en los mismos términos decía, me anima ahora á contar á V. E. lo que para eterna enseñanza mía me ha pasado, y en lo que no debiera esperar que V. E. me diera la razón, á no tenerla yo ciertamente, y á no ser V. E. capaz de negarla á quien la tiene. Desde que aquel sujeto

Digitized by Google

Las perfumadas auras de aquella huerta deliciosa obraron tan eficazmente en la destruída

---

que, según V. E. dice (el Marqués de Mora), se queja de haberle yo abandonado por la Medinasidonia y por las viruelas, de que nunca se ha hablado, vino á Madrid, no ha pasado día alguno en el que, cuando menos, cuatro ó cinco horas no le haya yo hecho compañía, sin contar los que, entrando en su casa á las nueve de la mañana, no salía de ella casi hasta la media noche. El día mismo que vino la Medinasidonia del *Sitio*, por la noche el Marqués se fué de su casa, y me dijo que no volvería; viéndome ocioso y deseando cumplir con esta señora, con quien y cuya casa sabe V. E. mis obligaciones, fuí á verla; allí me hizo jugar S. E., y nos pidió á los tres que le habíamos hecho la partida que fuésemos á hacérsela al día siguiente sin falta, porque esperaba tener otras gentes. Los tres ó cuatro primeros días en que el Marqués salió puntualmente por las noches de su casa, no se dió por sentido; pero luego que se volvió á quedar en ella, empezó á clamar abandono de amistad el que yo, aunque estaba en su casa todo el día, me fuese cerca de las ocho de la noche á continuar una partida á la que, sin faltar á todas las leyes de atención, no me podía excusar. Trátase de que en todo este tiempo nadie ha habido, á excepción de Navarro y los que le hacíamos la partida. Sin embargo, deseoso yo de dar gusto cumplido á un hombre que de todo mi corazón amaba, le supliqué varias veces particularmente á Navarro, y siempre en vano, que jugase por mí; no bastando esto, otra noche le dije á la de Medinasidonia: —Ya casi esta noche estuve por faltarle á V. E. á la partida, porque el Marqués quedaba casi solo.—Esperaba yo tomar de su respuesta motivo para que me dispensase volver; pero no me respondió ni una palabra. En fin, cerrados todos los caminos, me resolví á no ir á tal partida por la razón que pretexté de que perdía demasiado, y que

Digitized by Google

naturaleza de Mora, que el 25 de Mayo escribe D. Jorge Azlor á su hermano Villahermosa:

---

yo supliqué á Navarro que insinuase á S. E. ó que buscase otra excusa. En efecto, dejé de ir aquella noche, que pasé, después de todo el día, con el Marqués; pero Navarro nada dijo á la Duquesa, y habiendo ido á comer al día siguiente á su casa, me reconvino de que yo le había faltado el día antecedente, y que por fortuna había ido aquella noche la de Baños para poder tener partida. Vea V. E. todos los enormes delitos de amistad que han excitado la cólera del Sr. Marqués, hasta el punto de romper antes de ayer diciendo que renunciaba enteramente á mi trato; que había llegado á conocer que era el más falso amigo, el más hipócrita y el más malvado de los hombres. Con términos más injuriosos nadie se ha apartado jamás del trato de un asesino; pero S. E. tiene el gusto trágico y no puede sufrir sino coloridos fuertes; yo, antes de responderle, le supliqué que no se enfadase, que bien veía que quien como yo le amaba tanto, nada podría sentir más que darle motivo á que se le aumentase la acrimonia de la sangre; que nuestra amistad no valía la pena de su salud, que se sirviese de oirme. Cada palabra mía aumentaba su enfado, mis disculpas eran sólo efectos de un ánimo fingido, las pruebas y demostraciones que yo daba eran otras tantas chazas que yo, con increible artificio, había puesto de antemano para excusarme en la ocasión; en fin, temiendo que el fruto de esta contestación, si yo pasaba adelante, fuese la pérdida de su salud, tomé el partido de irme, echado vergonzosamente por un hombre de cuya amistad había pensado yo hacer mis delicias, y de la que no me podré acordar jamás sin admirar los vanos juicios de los mortales y las fantásticas ideas que se forman de la felicidad. No omitiré que además del antecedente me hizo el gran capítulo de que Santander no me quisiese dar licencia para que yo le acompañase á Va-

Digitized by Google

«Por cumplir tu encargo, te digo que el Marqués de Mora está más gordo y de mejor color

---

lencia, habiendo yo para esto dispuesto el tener una cuestión pesada con el mismo Santander, todo originado, según me dijo con muy buen corazón S. E., de estar enamorado yo de unas mujeres que tengo en casa y de la pasión del juego, que, como otras muchas, me arrastra. Esta anécdota le podrá descubrir á V. E. el estado de mi filosofía. En orden á este cargo, juro por su amistad, y es lo que yo más he ofrecido, que nada deseaba más que acompañarle, y servir así á un amigo en el tiempo en que le podía ser de más utilidad. Fuera de este interés, que no era ciertamente pequeño, tenía el de mi salud, tenía el de mi diversión y tenía otros muchos que ahora es bien fuera de propósito contar. Pero todo es en vano; en esta parte ha ya muchos días que yo conocía que le ahorraban á S. E. del trabajo de buscar razones. El hecho es que desde el momento que le mandaron pensar en mudar de aires, supuse que yo sería de la partida, y aun añadí que esperaba que mi bibliotecario mayor me diese, aun cuando no fuese sino por un mes, la licencia, que después le podría ir trampeando; que cuando esto no bastase se podría acudir al Ministro. Desde entonces vi que cuando se empezó á hablar del viaje, la primera diligencia fué enviar á D. Ramón á Orelli para que pidiese la licencia de Ochoa, y á la de Medinasidonia por Navarro, no olvidando tampoco encargar al Marqués de Mirabel que la pidiese al Patriarca para Esteban. Nada hasta aquí se hablaba de mí; sólo mi licencia no se tomaba en boca. Con todo, yo hablé de mi licencia á Santander, que no me contestó; ni después que me era imposible sacársela, lo conté al Marqués; pero fué hablar á sordos, porque nada me respondió, pareciendo natural que, cerrado esto, tratase conmigo de otro camino para facilitar mi licencia. Ni esto me desengañó: previne mis cosas para estar dispuesto al

Digitized by Google

que cuando estaba en esa villa; pero como aun no se ha desvanecido del todo el dolorcillo del

---

viaje; busqué dinero, hice ropa blanca para estar prevenido; despedí al criado que tenía, por parecerme inútil fuera de Madrid, y tomé otro á propósito; dispuse con D. Miguel Otamendi todo lo que debía yo esperar de un amigo durante mi ausencia; en fin, hasta el momento del rompimiento, yo, creído que un camino ú otro se abriría, á nada estaba más dispuesto que á marchar. Es verdad que días había que yo no mostraba grandes deseos, pero nadie acaso habrá tenido más motivo de no mostrarlos. Notaba, á no dudar, una increible novedad en el trato, la que, en fin, ha llegado á tal sequedad, que me obligó, como ya he dicho antes de ayer, á suplicarle en amistad me dijese las causas que tenía, y esto fué el principio de la cuestión. De ahí vino el no contestar una vez que se hablaba del viaje; de ahí el decirle á D. Ramón (y tenía mil razones para decírselo á él antes que á otro) que si yo no era preciso, como parecía que no lo era tratándose de ir tantos, que á qué fin había yo de ir; de ahí también vino el decirle mil veces á Navarro que yo iría con gusto por mi parte, pero que era absolutamente preciso que me pidiesen licencia; esto mismo dije en otra ocasión á Cavarcos, á esto mismo tengo escrito estos últimos correos al Sr. D. Jorge, con quien yo no había podido ocultar los justos resentimientos que la frialdad de un pretendido amigo me causaba. Sin embargo, una vez que en este mismo caso se me preguntó sin rebozo, sin el mismo respondí que estaba pronto; pero permítame V. E. que yo le asegure que no se ha pensado de buena fe en que yo fuese, y como quiera, según le decía yo antes de ayer al Marqués, que si tan atado quería suponerme, que me hiciese el favor de facilitarme la licencia, y vería el gusto con que iba en su compañía. Pero yo me canso en vano: me dice que soy fingido, porque después de ver el desvío

Digitized by Google

pecho, soy de parecer que debes persuadir á su padre que no le dé prisa para que salga de aquí,

---

por su parte, y por la mía la imposibilidad de la licencia, he dado á entender que no tenía los mayores deseos de ir, y esto no sé cómo S. E. entiende que sea fingir. Dice que soy falso amigo, y lo dice sin pruebas: entretanto me digo para admirar su conducta, muy nueva en punto de amistad; pues me ha estado mortificando diez y seis días sin hacerme confianza de su imaginada queja, de la que acaso no hubiera yo sabido jamás, si, rompiendo por todo reparo, no le hubiera yo hablado antes de ayer, aun delante de D. Ramón, pues en todo este tiempo yo notaba bien la precaución de no quedarse jamás á solas conmigo. Si entonces me hubiera querido oir, qué fácil le hubiera sido desengañarse, y cuán lejos hubiera estado de ir á buscar los motivos de mi cautela en mi pasión desordenada al juego y en la adhesión vil que yo tengo en mi casa al vicio, cosa que sólo la penetración de S. E. ha podido descubrir y que yo admiro mucho que háyale podido ocurrir á S. E. por pretexto. Le aseguro á V. E. que no puedo pensar en todo esto sin perder casi el juicio, y que jamás he tenido momentos en que la vida me sea más aborrecible: las noches las paso llorando, y el día que les sucede no alivia mi pesadumbre. Esto prueba bien que ni aun amar se puede ni se debe con exceso, porque se trata con hombres que pueden dejar de corresponder. En esta ocasión me ha parecido lo más acertado no hablar con persona viviente; sólo á Navarro se lo dije la misma noche, y, como ayer le decía al mismo, á no haber estado entonces casi fuera de mí, no le hubiera hecho esta confianza. Me avergüenzo que haya habido hombre que, aunque sin motivo, se haya imaginado que yo era hombre capaz de faltar á la amistad. Con todo, me consuelo con habérselo contado á V. E. por menor; esta carta podrá servir de historia de cuanto ha pasado; V. E. se podrá

Digitized by Google

donde hay ejemplares de algunos que por haber salido muy pronto, aunque al parecer buenos, les ha repetido el accidente.»

Algún tiempo después, el 13 de Julio, vuelve á escribir D. Jorge: «Yo continúo la misma vida que te he escrito hacía, y de cuyo método me separaré muy poco en todas partes donde esté; trabajamos Morita y yo en arreglar nuestra conducta presente y venidera según los principios del *Systeme* (1), puesto en acción en la historia de Grandisson. Tú te reirás ahora de esto, pero no cuando nos veamos, que conocerás los progresos que he hecho; y siguiendo

---

informar de Cabañero, de quien quiera, y del mismo Marqués, que á mí, con tal que V. E. no se me enfade, me importa todo poco, y aunque yo ponía sobre mi cabeza su amistad, pero me sabré pasar sin ella, cuando no se puede continuar sin imaginarse de mí las bajezas más indignas. Perdóneme V. E. esta vez, por su vida, el que no haya sido tan largo; era preciso determinarme á hablar á V. E., porque es el único que me importa que mire esto en su verdadero punto de vista; por lo que toca á los demás, poco va en que cada uno piense lo que se le antoje; basta que yo respete ahora la memoria de quien honró algún tiempo con su amistad, y calle.»

(1) Alude al «Sistema social ó principios de la moral y de la política», publicados entonces por el Barón de Holbac. En esta obra, que un decreto del Parlamento de París condenó á ser quemada por mano del verdugo, se definen los principios y se establecen las reglas de una moral y una política independientes de toda idea religiosa.

Digitized by Google

tu encargo, te diré que el Marqués está cada día mejor; tanto, que ya piensa en sangrarse otra vez, pues la robustez, especialmente mientras dura el dolorcillo del pecho, puede serle perjudicial, y yo cuidaré de que no lo difiera; y siempre insisto en que le conviene estar aquí hasta que las cicatrices de los pulmones estén perfectamente cerradas.»

No creyó, sin embargo, el impaciente Mora necesarias tantas precauciones; dióse ya por curado, y libre del todo y sin freno alguno su voluntad desordenada, marchóse al fin á París, donde se hallaba ya el 4 de Agosto de 1771. Con esta fecha escribe al Duque de Villahermosa su cuñada sor María Luisa Pignatelli: «Supongo tendrás ya el gusto de tener en tu compañía á nuestro querido Pepe, y cuyo arribo contamos sería á últimos del pasado; espero que ahí se recobre del todo y muy en breve.»

Digitized by Google

Digitized by Google

X

Desde entonces fué la vida de Mora en París una continuada orgía material y moral, en que su carne gustó todos los vicios, y su entendimiento abrazó todos los delirios, á toda prisa, sin punto de reposo, en conjunto casi, como si temiese que la muerte, que tan de cerca le acechaba, pudiera privarle de algún goce ó apartarle de algún error.

Encuéntrasele en aquella época comensal mimado y festejado de todas aquellas cenas famosas, que justificarían la revolución, si pudiera ser un crimen justo castigo de una blasfemia. Mad. D'Epinay escribe á Grim en Octubre de 1771: «Os diré como última noticia, que Mr. de Sartine ha cenado anoche en mi casa con el Marqués de Mora, Mr. de Magallón y el Marqués de Croismare.» Y lo que es verdaderamente raro, la vieja Du Deffand es-

Digitized by Google

cribe á Horacio Walpole en Diciembre del mismo año: «Hace tres días que tengo mesa abierta, es decir, doce ó trece personas cada noche. La de ayer fué la más brillante: estuvieron los Beauvau, la Cambis, Stianville, Toulouse y tres extranjeros, Caraccioli, Mora y Creutz.» Lo cual prueba que la pasión de Mora por Mlle. de Lespinasse no llegaba hasta el punto de sacrificar á ésta las divertidas y solicitadas cenas de su aristocrática rival y antigua señora.

La Lespinasse, por su parte, apretaba más y más los grillos en que tenía aprisionado á Mora, que lo mismo podían ser los del amor que los de la vanidad, especie harto común de amor con que corresponden los hombres fatuos á las preferencias de mujeres de algún renombre. Habíale ligado en este tiempo con un hombre peligroso, de su amistad íntima, Condorcet, que arrastró á Mora del odio al altar al odio al trono, paso que no habían dado aún todos los filósofos, ni llegaron á dar en Francia sino muy corto número de Grandes, ni acaso ha dado todavía en España uno solo de entre ellos.

Condorcet, más perverso que Voltaire, si cabe, atèo, republicano y suicida, que se atrevió á condenar á Luis XVI *á la pena mayor que no fuese la de muerte*, es decir, á cadena perpetua, prefiriendo dar á la Majestad Real

Digitized by Google

la bofetada que deshonra á la puñalada que glorifica, fué de los que efectuaron más tarde la fusión que ya se preparaba entonces entre los filósofos y los francmasones, siendo nombrado, con el abate Sèyes, director del tenebroso club de la propaganda destinada, *no sólo á consolidar la revolución en Francia, sino á destruir también todos los gobiernos existentes entonces.* ¿Arrastró también al desgraciado Mora por aquel camino de traición y de ignominia?.....

En la lista de los francmasones de aquel tiempo, que publica Deschamps, no consta su nombre, si bien es verdad que estas listas son posteriores á su muerte. Mas el sospechoso título de *hermana* que Grim, Voltaire y Condorcet dan en sus cartas á Mlle. de Lespinasse, indica que también ella pertenecía á los que llamaban *adeptos secretos*, y las dos altisonantes cartas de Mora á Condorcet, que á continuación transcribimos, revelarán claramente las opiniones de aquél á todo el que conozca lo que en la jerga filosófico-francmasónica de aquel tiempo significan las palabras *libertad*, *tirano*, etc., y probarán al mismo tiempo que Condorcet le había iniciado, por lo menos, en algunos planes de los adeptos, *que era forzoso ocultar á los penetrantes ojos de los enemigos de la verdad.*

«Recibo, señor, con extraordinario gusto la

Digitized by Google

excelente obra que tenéis la bondad de enviarme, y por la cual os quedo infinitamente agradecido. Lo que me decís de la suerte de la humanidad, es por desgracia tan cierto, que nunca serán estimados bastante el autor y el libro que defienden sus derechos oprimidos; pero es forzoso ocultarlo á los penetrantes ojos de los enemigos de la verdad, y podéis contar con mi profundo secreto. Si todo el mundo odiase como yo á los tiranos y á los perseguidores, no sería necesario guardarse de ellos y gozaríamos todos del inestimable bien de la libertad; pero los hombres no están hechos para tanta dicha: sus necesidades y locuras les atan á la cadena de la esclavitud. Iré ciertamente esta noche á casa de Mr. Turgot, donde tendré el honor de reiteraros las gracias, que os suplico recibáis de vuestro más sincero y adicto servidor,—*De Mora.*»

«París, 1.° de Julio de 1772.—Me ha sido imposible, señor, contestar ayer á vuestra carta, que recibí con el mayor gusto. Esta prueba de amistad es tan grata á mi corazón y tan bien sabe éste apreciarla, que sólo deseo merecer los sentimientos que os dignáis concederme, y de que no cesáis de darme pruebas. Creed, señor, que la tierna y viva gratitud que os debo, sin ser el lazo más fuerte de los que me unen á vos, viene á añadir á mis sentimientos el placer de llenar, entregándo-

Digitized by Google

me á ellos, los deberes que vuestra bondad me ha impuesto. Ni el tiempo ni la distancia podrán nunca hacerme olvidar al amigo á quien he prometido la más sincera adhesión. Por vuestra parte habéis hecho ya demasiado para no conservarme el beneficio de vuestra amistad. Mi salud se ha restablecido por completo, y me hallo al presente como antes de mi último ataque. Creo también que mi régimen actual vale más que el observado antes, y espero un efecto seguro. Mucho os gustará saber que han levantado la exclusión á MM. Suard y Delisle. Helos ya declarados ortodoxos solemnemente (1).

»Es chistoso que sea necesario dar pruebas de necedad para entrar en la compañía de los sabios. Así está, sin embargo, construída esta famosa máquina, de que ciertamente no querría Vaucanson haber sido el inventor. Habréis

(1) Suard y Delisle fueron presentados á la Academia Francesa cuando, gracias á las intrigas de D'Alembert, su secretario perpetuo, y de Voltaire, se hallaba ya esta ilustre corporación convertida en un verdadero areópago de impíos é incrédulos. El Rey negóse á confirmar la elección de estos dos candidatos, fundándose en la pública fama de impiedad que ambos tenían; mas ellos, siguiendo la hipócrita táctica de los filósofos conjurados, hicieron falsa profesión de ortodoxia, y consiguieron que el débil Luis XV les levantase la exclusión. Á esto alude, sin rebozo alguno y hablando entre bastidores, la frase de Mora á Condorcet.

Digitized by Google

visto probablemente *Los sistemas* de Voltaire; en verdad que este hombre es un verdadero fénix; ya lo tenemos otra vez poeta, como si tuviese veinte años. La palabra *Pirineos*, que leo en vuestra carta, me hace temblar, viéndome ya tan cerca de ese cruel mes de Septiembre. No podré ponderar bastante el dolor que me causa esta marcha..... Nunca podría decidirme á ella si no estuviese seguro de mi vuelta, que cumplirá mis promesas y llenará todas mis esperanzas. Podéis estar tan seguro de ello, como de la sinceridad de los sentimientos que os profesa y os conservará eternamente, — *De Mora.*»

Aquel funesto mes de Septiembre que hacía temblar á Mora, llegó para él demasiado pronto. Á poco de escrita la anterior carta á Condorcet, un nuevo ataque de su enfermedad hubiera podido recordarle que se acercaba la muerte, si el orgullo del impío no le hiciera creerse siempre fuera del alcance del azote de Dios. Marchó entonces, por consejo de los médicos, á Bagnères, cuyas aguas, conocidas ya en tiempo de los romanos, había puesto de moda el Duque de Lauzun en 1712. Despidióse, pues, Mora de Mlle. de Lespinasse el 7 de Agosto de 1773, y salió aquel mismo día para Bagnères, decidido á entrar luego en España, arreglar ciertos asuntos secretos y volver al punto á París, para *cumplir*, como

Digitized by Google

escribe á Condorcet, *sus promesas* y *lograr todas sus esperanzas.*

Nadie ha puesto en claro cuáles fueron aquellas promesas que tenía que cumplir ni estas esperanzas que pensaba lograr. Mlle. de Lespinasse asegura terminantemente que fuera, aparte de la razón de su salud, tenía el viaje de Mora á España otra razón tal y tan absoluta, que si aquél llegaba á vencerla, la vida entera de ella no bastaría para pagarle semejante deuda; frase misteriosa que, unida á otros indicios, nos induce á creer que Mora pensaba entonces allanar en España los obstáculos que se oponían á su matrimonio con la Lespinasse, y volver luego á París á efectuarlo, cumpliendo así las promesas hechas á la filósofa y logrando las esperanzas que ella misma le había infundido.

Quiso Dios, sin embargo, disponer las cosas de manera muy distinta, y á poco de su llegada á Bagnères asaltó á Mora un violento vómito de sangre, y fué preciso llevarle á toda prisa á Bayona, después de sangrarle nueve veces, según la inconcebible costumbre de los médicos de entonces. «Mr. de Mora, escribe Mlle. de Lespinasse, ha salido de Bagnères para Bayona, en un estado que me hace temer por su vida. Le acompaña su médico, que podrá socorrerle, pero no evitarle una recaída, que no soportará en el estado de postración

Digitized by Google

en que se encuentra. Le han sangrado nueve veces, y quedó tan aniquilado, que no pudo ni aun darse cuenta del peligro á que se exponía poniéndose en camino.»

La recaída que Mlle. de Lespinasse esperaba, sobrevino á Mora en Zaragoza, donde llegó á encontrarse en verdadero peligro de muerte; lleváronle, pasado el riesgo, á Madrid, donde se encontraban ya los Condes de Fuentes, y á donde llegaron á poco los Duques de Villahermosa, de vuelta de un viaje á Inglaterra; y entonces comenzó aquella lucha entre Mlle. de Lespinasse y la Condesa de Fuentes, queriendo aquélla arrancar á Mora del lado de su madre para traerle á París, luchando ésta por romper las redes en que la astuta francesa envolvía á su hijo. La de Fuentes, moribunda casi de la misma enfermedad que éste, pero ayudada por su hija la Duquesa de Villahermosa, intentó aislar á Mora de la camarilla de la Lespinasse, interceptando las cartas que él enviaba y las que de París le llegaban, y tratando de resucitar los antiguos amores de Mora con la Duquesa viuda de Huéscar, á fin de casarle con ella.

Mas alarmada la Lespinasse con el silencio de Mora, echó por delante á su amigo D'Alembert y al famoso médico Lorry, que se comprometía á curar á Mora, siempre que trocase el clima de Madrid por el de París, *único* que,

Digitized by Google

á juicio de aquel doctor, *podía serle benéfico*. Sospechoso compromiso éste, si se tiene en cuenta que pocos meses antes la Condesa de Fuentes, enferma, como ya dijimos, del mismo mal de su hijo, había marchado de París á Madrid por consejo de los médicos parisienses, y poco tiempo después los más afamados médicos de París enviaban á toda prisa á España, para quitarle de la mala influencia de la capital de Francia, al Marqués del Viso, D. Francisco de Silva, enfermo también del pecho, como lo estaba Mora. Es de notar también que Mr. Lorry, aunque amigo íntimo de D'Alembert, no había merecido hasta entonces como médico, por su asistencia especial, ni la confianza del filósofo ni la de Mlle. de Lespinasse. El médico ordinario de ambos era el célebre Bouvard, y el extraordinario, consultado en circunstancias especiales, era el no menos famoso Bordeu, profesor de la Facultad de Medicina de París. La única vez que Mlle. de Lespinasse cita en sus cartas á Lorry, hácelo de este modo, bien poco satisfactorio por cierto:

«Mr. de Saint-Chamans, escribe á Condorcet, está un poco mejor, pero tan poco que no se pueden concebir esperanzas. No quiere ver más que á Lorry, y mi confianza en los médicos es tan escasa, que no he trabajado mucho por combatir la repugnancia que tiene á verlos. Temo, sin embargo, que Lorry se equivoque.

Digitized by Google

Es una gran desgracia tener necesidad de socorros de ciegos.»

Dados estos antecedentes, no es concebible la repentina é infundada confianza de D'Alembert y Mlle. de Lespinasse en la opinión de Lorry, al tratarse del viaje de Mora, sin que sea del todo cierto lo que Marmontel asegura terminantemente en sus *Memorias*. «En fin, dice, habiendo caído enfermo en su patria el joven español (Mora), y no esperando su familia sino su convalecencia para casarle convenientemente, imaginó Mlle. de Lespinasse hacer certificar á un médico de París que el clima de España le sería mortal, y que si se quería volverle la vida era necesario enviarle á respirar el aire de Francia. Esta consulta, dictada por Mlle. de Lespinasse, la obtuvo D'Alembert de Lorry, su íntimo amigo, y uno de los más célebres médicos de París. La autoridad de Lorry, apoyada por el enfermo, produjo en España todo su efecto. Dejaron marchar al joven y murió en el camino.»

«El hecho es tan grave, dice á este propósito Mr. Eugenio Asse, que no nos decidimos á admitirlo bajo el solo testimonio de un autor que no siempre acierta al hablar de Mlle. de Lespinasse.» Tan grave es el hecho, en efecto, que este criminal engaño fué causa de la desastrosa muerte del Marqués de Mora; mas las siguientes cartas de D'Alembert al Duque de Villa-

Digitized by Google

hermosa, existentes en el archivo de esta ilustre casa, prueban de modo irrecusable la veracidad de Marmontel, los vergonzosos oficios de D'Alembert para con su amiga, y la complicidad de ambos y del médico Lorry en este verdadero atentado. En la primera de estas cartas, inspiradas todas sin duda y aun dictadas quizá por la misma Lespinasse, limítase D'Alembert á explorar el terreno pidiendo á Villahermosa noticias de Mora, y extrañándose y lamentándose del silencio de éste. Tiene la fecha del lunes 7 de Diciembre, y dice así:

«Aunque Mr. D'Alembert no tenga el honor de ser muy conocido del Sr. Duque de Villahermosa, se atreve á esperar, sin embargo, le perdonará la libertad que se toma de dirigirse á él para suplicarle le dé noticias detalladas del Sr. Marqués de Mora, de quien él y sus amigos no han tenido hasta ahora sino noticias generales por el caballero de Magallón. Aunque los amigos del Sr. Marqués de Mora aprueban por completo su silencio, están, sin embargo, alarmados, pues temen haya en este silencio más bien imposibilidad de romperlo, que régimen que le obligue á guardarlo. Suplícase, pues, al Sr. Duque tenga la bondad de hacer saber á los amigos del Sr. Marqués de Mora si le ha quedado lastimado el pecho por la violenta sacudida que sufrió en Bagnères, si no le ha dejado ninguna molestia el peligro

Digitized by Google

corrido en Zaragoza, si tiene todavía desvanecimientos y cuáles son los alimentos de que hace uso. El Sr. Duque dispensará todas estas preguntas en gracia del sentimiento de amistad que las dicta: es el Sr. Duque demasiado digno de tener amigos, para no comprender la necesidad que tienen los del Sr. Marqués de Mora de que se les tranquilice, ó se les dé á lo menos noticia exacta de su estado. Por lo cual, Mr. D'Alembert y todos los que se interesan por el Sr. Marqués de Mora, se atreven á suplicar al Sr. Duque les diga la verdad más exacta, aunque deba afligirlos y alarmarlos. Mr. D'Alembert pide al Sr. Duque de Villahermosa mil y mil perdones por su importunidad, y le suplica reciba con benevolencia la seguridad de su profundo respeto.»

El entusiasmo de Villahermosa por los filósofos de moda hízole tragar el anzuelo, y cogido por el flaco de esta vanidad, con que debió contar D'Alembert seguramente, apresuróse á contestar la siguiente carta, cuyo borrador francés, escrito de letra del Duque, se encuentra en una hoja en blanco de la misma carta del filósofo:

«Nadie menos que vos, señor, puede temer ser desconocido, y vuestras cartas honrarán siempre á los que hagáis el honor de dirigirlas. El tierno interés que os tomáis por el estado del Marqués de Mora, nuestro amigo común,

Digitized by Google

las hacen más preciosas, y si mi respuesta puede serlo para vos, será únicamente por las buenas noticias que pueden daros de la salud de mi cuñado. Podéis, pues, asegurar á sus amigos que su pecho no se ha resentido por la violenta sacudida que sufrió en Bagnères; que no le ha quedado el menor rastro del peligro en que estuvo en Zaragoza, y que tampoco ha sufrido desde entonces el más leve desvanecimiento. Está, sin embargo, demasiado débil para alimentarse de legumbres, y come un poco de nuestro *puchero* ú olla española, pollo y ternera. Hasta ayer, que comió en mi casa, ha comido siempre solo, y ésta ha sido la primera vez que ha salido de su cuarto á hora semejante, lo cual hace muy poco y con toda clase de precauciones para preservarse del aire frío de este país. En una palabra, puedo tener el honor de deciros, señor, que se restablece, pero lentamente, aunque me lisonjeo de que irá cada vez mejor en cuanto pase esta ruda estación. Me ha encargado aseguraros á vos y á sus amigos su amistad y agradecimiento, y deciros que ha escrito la última semana y tres correos antes á Mlle. de Lespinasse; estas cartas habrán calmado mejor que la mía vuestra inquietud. Por lo demás, no le permiten leer ni escribir mucho. Si por desgracia hubiese en adelante algún retroceso, cuidaré de avisároslo yo mismo y me consolaré con vos. Después de

Digitized by Google

llenar mi deber satisfaciendo vuestros deseos, permitidme me tome la libertad de encargaros ofrecer mis respetos á Mme. Geoffrin; las bondades de que me ha colmado estarán siempre grabadas en mi corazón. No me atrevo á daros el mismo encargo para Mlle. de Lespinasse porque debo serle muy poco conocido; pero podéis estar seguro de que, así á ella como á sus amigos, les hago la justicia que merecen: admiro sus talentos y me enternece su sensibilidad. En cuanto á vos, señor, no sabré expresaros cuánto me halaga vuestro recuerdo, y me halagará más todavía si me honráis con vuestras órdenes. Esperándolas, tengo el honor de aseguraros, etc., etc.»

Esta carta de Villahermosa debió revelar á la camarilla de la Lespinasse que su correspondencia con Mora se interceptaba en Madrid; y por eso, sin duda, D'Alembert da un paso adelante en su segunda carta del 9 de Enero de 1773, escogiendo á Villahermosa como estafeta segura para hacer llegar á manos de Mora las cartas de la Lespinasse.

«Señor Duque: Tan penetrado de reconocimiento me dejan vuestras bondades, que no sé diferir el asegurároslo. Las noticias del señor Marqués de Mora que habéis tenido la bondad de darme, son las más detalladas y consoladoras que hasta ahora he recibido. Veo con el mayor placer que comienza á poder salir, puesto

Digitized by Google

que ha estado á comer en vuestra casa. Creo firmemente que no cometerá ninguna imprudencia y que se guardará de todo lo que puede ocasionarle algún constipado. Mucho me sorprende, sin embargo, lo que me decís del frío rigoroso que hace en Madrid, porque hasta ahora el invierno ha sido muy benigno en París, á excepción de dos ó tres días de hielo bastante fuerte. Pero me sorprende mucho más todavía, Sr. Duque, lo que me decís de que el Sr. Marqués de Mora ha escrito varias cartas á Mlle. de Lespinasse. Ninguna de ellas ha recibido ésta, y seguramente no está la culpa en el correo de aquí, donde de ningún modo se pierden. Mlle. de Lespinasse, lo mismo que otros amigos del Sr. Marqués de Mora, tienen motivos para creer que la misma suerte han sufrido las cartas que ellos le han escrito; por lo tanto, Sr. Duque, permitidme suplicaros que entreguéis la adjunta carta al Sr. Marqués de Mora. Veis que me aprovecho, y aun quizá abuso, de la amabilidad con que me honráis: muy feliz seré yo si puedo encontrar ocasión de seros útil en París, y me dais vuestras órdenes. Mme. Geoffrin ha agradecido mucho vuestro recuerdo, lo mismo que Mlle. de Lespinasse, la cual siente muy de veras no haber gozado más á menudo de vuestro trato durante vuestra permanencia en París. Si estuvierais aquí, Sr. Duque, tendríais el placer de oir y

Digitized by Google

juzgar á una nueva actriz trágica, que ha recibido el público con grandes aplausos. Pero lo que me interesa más todavía es la extinción de los jesuítas, de que espero se ocupe seriamente la Corte de España. Han recurrido al Rey de Prusia para ponerse bajo su protección, y este príncipe les ha contestado burlándose de ellos. El Sr. Marqués de Mora habrá podido enseñaros un diálogo entre el Papa, los jesuítas y los príncipes de Europa, en que todas las palabras están sacadas de la Pasión, y las aplicaciones son bastante justas y graciosas. Concluyo, señor Duque, suplicándole de nuevo excuse mi importunidad, etc., etc.»

Otra recaída de Mora, que Villahermosa cuidó sin duda de anunciar á la camarilla filosófica, vino á infundir en ésta nuevas alarmas. D'Alembert, ó, mejor dicho, la Lespinasse, puesto que harto claro aparece que el complaciente filósofo no es en todo esto sino pantalla de su amiga, echó entonces por delante á Lorry, poniéndole en comunicación con Mora, é insinuando él mismo á Villahermosa, por primera vez, la idea de sacar de Madrid al desdichado enfermo.

«París 9 de Febrero de 1773.

»Señor Duque: Por aflictivas que sean las noticias que me dais sobre la salud del señor

Digitized by Google

Marqués de Mora, quedo penetrado de reconocimiento por vuestra amabilidad al dármelas. Veo con dolor que no bien comenzábamos á confiar en su convalecencia, han venido á turbarla nuevos accidentes. Mr. Lorry debe haberle escrito hace ya tiempo, según se lo supliqué yo mismo. Por eso me ha parecido lo más urgente enterarle de estos nuevos accidentes de que me dais cuenta, y espero que el Sr. Marqués de Mora recibirá por este correo los nuevos consejos que desee de Mr. Lorry para su alivio y consuelo. Debo confesaros, señor Duque, que Mr. Lorry es en absoluto de parecer que el Sr. Marqués de Mora se aleje de Madrid, cuyo clima es completamente contrario á su estado. No dudo de que Mr. Lorry insistirá en su carta sobre este punto esencial, y añado que éste es el deseo unánime de todos los amigos que el Sr. Marqués de Mora ha dejado en Francia, y el mío en particular, por el interés que me inspiran su felicidad y conservación. Sin embargo, como quizá esté demasiado débil en estos momentos para moverlo, sería conveniente que el Sr. Marqués de Mora no precipitase su marcha; pero es indispensable, á mi juicio, que la lleve á cabo en cuanto sus fuerzas se lo permitan. Siento, Sr. Duque, que pueda seros triste esta separación; pero vos amáis al Sr. Marqués de Mora por sí mismo, y no os privaréis de él algún tiempo sino para

Digitized by Google

poder conservarlo. Os quedaré agradecido, señor Duque, de la manera más viva y sensible, si tenéis á bien seguir instruyéndome del estado de un enfermo que á todos nos es tan querido. Mlle. de Lespinasse se une á mí para suplicároslo, y me encarga expresaros su agradecimiento por lo lisonjero de vuestra carta. ¡Lástima grande que no pueda yo, tan lejos de vos, atestiguaros de otro modo que con estériles gracias lo profundo de mi gratitud y lo feliz que me consideraría si os dignaseis ofrecerme ocasión de mostrárosla!

»El Sr. Marqués de Mora ha debido recibir hace pocos días un discurso de Mr. Voltaire, que os habrá gustado seguramente, porque ridiculiza con mucha gracia el fanatismo absurdo de nuestra Universidad de París, que no va en zaga á vuestras Universidades de Salamanca y Alcalá. También ha debido recibir al mismo tiempo otra obra más seria, y tanto más molesta para los que ataca, cuanto que los absurdos y atrocidades de éstos quedan al alcance de los talentos más vulgares. Esta obra es la más *popular* que se ha publicado hasta el presente sobre semejantes materias. Recibid, señor Duque, reiteradas seguridades de mi más vivo reconocimiento, etc., etc.»

Es de notar que en ninguna de estas cartas, escritas todas durante la larga agonía de la Condesa de Fuentes, tenga D'Alembert para

Digitized by Google

esta señora la menor frase de interés, ni aun siquiera de cumplimiento, sufriendo ella la misma enfermedad que su hijo, y siéndole, por lo tanto, convenientes los remedios y soluciones que con tanto calor proponía el filósofo para Mora. En cambio, dedica en todas sus cartas, á contar desde la siguiente, expresivas frases á la Duquesa de Villahermosa, á quien no conocía, y cuyas enfermedades de entonces eran achaques pasajeros, que no le impedían dedicarse por completo al cuidado de su madre y de su hermano. La enfermedad concedió á Mora una corta tregua, y la camarilla de la Lespinasse aparece mientras tanto tranquila, esperando sin duda la próxima muerte de la Condesa de Fuentes, como coyuntura más favorable para arrancar de Madrid el enfermo. Mas las cartas de éste y las que á él escribían tornaron á secuestrarse, y de nuevo aparece D'Alembert en escena, convirtiendo á Villahermosa en estafeta de sus manejos.

«París 26 de Abril de 1773.

»Señor Duque: Esperaba entrar de nuevo en tiempo profano, después de pasadas estas santas semanas, para responder á la carta que me habéis hecho el honor de escribirme, y reiterarle mis humildes gracias por las noticias que tenéis la bondad de darme sobre el Sr. Mar

Digitized by Google

qués de Mora. Por las que he tenido después de vuestra carta, veo que la mejoría se sostiene, y deseo vivamente, lo mismo que vos, que las causas morales no turben las operaciones físicas que la naturaleza obra para restablecerle. Sé por él mismo, Sr. Duque, que recibe con poca exactitud las cartas que se le escriben, perdiéndose muchas de ellas, lo mismo que las dirigidas aquí por él. Lo cual me obliga á incluir en ésta la adjunta carta, que os suplico le entreguéis. Quedo encantado de lo que me hacéis el honor de decirme sobre la mejoría de la Sra. Duquesa de Villahermosa, y espero que la buena estación de que sin duda gozáis ya en ésa acabará de restablecerla. Espero también no acabar mi vida sin tener el honor de presentarle mis respetos, y me lisonjeo de que no tardará este momento, si es cierto lo que se dice en Versalles de que el Conde de Fuentes volverá á Francia, según el deseo unánime de toda la Corte, y sobre todo del Rey.

»Hemos sabido los temblores de tierra de Madrid y esperamos detalles, temiendo las consecuencias. En cuanto á Portugal, no conozco el nuevo plan de estudios de que me habláis, ni comprendo á qué me hacen el honor de citarme á este propósito; y dudo mucho, como vos, Sr. Duque, que un plan de estudios en tres gruesos volúmenes sea obra de una cabeza muy filosófica.

Digitized by Google

»Mr. de Voltaire está mucho mejor, y aun bastante bien para hacer esperar á sus amigos y á los amantes de las letras conservarle algún tiempo. En cuanto á nuestros Welches, que no valen más que vuestros Iberos, siguen siempre lo mismo: gravemente ocupados en nada, y trabajando con frivolidad las cosas importantes. La Semana Santa ha dado treguas á teatros y tribunales; pero ha producido, en cambio, muchos robos y asesinatos. Después de la apertura de los teatros ha vuelto á ser objeto de las conversaciones la actriz nueva que trastornó todas las cabezas el invierno pasado, sin hacer mella en la mía. Se habla unas veces de guerra y otras de paz, sin interés y sin fruto, como se habla de todo en París. Los filósofos esperan impacientes la noticia de la extinción de los jesuítas, á la cual dicen ahora que se opone la piadosa María Teresa. Es de esperar, felizmente, que esta noticia no tenga fundamento; si fuese cierto, sería necesario confesar que estos culebrones tienen la vida dura.

»Si veis al Sr. Duque de Alba, me atreveré á suplicaros le digáis que he recibido la caja de libros que tuvo la bondad de enviarme; que tendré el honor de darle en breve mis gracias y las de la Academia Francesa, y que retardo algunos días la respuesta que le debo, para incluir en ella la carta que tendré el honor de escribir al infante D. Gabriel, por su traduc-

Digitized by Google

ción castellana de *Salustio*, que he leído con el mayor placer. Tengo el honor, Sr. Duque, con el más profundo respeto, etc., etc.

»*P. D.* Mlle. de Lespinasse me encarga le diga cuánto ha agradecido la honra de sus recuerdos y cuánto desea vuestra vuelta, en la esperanza de hacer conocimiento con vos, y ser más feliz que lo ha sido durante vuestra anterior permanencia aquí.»

El 23 de Julio sabíase ya en París la muerte de D. Jorge Azlor, único hermano de Villahermosa, y apresúrase D'Alembert á dar á éste su pésame, sin que tampoco mencione en su carta á la Condesa de Fuentes, tan próxima ya á las puertas de la muerte.

«París 23 de Julio de 1773.

»Señor Duque: Acabo de saber con gran pena la pérdida que habéis sufrido de vuestro señor hermano, arrebatado casi repentinamente. El dolor que os aflige honra vuestros sentimientos y su memoria, y es tanto más justo, cuanto que debíais esperar conservarle largo tiempo, además de que sus cualidades, según testimonio de cuantos le han conocido, justificaban la ternura que le profesabais. Habéis adquirido, Sr. Duque, tantos derechos á mi agradecimiento y sensibilidad, que siempre partiré de todo corazón cuanto puede interesaros. Su-

Digitized by Google

pongo que seguiréis la Corte á San Ildefonso (1); también debe acompañaros el Sr. Marqués de Mora, y espero que su estancia allí le será menos peligrosa que la de Madrid, porque dicen que en San Ildefonso no se hace sentir el calor. Mas si, por desgracia, le sobreviniese algún nuevo accidente, espero, Sr. Duque, que me lo avisaréis con la bondad con que hasta ahora me habéis honrado, y cuyo valor sé apreciar.

»Mlle. de Lespinasse y Mme. Geoffrin toman parte muy sensible en la pérdida que os aflige, y me encargan asegurároslo.

»Permitidme pediros noticias de la Sra. Duquesa de Villahermosa. ¿Continúa gozando de buena salud? Permitidme también asegurarla mi profundo respeto. Conocéis, Sr. Duque, los invariables sentimientos, etc., etc.»

Murió al cabo la Condesa de Fuentes el 12 de Octubre de 1773, y no bien llegó la noticia á París, apresurósè la Lespinasse á echar de nuevo por delante á sus aliados D'Alembert y Lorry, y aun al Conde de Egmont, engañado sin duda por éste, volviendo siempre sobre el mismo tema, y procurando conquistar al Conde de Fuentes y á los Villahermosa, únicos que podían ya oponerse en España á sus pla-

(1) Este viaje no llegó á efectuarse por haberse empeorado la Condesa de Fuentes á principios de Agosto.

Digitized by Google

nes. En la siguiente carta enternécese el sensible corazón de D'Alembert ante la desgracia de la Condesa de Fuentes, y al considerarla segura bajo tierra, es cuando se le ocurre asegurar que el puro aire de París la hubiera también salvado, como había de salvar, según Lorry, al Marqués de Mora.

«París 12 de Noviembre de 1773.

»Señor Duque: He recibido con tanto gusto como agradecimiento las pruebas de vuestro recuerdo y vuestra bondad. Pero veo con mucha pena lo dolorosamente que está afectada vuestra alma: jamás se ha expresado el sentimiento de manera más conmovedora y más propia para hacer sentir á los demás todo lo que vos sufrís. Había pedido muchas veces noticias vuestras al Sr. Caballero de Magallón, y supe por él y por el Sr. Marqués de Mora que os habíais abandonado por completo al dolor, y marchado á vuestras tierras. Otro acontecimiento desgraciado, y á propósito para aumentar vuestra tristeza, os ha hecho volver sin duda (1). Permitidme repetiros que tomaré toda mi vida muy sincera parte en cuanto pueda interesar á vuestra felicidad. Sé que la Sra. Duquesa de Villahermosa se halla al pre-

(1) La muerte de la Condesa de Fuentes.

Digitized by Google

sente menos acongojada que en los primeros momentos de la pérdida que ha sufrido. No es extraño que este triste suceso haya hecho renacer sus molestias. Mas no puede menos de ocurrírseme que á veces ayudan las circunstancias á los acontecimientos desgraciados. Si la Sra. Condesa de Fuentes hubiese muerto cuatro meses antes, quizá esta muerte hubiera fijado al Sr. Conde en París, resultando así el bien de las dos naciones y la ventaja particular de todos vuestros amigos y los del Sr. Marqués de Mora, cuya desdichada salud les tiene en continuas alarmas. Supimos su última recaída, y los médicos están convencidos de que le repetirán esos accidentes si no cambia de clima. Yo creo que si la misma Sra. Condesa de Fuentes hubiese permanecido en este país, se hubiera podido salvarla. Por lo común, cuesta trabajo convencerse de que el aire natal sea contrario á la salud; pero hay mil ejemplos, y al menos conviene evitarlo una temporada. Mucho desearía, Sr. Duque, que para vuestro consuelo y distracción os decidieseis á pasar por aquí algún tiempo, en compañía de tantos amigos que os serán seguramente queridos. Por mi parte, me consideraría muy feliz si encontrara ocasión de cultivar vuestro trato y la benevolencia con que me honráis.

»Tenemos aquí al Nuncio, de que me hacéis el honor de hablarme; es, en efecto, un verda-

Digitized by Google

dero niño; pero dicen que él no está encargado sino de la mímica del oficio, y que tiene un Auditor que se encarga del resto. Por aquí andan muy divertidos con las fiestas del casamiento del Conde de Artois. Me ocupo tan poco de esto, que nada puedo deciros de ello, y os creo, por otra parte, en disposición bien contraria á este género de pasatiempos. Madame Geoffrin y Mlle. de Lespinasse quedan muy agradecidas al honor de vuestro recuerdo. Esta última se halla en un estado de debilidad y sufrimiento, que no puede ser más á propósito para sentir y compartir vuestro dolor: así es que la lectura de vuestra carta la ha impresionado vivamente. En el caso de que, por desgracia, repitiesen al Sr. Marqués de Mora los accidentes, me atrevo, Sr. Duque, á reclamar vuestras antiguas bondades. Sois tan sensible, que no temo mostraros lo que es necesidad de mi corazón y del de los amigos de Mr. de Mora. Acabo, como me lo habéis ordenado, renovándoos la seguridad, etc., etc.

»*P. D.* Recibo en este momento, Sr. Duque, una carta que Mr. Lorry me envía para hacerla llegar al Sr. Marqués de Mora, y que le dirijo por este mismo correo. Veréis por ella cómo Mr. Lorry insiste en la necesidad de dejar el clima de Madrid, como ya tuve el honor de indicaros. Me dice también que ha escrito al Sr. Conde de Fuentes por mediò del señor

Digitized by Google

Conde de Egmont, para darle su dictamen sobre el estado de su señor hijo. El de la señora Duquesa de Villahermosa inquieta á las personas de quienes es apreciada. Aunque no tengo el honor de conocerla personalmente, no ignoro cuánto interés merece. Mlle. de Lespinasse se une á mí para suplicaros, Sr. Duque, tengáis á bien darnos noticias suyas. Las esperamos.»

Era demasiado absurdo obligar durante el invierno á ponerse en camino para tan largo viaje á un enfermo como Mora, y por eso, sin duda, cesan las cartas en los meses de Diciembre, Enero y Febrero; mas no bien apunta la primavera, de nuevo escribe D'Alembert más apremiante que nunca, tocando en las siguientes cartas todos los registros de su ridícula y repugnante sensiblería, y confirmando él mismo de su puño y letra los vergonzosos textos que antes citamos, de Grim en su correspondencia y Marmontel en sus Memorias.

«París 4 de Marzo de 1774.

»Señor Duque: Quedo abrumado de reconocimiento por vuestra bondad, y os suplico recibáis mis humildes al mismo tiempo que tristes gracias. Las noticias que me habéis hecho el favor de darme me alarman en extremo, pues además de que creo el último acci-

Digitized by Google

dente del Sr. Marqués de Mora más considerable y más prolongado que los anteriores, hay también esa tos, que parece muy alarmante por el efecto que puede hacer en el pecho, y porque temo sea consecuencia de la quina y el hierro que, contra el parecer de Mr. Lorry, ha tomado. No temo menos, lo mismo que Mr. Lorry, al influjo que el aire seco y ardoroso de Madrid puede tener en ese pecho, ya tan débil por el último accidente, y verisímilmente irritado y caldeado por el remedio de que el Sr. Marqués de Mora ha hecho uso. No os ocultaré, señor, que Mr. Lorry teme mucho la influencia del próximo verano; teme que el exceso de calor rarifique demasiado la sangre de Mr. de Mora y se hagan los accesos aun más frecuentes. Su estado será entonces verdaderamente espantoso, porque apenas tendrá tiempo de respirar en tan cortos intervalos. El Sr. Caballero de Magallón me ha enseñado la carta que le escribió sobre la salud de Mr. de Mora, y esta carta me prueba, Sr. Duque, que no habéis olvidado nuestra lengua, como me asegurabais; porque la traducción que de ella me ha hecho Mr. de Magallón no añade claridad ninguna al texto de la que me hicisteis el honor de escribirme. Decís á Mr. de Magallón que la Sra. Duquesa de Villahermosa ha empeorado, impresionada por el estado de Mr. de Mora. Espero que este mal será pasa-

Digitized by Google

jero, porque me habían dicho que desde algún tiempo acá su salud era muy buena. Tengo tal confianza en vuestra bondad, Sr. Duque, que espero con la mayor impaciencia la llegada del correo de mañana sábado: Dios quiera que calme la inquietud en que estoy. Mme. Geoffrin y Mlle. de Lespinasse quedan siempre muy agradecidas al honor de vuestro recuerdo: el estado habitual de ésta es el de fiebre continua y continuos sufrimientos. En cuanto á Mme. Geoffrin, parece rejuvenecer. Ya sabréis el gran negocio que ocupa á la Corte de España y á ésta: el proyecto de restablecer los jesuítas, bajo otra forma ó bajo otros auspicios. Excusado era matarlos si habían de resucitarlos después. Por lo demás, no nos ocupamos aquí ordinariamente más que de teatros, músicas y frivolidades que interesan muy poco á trescientas leguas de distancia. Me guardaré, pues, de fastidiaros con estos cuentos en que no tomo ninguna parte, y me limitaré á renovaros, etcétera, etc.»

Sin fecha.

«Sr. Duque: Las últimas noticias que habéis tenido la bondad de darme son, en efecto, desoladoras, y todas vuestras alarmas han pasado á mi alma. Mr. Lorry escribe una segunda carta al Sr. Marqués de Mora, pero todos sus

Digitized by Google

socorros llegan tarde. Los remedios que ha tomado Mr. de Mora le han envenenado, y temo mucho los efectos de esa quina y ese hierro. Está demostrado que la fuerza y duración de esta hemorragia viene de esa causa: Mr. Lorry no lo duda. Será preciso mucho tiempo, muchos cuidados y, sobre todo, otras luces distintas de las que guían la curación de Mr. de Mora, para reparar el mal que le han hecho. Mr. Lorry desearía vivamente estar en circunstancias de asistir á Mr. de Mora; pero á tanta distancia los consejos no sirven sino para turbar é inquietar. Mucho espero de vuestra bondad, Sr. Duque, y aguardo el martes próximo en un estado de agitación y dolor, que no podrá calmarse hasta que sepa que vos lo estáis por completo. Jamás ha causado nadie alarmas tan vivas y crueles como las que causa el Sr. Marqués de Mora á sus amigos. Hay entre ellos quien no me extrañará sea víctima de su afecto hacia él. Es verdad, sin embargo, que nadie hay tampoco que merezca como él excitar interés tan vivo. Su familia, su médico, sus amigos, sólo tienen un reproche que hacerle: el de obstinarse en respirar un aire que hace mucho tiempo cree mortal su médico, y dejarse conducir por las luces de hombres que han desconocido seguramente el origen de su mal, siendo esto causa de que no prescriban un remedio que no aumente el peligro de Mr. de

Digitized by Google

Mora. Uníos, Sr. Duque, á Lorry y al interés de la vida de nuestro amigo, para salvarle del peligro en que están sus días. Aun es tiempo: los accidentes anteriores han sido tan fuertes como éste, y, por lo tanto, no serán sus consecuencias más peligrosas. Por mucho que hayáis sufrido al verle en tan lamentable estado, envidio vuestra suerte. Es espantoso estar á trescientas leguas y esperar cuatro días noticias tan interesantes. Nunca sabré expresaros, Sr. Duque, el sensible reconocimiento de que estoy poseído, ni seré bastante feliz para probaros los sentimientos, etc., etc.»

«París 11 de Marzo de 1774.

»Señor Duque: Aumentáis todos los días la gratitud que os debo. Tenía la más apremiante necesidad de las noticias que me dais: en mi vida he sentido alarmas semejantes, y no tengo expresiones para daros las gracias. He estado aguardando en la casa de Correos la llegada de la mala, y aunque espero mañana noticias todavía mejores que las del 24, iré de la misma manera á esperarlas al correo, á fin de recibirlas una hora antes. Las palabras que venían escritas en vuestra carta, por el reverso del sobre, *está bien*, me han vuelto la vida, y he quedado muy agradecido en particular á este rasgo de bondad inaudito por vuestra parte: es

Digitized by Google

propio de un alma bien sensible y que debe haber sufrido cruelmente, para saber ponerse tan bien en el caso de los que sufren. Sin tomar alientos he ido á llevar estas noticias á Mlle. de Lespinasse, que las esperaba con un terror y un espanto que me tienen muy alarmado. En ninguna parte del mundo puede ser tan amado el Sr. Marqués de Mora como lo es en este rinconcito que habitamos. Dí parte al punto de estas consoladoras noticias á Mr. Lorry, y le he anunciado la consulta que me prometéis. La voz de todos es aquí unánime contra el clima de España, y todos tienen el mayor deseo del mundo de que el Sr. Marqués de Mora venga junto á Lorry, para que se haga cargo éste de su salud, que se promete restablecer. Ya habéis visto, Sr. Duque, que el descuido de los médicos de España ha estado á pique de cortar la vida al Sr. Marqués de Mora. ¿Quién os responde de que en el porvenir vean más claro y acierten mejor? Para disminuir, Sr. Duque, el pesar que causará al Sr. Marqués de Mora dejar la España, sería una acción verdaderamente digna de vuestra amistad que le acompañaseis vos con la Sra. Duquesa de Villahermosa: así os encontraríais, tanto vos como él, en compañía de los seres más queridos que tenéis en el mundo, y podríais decir que le habíais no sólo asegurado la salud, sino salvado también la vida. Yo no sé si este pro-

Digitized by Google

yecto os parecerá extraordinario; á mí me parece muy fácil, cuando pienso en vuestros sentimientos por el Sr. Marqués de Mora, y en la necesidad de sacarlo prontamente de ese clima funesto y de huir de los médicos que le han envenenado. Permitidme, Sr. Duque, esperar con el más vivo deseo vuestra vuelta á Francia, á no ser que la residencia aquí os sea ya insoportable: mucho me prometo frecuentar vuestro trato más que en el pasado. Os doy un millón de gracias por haberme dado noticias de la Sra. Duquesa de Villahermosa. Había sabido por el Sr. Caballero de Magallón que el estado de su señor hermano le afectó vivamente, y me habéis vuelto la tranquilidad, haciéndome saber que sus dolencias se han calmado. Su sensibilidad aumenta el interés que su persona inspira. Estaba desesperado porque las noticias del Sr. Príncipe de Pignatelli (1) hubiesen llegado con tan poca oportunidad: cuando estabais inquieto, se hallaba él perfectamente, y nunca ha estado en verdadero peligro, ni tenido un solo accidente alarmante. Á mi juicio, está mejor que antes de su enfermedad, y ya desearía yo que las sangrías hubiesen debilitado á Mr. de Mora tan poco

(1) Don Luis Pignatelli y Gonzaga, hermano de la Duquesa y de Mora, enfermo también en París por aquel tiempo.

Digitized by Google

como á él. Mme. Geoffrin y Mlle. de Lespinasse han compartido todos nuestros sentimientos de dolor y de alegría, y os dan mil gracias por vuestros recuerdos. Recibid, Sr. Duque, la expresión más sincera, etc., etc.»

Hasta el presente, limítase D'Alembert á indicar tan sólo la necesidad del cambio de clima, pero sin atreverse á soltar aún el absurdo de que era París el punto de aires sanos para un tísico, que su sabio doctor recomendaba. Algo insinúa ya sobre este punto capital, al allanar en la carta anterior todas las dificultades á su gusto, proponiendo acompañen al enfermo los Duques de Villahermosa; mas en la siguiente expresa ya del todo su pensamiento, y temiendo sin duda lo absurdo de la propuesta, apresúrase á paliarla con la asistencia inmediata de Lorry, que había de exceder á todas las ventajas. La hoja suelta de que habla esta carta, debió ser sin duda la que, según Marmontel, dictó la misma Lespinasse.

«París 14 de Marzo de 1774.

»Señor Duque: Mr. Lorry ha respondido á la consulta, y en cuanto á lo concerniente al clima, ha dicho su opinión en hoja aparte. Pero nada añade esto á las dos cartas que he escrito yo á Mr. de Mora, y que deben decidirle á partir al momento, sin esperar esta respuesta,

Digitized by Google

que, como veréis, no es más decisiva ni más absoluta que su primera opinión.

»Y es necesario confesar que desde el momento en que Mr. de Mora salió de Bayona, Mr. Lorry no ha mudado su opinión de que le era necesario volver á respirar el aire de París. Ha escrito cinco ó seis veces á Mr. de Mora, y es inconcebible que no le haya hecho hasta ahora más impresión. Pero sobre lo que Mr. Lorry no insiste todo lo bastante, por modestia y desconfianza de sí mismo, es sobre la importancia de su asistencia á Mr. de Mora. Porque aun suponiendo que haya algún clima ó aire que sea igualmente bueno al de París, lo cual no cree Mr. Lorry, es necesario contar con cosa tan importante como tener á un hombre tan ilustrado y amigo por médico. Esto es, sin duda, lo que el Sr. Marqués de Mora no encontrará sino en París. No os ocultaré, Sr. Duque, que Mr. Lorry teme verdaderamente por el pecho de Mr. de Mora, si no se decide á huir pronto de ese aire pernicioso. Sería, pues, necesario que Mr. de Mora partiese sin perder un momento, á fin de evitar los calores en su viaje. Vos, Sr. Duque, que tan bien sabéis amar, y conocéis todo el valor de vuestro amigo, animadle, y, á menos de imposibilidad, haced el sacrificio de acompañarle. Sabréis seguramente que el Sr. Príncipe Pignatelli piensa partir dentro de un mes, lo más

Digitized by Google

tarde, para reunirse con su señor padre, que, por consecuencia, será cuidado como merece. Mr. de Magallón se ha encargado de una carta que Mr. Lorry os escribe, de una consulta latina para Mr. Pereira, y de una hoja volante sobre el clima. Si la cuestión no envolviese interés tan grande como es el de la salud y la vida del Sr. Marqués de Mora, vuestro amigo tendría un millón de perdones que pediros por la extensión, machaconería é importunidad de mis cartas. Recibid, Sr. Duque, las seguridades, etc., etc.

»*P. D.* Permitidme incluya en mi carta la adjunta esquela para Mr. de Mora.»

En la adjunta carta aparece ya decidido el viaje de Mora, bajo la responsabilidad de Lorry, que asegura está el enfermo en disposición de marchar en aquellos momentos.

«París 20 de Marzo de 1774.

»Señor Duque: No tengo expresiones para demostraros mi reconocimiento. Comprendo que debo este exceso de bondad á vuestra amistad por el Sr. Marqués de Mora, y á él le toca, pues, desquitarme con vos. He comunicado á Mr. Lorry las noticias que tenéis la bondad de darme. El exceso de debilidad de Mr. de Mora me inquieta. Sin embargo, lo más terrible que había era el pecho, y me tranqui-

Digitized by Google

lizáis diciéndome que ya no tose. Mr. Lorry no duda que Mr. de Mora está en disposición de marchar en este momento. Debe haber recibido la respuesta á su consulta y una carta del todo decisiva. Bien quisiera que esta carta no le encontrase en Madrid y le fuese enviada. Hemos sabido con dolor que el Sr. Conde de Fuentes ha estado otra vez enfermo con dos sangrías: en ninguna parte del mundo se sangra tanto como en Madrid. Si el Sr. Marqués de Mora debe partir, obligadle, Sr. Duque, á no perder un momento, á causa de la estación, en primer lugar, y en segundo, porque Mr. Lorry desea que esté aquí antes de cumplir los tres meses de su accidente, para hacerle aplicar las sanguijuelas. Por otra parte, debe temer lo que el tiempo traiga consigo, porque hace dos años que está oprimido por toda clase de desgracias. Comprendo, Sr. Duque, vuestro sentimiento por la muerte del Infante niño (1) y tomo en él toda la parte posible. Mlle. de Lespinasse y Mme. Geoffrin quedan muy agradecidas por vuestros recuerdos, y estarían encantadas si pudieran veros por aquí pronto. Recibid, Sr. Duque, la seguridad del más vivo y respetuoso, etc., etc.

»*P. D.* Nada me decís de la salud de la se-

(1) El infante D. Carlos, nieto primogénito de Carlos III.

Digitized by Google

ñora Duquesa de Villahermosa, y espero sea esto señal de que es buena, como mucho lo deseo. Si viniera á este país os suplicaría solicitaseis de ella me permitiese ofrecerla mis respetos.»

Esta fué la última carta de D'Alembert en aquella funesta y vergonzosa intriga; después de ella ya no se encuentra otro rastro auténtico del desdichado Mora, sino la siguiente partida de difunto fechada en Burdeos:

«El 27 de Mayo de 1774 ha muerto en esta parroquia, después de recibir los Sacramentos, el muy alto y poderoso señor José Pignatelli y Gonzaga, Marqués de Mora, Gentilhombre de Cámara de Su Majestad Católica, con ejercicio, de edad de unos treinta años, hijo legítimo y primogénito de su excelencia el Conde de Fuentes y la señora María Luisa de Gonzaga, viudo de la muy alta y poderosa señora María Ignacia Abarca de Bolea; y al día siguiente fué enterrado su cuerpo solemnemente en la iglesia, estando presentes los señores Ducastaing y Duriala, sacerdotes coadjutores, en fe de lo cual,

BALETTE, *Vicario de Puy-Paulin*,
JANDRÉ, *Cura de Puy-Paulin*,

aprobando las raspaduras y ediciones hechas en dicha partida, hoy 19 de Julio de 1774.»

Ninguna noticia, ninguna relación de este

Digitized by Google

funesto viaje en busca de la muerte, ni de su desastroso término, ha quedado por ninguna parte, si se exceptúa este lúgubre documento. La familia de Mora parece guardar un estudiado silencio sobre todo cuanto se refiere al desdichado Marqués, como si temiese que sus ideas revolucionarias, que tan oportunamente ahogó la muerte, trascendieran fuera de la sepultura. Mlle. de Lespinasse, por su parte, trunca y trastorna los escasos hechos que llegaron á su noticia, ora ocultando, ora inventando, para amoldarlo todo á la especie de reclamo que de la pasión de Mora hizo, á fin de ablandar el corazón, harto duro, del sustituto, que aun antes de morir aquél ya le había puesto. Sábese, sin embargo, positivamente que Mora salió de Madrid el 3 de Mayo de 1774, acompañado por el médico Navarro y dos criados; que llegó á Burdeos el 23 del mismo mes, y murió el 27 de resultas de una espantosa hemorragia que la fatiga del viaje y el criminal engaño de Lorry, D'Alembert y la Lespinasse le produjeron. Sábese también que en aquel tremendo desamparo de la muerte que venía á sorprenderle en el mísero cuarto de una posada, el desdichado Mora volvió los ojos á Dios, recibió los auxilios de la Religión, y murió en el seno de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana en que había nacido, renegando sin duda de las perversas ideas y los

Digitized by Google

falsos amigos que habían extraviado su alma y precipitado su muerte. Quizá aquel misterioso retiro de Veruela logró mantener viva en el fondo de su alma una centellita de fe que no consiguieron ahogar ni las cenizas de la impiedad ni el cieno de los vicios; quizá también las oraciones de sus dos santas hermanas María Luisa y María Manuela le alcanzaron en su hora postrera la última decisiva gracia.

En cuanto á Mlle. de Lespinasse, murió dos años después (23 de Mayo de 1776) víctima del ardor de su temperamento y de la nueva pasión, á veces desdeñada y á veces explotada, que un año antes de morir Mora le había inspirado el Conde de Guibert, uno de los *pequeños grandes hombres* que los entusiasmos libidinosos de las mujeres famosas de aquella época fabricaban á cada paso sobre la petulante presunción de cualquier fatuo buen mozo. Y mientras D'Alembert, instigado por su doblemente falsa amiga, arrancaba con criminal engaño al desdichado Mora de casa de sus padres para llevarle á morir en el rincón de una posada, la sensible filósofa escribía á Guibert esa serie de ponderadas cartas que han resucitado su fama en nuestra época, y en las que todo, hasta el entusiasmo de sus admiradores, resulta postizo.

Mlle. de Lespinasse murió impenitente, rodeada tan sólo de los impíos que habían for-

Digitized by Google

mado sus delirios, sin Dios, sin fe y sin esperanza. En el momento de expirar, el *pequeño grande hombre* Guibert dijo solemnemente esta blasfema necedad, que desde tres ó cuatro días antes tendría preparada sin duda: «El Señor ha herido al pastor, y el rebaño se ha desbandado.» Aquella misma noche el sensible Guibert se consolaba en el teatro.

En el testamento hace Mlle. de Lespinasse el extraño encargo de que un cirujano de la Caridad ó de cualquier otro hospital, le abra el cráneo seis horas después de muerta; y en una carta dirigida á D'Alembert, como complemento de su testamento, encarga á éste las siguientes disposiciones: «Suplico á Mr. D'Alembert tenga la bondad, en el instante de mi muerte, de buscar en mis bolsillos ó en mis cajones dos retratos del difunto Sr. Marqués de Mora; me hará quitar una sortija de cabellos que he llevado siempre en el dedo; quitará también de mi reloj dos corazoncitos que penden de la cadena, uno de cabellos y otro de oro; pondrá todo esto en una cajita y lo remitirá á la Sra. Duquesa de Villahermosa, con una carta en que conste que yo soy quien he dispuesto al morir que se le remita cuidadosamente esa caja. Convendría encargar del envío al Sr. Conde de Aranda» (1).

(1) Era entonces Embajador en París.

Digitized by Google

En el triste inventario de alhajas, ropas y efectos de Mlle. de Lespinasse, vendidas en pública subasta después de su muerte, consta esta partida: «Dos retratos del difunto Mr. de Mora, una sortija, dos corazoncitos, de oro uno, apreciado el lote en quince libras.»

D'Alembert mismo adquirió este lote en la subasta, para cumplir, sin duda, como en efecto hizo, la última voluntad de su amiga, remitiéndolo todo á la Duquesa de Villahermosa. Los retratos y los simbólicos corazones han desaparecido; la sortija encuéntrase en compañía de otro anillo dado por Lespinasse á Mora, y arrancado también al cadáver de éste para la Duquesa de Villahermosa. La primera de estas sortijas consiste en un aro de oro ceñido por una trenza de pelo rubio obscuro, unido en sus extremos por una chapa de oro en que se lee: *Memoire du*..... Forma la segunda un aro de oro con un calendario mensual perpetuo esculpido, y una chapa en que hay un lema que no puede leerse sin cierto temeroso disgusto á través de más de un siglo, y sobre el recuerdo de un muerto: *Que tout passe hors l'amour*. Sentencia muy propia de Mlle. de Lespinasse, que sustituía en su corazón pasiones á pasiones, y aun las simultaneaba sin escrúpulos, y que proponemos se grabe en el pedestal de la estatua que levantarán al cabo á esta *ideal* heroína del amor los

Digitized by Google

admiradores de las pasiones del siglo XVIII. Por si el caso llega, les recomendamos como modelo para la estatua el de aquella gran meretriz de Babilonia que describe la Escritura, vestida de púrpura, sentada sobre una bestia roja, elevando sobre su cabeza una copa de oro llena de humanas inmundicias (1).

---

(1) ..... *plenum*..... *immunditia fornicationis ejus.* (Apoc., cap. XVII-V-IV.)

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

RAZÓN Y FE

REVISTA MENSUAL

DIRIGIDA POR PADRES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Se publica, con licencia de la Autoridad eclesiástica, el día 1.º de cada mes, en cuadernos de 136 páginas, en 4.º mayor, que formarán al año tres tomos de 544 páginas cada uno. Cuando la índole de nuestros trabajos lo exija, se ilustrarán con diversos grabados, como ya se ha hecho en números anteriores.

Las suscripciones se pueden hacer en todo tiempo, pero no se admiten por menos de cuatro meses, á partir de Enero, Mayo ó Septiembre, según previo aviso de los interesados.

ADVERTENCIA

Lo concerniente á la Redacción debe dirigirse al señor Director, Isabel la Católica, 12, Madrid.

Las suscripciones, pagos, reclamaciones y todo lo tocante á la Administración, se dirigirá al señor Administrador, San Quintín, 8, bajo.

PRECIOS DE LA SUSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

EN ESPAÑA		POR MEDIO DE CORRESPONSAL	
Cuatro meses. . . .	**5** ptas.	Cuatro meses. .	**5,50** ptas.
Ocho.	**10** »	Ocho.	**11** »
Un año.	**15** »	Un año.	**16,50** »

Un número suelto, **1,50** ptas.

FUERA DE ESPAÑA

Cuatro meses, **5** francos.—Ocho, **10**.—Un año, **15**.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

WIDENER LIBRARY
HX VM35 P

Digitized by Google